



**COMENSALÍA ESPONSAL JUDEO-CRISTIANA EN AMORIS LAETITIA, UN
NUEVO HORIZONTE DE COMPRENSIÓN PARA LAS FAMILIAS DE HOY**

DIEGO URIEL MONTAÑO CAMELO

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
BOGOTÁ D.C.,
OCTUBRE DE 2017**



**COMENSALÍA ESPONSAL JUDEO-CRISTIANA EN AMORIS LAETITIA, UN
NUEVO HORIZONTE DE COMPRENSIÓN PARA LAS FAMILIAS DE HOY**

DIEGO URIEL MONTAÑO CAMELO

Trabajo de grado para optar al título de
Teólogo

Directora:

ÁNGELA MARÍA SIERRA

Docente en Teología

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
BOGOTÁ D.C.
OCTUBRE DE 2017**

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del Presidente del Jurado

Firma del Jurado

Firma del Jurado

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los estudiantes en sus trabajos de tesis, sólo velará para que no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales; antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Reglamento General de la Pontificia Universidad Javeriana, artículo 23 de la Resolución N°
13 del 6 de junio de 1964.

DEDICATORIA

A mi familia, quienes son testimonio profundo de vida cristiana, y quienes con su apoyo incondicional, servicio y amor, sostienen en los momentos difíciles, animan cuando el espíritu decae, celebran cada triunfo, pero sobre todo son imagen viva de la presencia de Dios en medio de las realidades de mi vida.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco profundamente a Dios, quien durante toda la vida se ha manifestado con bendiciones innumerables y como guía constante de la existencia. De igual modo a mi familia, torre fundamental en mi formación como persona y faro que ilumina permanentemente el caminar de la vida. Finalmente, a los profesores y directivos de la facultad de teología, de manera especial la profesora Angela María Sierra, quien con su forma de ser, no solo es testimonio del amor maternal de Dios, sino signo viviente del Maestro que enseña, acompaña y envía.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
1. UNA APROXIMACIÓN A LA CATEGORÍA COMENSALÍA EN EL MUNDO JUDÍO	14
1.1. Comprensión antropológica en el mundo judío	15
1.1.1. Ausencia del dualismo Alma-Cuerpo	16
1.1.2. La dimensión del Pneuma	17
1.2. El significado de comer juntos en el pueblo judío	19
1.2.1. El sábado: Shabat	22
1.2.2. La fiesta de la Pascua judía	23
1.2.3. El Shavuot/Pentecostés o Fiesta de las semanas	25
1.2.4. El día primero del mes séptimo: Rosh Hashaná	26
1.2.5. Días de Ayuno en el pueblo judío	27
1.3. Las comidas en el Nuevo Testamento	29
1.3.1. Comer con pecadores y publicanos	31
1.3.2. Comidas con fariseos	32
1.3.3. La Multiplicación de los Panes	33
1.3.4. La Última Cena	34
2. UNA APROXIMACIÓN A LA CATEGORÍA COMENSALÍA EN EL EVANGELIO DE JUAN	39
2.1. Contexto del Evangelio de Juan	40
2.1.1. Cristología	41
2.1.2. Salvación	43
2.1.3. Jesús el pan vivo bajado del cielo	44
2.1.3.1. Contexto	45
2.1.3.2. Un nuevo inicio.	45

2.1.3.3. Jesús es el verdadero pan bajado del cielo	46
2.1.3.4. Respuestas a las inconformidades	46
2.1.3.5. Una relación a imagen de la del Padre con Jesús	47
2.1.3.6. Entrega a la manera de Cristo	48
2.1.3.7. Discurso del Pan de Vida y comensalía	48
2.2. El relato de la cena.....	51
2.2.1. El lavatorio de los pies, testimonio de servicio	52
2.2.3. Don, dar y darse.....	57
2.2.4. La invitación a permanecer	60
2.2.5. La invitación a la unidad	62
3. LECTURA DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POST-SINODAL	
“AMORIS LAETITIA” DESDE LA CATEGORÍA COMENSALÍA.....	65
3.1. La alegría de la comensalidad.....	66
3.2. Comensalía y palabra en <i>Amoris Laetitia</i>	67
3.3. Rasgos de la comensalía en la enseñanza de la Iglesia.....	71
3.3.1. Familia de Nazaret signo de comensalidad	72
3.3.2. Comensalidad del amor	72
3.3.3. Comensalidad que da fruto, que es fecunda	73
3.3.4. Comensalidad que se da	73
3.4. Comensalidad en el matrimonio	74
3.4.1. Paciencia-makrothymei.....	75
3.4.2. Actitud de servicio-jrestéuetai.....	75
3.4.3. Sanando la envidia-zeloi.....	76
3.4.4. Sin hacer alarde ni agrandarse-perpereuotai,physioutai	77
3.4.5. Amabilidad-asjemonéi	78

3.4.6.	Desprendimiento-no buscar el propio interés	78
3.4.7.	Sin violencia interior-paroxýnetai.....	79
3.4.8.	Perdón-logízetai to kakón	80
3.4.9.	Disculpa, confía-cree, espera y soporta todo.....	81
3.4.9.1.	Disculpa.....	81
3.4.9.2.	Confía.	82
3.4.9.3.	Espera.Panta elpízei-no desespera del futuro.....	82
3.4.9.4.	Soporta todo.Panta hypoménei	82
3.4.10.	Crecer en la comensalidad conyugal.....	83
3.4.11.	Amor apasionado	87
3.4.12.	<i>Amoris Laetitita</i> y comensalidad, un nuevo horizonte de comprensión de la familia de hoy	90
CONCLUSIONES		95
BIBLIOGRAFÍA		100

INTRODUCCIÓN

La familia cristiana, lugar por excelencia de la comensalidad, inmersa en las realidades del mundo de hoy - con sus luces y sombras -, precisa de ejercicios teológicos que le eduquen, le acompañen, fortalezcan su propia realidad y, al mismo tiempo, le permitan experimentar a todos sus miembros procesos verdaderos de encuentro con Dios y con todos los demás. Esos ejercicios no pueden limitarse, únicamente, a la recolección de datos para obtener una mera argumentación académica, se hace necesario construirlos desde una perspectiva de la familia como lugar teológico¹; un espacio privilegiado por Dios para revelarse al mundo.

En la Iglesia Católica se considera a la familia como principio y fundamento de la sociedad humana; célula primera y vital de la humanidad. Esto significa que la familia cristiana es verdadera Iglesia doméstica que con su testimonio, evangelización y formación en principios de misericordia, justicia, servicio y unidad, en medio de la diversidad, se empodera de su ser cristiano y de su misión de construir un mundo mejor.² Esto surge, solamente, desde el corazón y, por tanto, solo lo provoca Dios quien, desde esa visión cristiana, es contemplado como comunidad trinitaria de amor³; notas características que permiten comprenderlo como una fuente ejemplar de vida para toda familia que camina en Él.

La familia es de suma importancia para la Iglesia, razón que no procede de un simple capricho humano, sino que es Dios mismo quien con su acto de revelación lo devela. Aquel que es amor y no puede hacer otra cosa que amar, tenía un amor tan desbordante que salió de sí para poder amar fuera de sí. La Creación de todo lo que existe (la casa común⁴), es consecuencia de ello. Y en el culmen de la misma, hombre y mujer han recibido todo para cuidar y disfrutar; Dios ha entregado a una familia todo su amor moldeado en esa maravillosa Creación. A pesar de la equivocación de esa familia, o de las que vinieron posteriormente, que atentaron en contra del amor, Dios no las abandonó, caminó con ellas,

¹Ver Francisco, “Carta del Santo Padre Francisco al gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología”.

²Ver Concilio Vaticano II, “*Decreto Apostolicam Actuositatem* Sobre el apostolado de los laicos” No. 11.

³Ver a Francisco, “Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia*, sobre el amor en la familia” No. 11.

⁴ Casa Común: concepto usado por el Papa Francisco en la carta encíclica *Laudato Si* y que hace referencia al planeta tierra como hogar común de toda la familia humana, Véase Francisco. (Carta Encíclica Post-sinodal *Laudato Si* sobre el cuidado de la casa común)

las guio, las liberó, las alimentó y las condujo hasta el momento en que entregó a su mayor tesoro: Su Hijo. Dio esta prueba de amor a una familia que, aunque tiene dudas y temores, también tiene el corazón abierto para recibir al amor hecho hombre.⁵

El Hijo, posteriormente, al instaurar el Reino de amor, en medio de los hombres (Cfr. Jn 13,1; 14,21-24; 15,9-27; 17,22-26), es situado por los evangelistas al actuar en diferentes escenarios y, especialmente, en aquellos contextos netamente familiares: las bodas de Caná (Cfr. Jn 2,1-11); el encuentro con los samaritanos (Jn 4 6-42); el llamado Discurso del Pan de vida hecho en el contexto de una cena o compartir del pan (Jn 6); la relación con Marta, María y Lázaro (Jn 11; Lc 10, 34-42); el banquete en casa de Leví, el recaudador de impuestos (Mc 2,14-17); la comida en Betania en casa de Simón el leproso (Mt 26,6-13); y la comida de sábado en casa de uno de los fariseos (Lc 14,1-6). Además, no se puede olvidar aquel momento crucial en la vida de Jesús, la Última Cena (Mc 14, 12-25; Mt 26, 17-29; Lc 22, 8-38; Jn 13-17), narrado en los evangelios con un fuerte sentido litúrgico, teológico y eclesial.⁶

Esta manera de introducir a Jesús, en contextos familiares, se hace evidente también en las narraciones de las experiencias post-pascuales, donde los autores sagrados muestran a un Resucitado que, además de enseñar, envía a la misión. Algunos ejemplos reposan en textos como *la aparición a los once*, mientras comían (Mc 16, 14-20), momento en el que Jesús pide que vayan por todo el mundo y prediquen la buena nueva a toda la creación. Asimismo, en *la narración del camino de Emaús*:

Luego, estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. Se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras? Al instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron a los once y a los que estaban reunidos con ellos. ¡Es cierto!, decían, El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón. Los dos, por su parte, contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan. (Lc 24, 30-36)

Otros ejemplos que permiten ilustrar estos contextos familiares son: *el encuentro*, en una casa de Jerusalén, donde todos los discípulos estaban reunidos y Jesús come con ellos (Lc 24, 36-43). *La manifestación del mar de Tiberíades*, donde ayuda con las labores de pesca

⁵Ver Francisco, “Discurso Fiesta de las Familias”.

⁶Ver Codina, “La fracción del Pan”, 45-47.

y come también con sus discípulos (Jn 21, 1-14) e incluso en *Pentecostés* (Hch 2, 1ss). De igual modo, otros escritos neotestamentarios narran la experiencia del Resucitado, en las primeras comunidades cristianas, que presentan aquella Iglesia naciente y sus prácticas eclesiales en casas, a donde acudían muchos para poder recibir la enseñanza de comunión con los Apóstoles para compartir la Palabra y vivir la *fracción del pan* (Hch 2, 42; 1 Cor 11,23-25).

Grosso modo, esta mirada permite palpar a un pueblo que experimenta a un Dios que se revela de manera especial en la familia; un Dios que en sí mismo es familia y que construye en y desde la misma. Ahora bien, tomando como fundamento lo anterior, cabe resaltar el énfasis que hacen las escrituras sobre ese instante íntimo de toda familia - el comer juntos: con el otro y con el totalmente Otro-, momento central de encuentro verdadero y sobre todo, de construcción personal, familiar y comunitaria. Desde la narración del Génesis, se percibe a un Dios preocupado por alimentar al hombre y a la mujer, indicándoles qué pueden o no comer, e incluso la forma de conseguir el alimento con su trabajo. Posteriormente, en el desarrollo de los escritos veterotestamentarios, se evidencia un gran número de textos que aluden a la acción de comer y, por tanto, resaltaremos algunos de ellos.

En la Torá se hacen manifiestas muchas de las normas del pueblo judío que indican lo que se puede o no consumir, la manera de hacerlo (Lv 11, 1-47) e incluso la época en que debe cumplirse; por ejemplo, cuando se trata de una celebración como la Pascua (Ex 12,1-12) o cualquier sacrificio ofrecido a Yahvé (Lv 6,9-16). De igual modo, se encuentran claras advertencias con quién se debe o no compartir la mesa (Prov 23) y, sobre todo, descripciones sobre ese Dios que alimenta:

Como los israelitas no sabían lo que era, al verlo se preguntaban unos a otros: ¿Y esto qué es? Moisés les respondió: Es el pan que el Señor les da para comer. Y estas son las órdenes que el Señor me ha dado: Recoja cada uno de ustedes la cantidad que necesite para toda la familia, calculando dos litros por persona (Ex 16, 15-16).

Un Dios que da de beber (Ex 17, 1-7) y que conduce, principalmente, a una tierra donde el alimento será abundante y de calidad (Dt 8, 7-10).

En el Segundo Testamento se aprecia una dinámica similar a la del Primero. En la mayoría de los contextos en donde Jesús y/o sus representantes - los apóstoles -, entregan, viven o celebran con sus parientes y con la naciente familia cristiana la buena nueva del Reino de Dios, coinciden no solo en presentarlo dentro de un ambiente hogareño, sino que también lo hacen, específicamente, en el momento del comer. Este hecho ha sido de magna influencia para la Iglesia Católica, que aún vive la cena eucarística, considerándola como centro y cumbre de la vida cristiana⁷ y, por ende, como sacramento de amor.⁸

Ahora bien, tras de estas narraciones; en contextos familiares, en ambientes de cenas y de banquetes, se halla la categoría comensalía. Esta categoría no solo permite la unión íntima entre el ser y construir familia, con la profundidad de lo que significa para el mundo judeo-cristiano el sentarse a la mesa, sino que además es uno de los pilares fuertes para que las progenes actuales construyan una familia en un terreno sólido, contribuyan con el crecimiento social de la humanidad y, a su vez, los creyentes en Cristo, testimonien lo que significa ser una verdadera familia cristiana.

Lo anterior nos encausa hacia la reflexión teológica que sustenta este trabajo y que profundizará, documentalmente, en la categoría comensalía, que significa compañía de casa y mesa,⁹ al hacer una aproximación a la tradición judía y a la cristiana (en el Evangelio de Juan) para, posteriormente, convertirla en un elemento de lectura de la exhortación *Amoris Laetitia*, del papa Francisco. Esto, permitirá estructurar una herramienta que ayude a la Iglesia Doméstica a asumir de manera distinta las diversas situaciones, conflictos y procesos a los que se expone diariamente. Para que esta intensión cumpla su cometido se propone, entonces, organizar este documento en tres apartados o capítulos: capítulo uno, una aproximación a la categoría comensalía en el mundo judío; capítulo dos, una aproximación a la categoría comensalía en el Evangelio de Juan y por último, capítulo tres, una lectura de la exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia* desde la categoría comensalía.

⁷Ver Concilio Vaticano II, “Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia”, No. 11.

⁸ Ver Benedicto XVI, “Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis* sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia”, No. 1.

⁹Akoun, *Diccionario de Antropología*, 572.

En cuanto al *planteamiento del problema se refiere*, a lo largo de la formación teológica y en la vivencia de la acción pastoral, se hace latente la dura realidad que experimenta cada uno de los miembros de la familia. Causa polémica el hecho de que, en comunidades profundamente cercanas y participativas de la vida parroquial, se evidencien fuertes situaciones de violencia intrafamiliar, separaciones, infidelidades, exclusión e intolerancia, entre otros. Preocupa que, en el imaginario colectivo, aun se perciben los sacramentos del matrimonio y de la eucaristía, como unas acciones que se deben cumplir a cabalidad, para evitar castigos divinos o la condena eterna en caso de morir sin haberlos ejecutado; como si estos fuesen una especie de rito mágico. Lo realmente alarmante es que en la mayoría de casos no se forma ni se acompaña a los fieles en estos aspectos, ni se les brindan herramientas para que lo hagan desde el seno de su hogar. El papa Francisco, al referirse a esta realidad eclesial, con respecto a la familia y al matrimonio, exhorta a:

Tenemos que ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas, han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica. Por otra parte, con frecuencia presentamos el matrimonio de tal manera que su fin unitivo, el llamado a crecer en el amor y el ideal de ayuda mutua, quedó opacado por un acento casi excluyente en el deber de la procreación. Tampoco hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años, con propuestas que se adapten a sus horarios, a sus lenguajes, a sus inquietudes más concretas. Otras veces, hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario.¹⁰

Más adelante afirma que:

Durante mucho tiempo creímos que con sólo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas compartidas. Tenemos dificultad para presentar al matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida. También nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas.¹¹

¹⁰Ver Francisco, “Carta Encíclica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 36.

¹¹Ibíd., No. 37.

Con respecto a la cena eucarística, SS Francisco invita a una reflexión sobre la forma en que se vivencia este sacramento, que considera centro, cumbre de la vida eclesial y del amor. Uno de sus cuestionamientos se fundamenta en cómo se mira y se considera a los otros: si la cena del Señor es la síntesis de toda su vida, un acto de entrega de sí por amor, ¿es la vivencia eucarística un encuentro verdadero con el otro, el momento en el que haciéndonos uno con los demás se comparten sus alegrías y tristezas, ese instante en el que se decide nuevamente hacernos hermano del otro en el totalmente Otro? ¿Se llora con el que está triste? ¿Se sirve al más necesitado? ¿Se vive un amor incluyente con todos? ¿Se hace la unidad en medio de la diversidad? ¿Se da la vida a la manera de Cristo? Es importante, por tanto, permitirse un encuentro tal, que sintiéndonos acogidos por Cristo, se abra el corazón para abrigar e incluso perdonar al otro, un encuentro que edifique a cada persona, familia y en general, a la comunidad que la celebra.¹²

Ante este sentir de la vida cristiana familiar emergen diferentes interrogantes que, al tratar de reflexionar sobre sus posibles respuestas, desembocan en la intención que nos impulsa a desarrollar este trabajo de grado. Entre ellos: ¿cómo aportar herramientas para formar y presentar la vida sacramental a las familias cristianas, de tal manera que adquiera un sentido vital para su ser como Iglesia Doméstica? ¿Qué categoría de carácter antropológico y teológico se puede emplear como medio unitivo entre el significado profundo de ser familia y vida cristiana? ¿Es la comensalía judeocristiana una categoría que muestra los caminos que unen a la familia cristiana y la cena eucarística?

Finalmente, ante estos cuestionamientos, se hace manifiesta la pregunta que nos conduce y atañe en este documento: ¿a partir de la lectura de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia*, desde la comprensión judeo-cristiana de la categoría comensalía, qué nuevo horizonte comprensivo y de construcción vital se aporta a las familias cristianas y a la Iglesia del mundo actual?

Al exponer nuestra justificación, podríamos afirmar que la familia ha alcanzado, en la actualidad, cambios que le han permitido crecer como una institución vital en la construcción de una sociedad y un mundo mejor. Hoy en día es posible identificar, en la

¹²Ver Francisco, “Audiencia General, Plaza de San Pedro”.

realidad doméstica, espacios de libertad en donde las diferentes cargas manifiestas, responsabilidades y tareas, tienen un reparto equitativo entre sus miembros. Del mismo modo, se evidencia una creciente valoración de la comunicación entre los esposos, lo que contribuye a la humanización de la convivencia familiar. Además, también se ha tomado conciencia sobre la cambiante realidad socio-cultural, hecho que se convierte en signo y en una exhortación para evitar sostener, de manera pertinaz, formas y modelos del pasado pero, al mismo tiempo, nos conduce a cuestionarnos sobre cómo trabajar por la familia,¹³ para que sus legítimas necesidades y aspiraciones sean atendidas, fortaleciendo así su crecimiento como institución, y encaminándola a que asuma verdaderamente su papel central, representativo, de participación eficaz en la vida de la comunidad global, que contribuya en la construcción del mundo de hoy y en el de las futuras generaciones.¹⁴

Sin embargo, dichos cambios socio-culturales han tomado rumbos que, en lugar de aportar a la construcción de familia, han propiciado situaciones que le afectan substancialmente. Un ejemplo de ello es el surgimiento de un individualismo exasperado que rompe con la unidad de los vínculos familiares, al convertir a cada miembro en un cautivo de sí mismo y en un creyente que, en su construcción como persona, depende únicamente de los propios deseos asumidos con carácter absoluto. Esta cultura del individualismo despierta en cada integrante de la familia el deseo de poseer y de disfrute desmedido, lo que se revierte en situaciones de intolerancia y de agresividad,¹⁵ profanando así a la institución del amor con el egoísmo y el hedonismo.¹⁶ Asimismo, se ha despertado bajo un concepto equívoco de libertad, ese deseo de autenticidad y de toma de decisiones, valores que sin duda promueven las capacidades del ser humano pero que mal orientadas desembocan en actitudes de sospecha permanente, de huida ante el compromiso, al provocar un aislamiento hacia la comodidad y la arrogancia. Esta forma de concebir la libertad, en cambio de proyectar la vida y cultivar lo mejor de cada persona, degenera en la incapacidad de donarse generosamente a los demás.¹⁷

¹³ Ver Francisco, “Carta Encíclica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 32.

¹⁴ VerII Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “Documento de Medellín”, No., 3P8.

¹⁵ Ver Francisco. “Carta Encíclica Postsinodal *Amoris Laetitia*, sobre el amor en la familia”, No. 33.

¹⁶ Ver Concilio Vaticano II, “Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual”, No. 47.

¹⁷ Ver Francisco, “Carta Encíclica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 33.

La familia de hoy enfrenta muchos riesgos latentes, por ejemplo, tornarse en: un lugar de paso a donde se asiste cuando conviene; un capricho de la sensibilidad que después de satisfecho se abandona; una mera búsqueda de compañía para combatir la soledad y alcanzar un grado de protección, con la prevención de que puede afectar el alcance de las aspiraciones personales; una moda para aparentar ante la sociedad pero que cambia rápidamente, tal como sucede con las relaciones de hoy día en las redes sociales. Además, también son muchas las situaciones que acaecen dentro y en torno a las familias de la actualidad: el miedo al compromiso, la obsesión por el tiempo libre, las relaciones costo-beneficio, la cultura de lo desechable, la creencia de tener económicamente todo resuelto para poder formar una familia, las situaciones de violencia en muchos países y la ausencia de Dios¹⁸, entre otros. Lo que evidencia un contexto amenazante y deshumanizante para aquella que, como ya se dijo, es considerada una célula vital de la sociedad y de la Iglesia.

Lo expresado, sin duda alguna, no abarca la totalidad de la realidad circundante de las familias en el mundo de hoy. Si se indaga en otras fuentes, no solo eclesiales, de seguro se encontrarán otras situaciones que afectan la vida familiar y, al mismo tiempo, los avances y las instituciones existentes que buscan influir de manera positiva en el bienestar de todos. Por tanto, este trabajo pretende, al hacer la lectura de *Amoris Laetitia* desde la categoría comensalía, aportar a la construcción de familia cristiana y de Iglesia, que están permeadas por tantas realidades y que requieren de herramientas que les permitan vivir y convertirse en testimonio de encuentro, de comunidad y de comensalía cristiana.

Ese aporte se realizará desde una reflexión que tiene como punto de partida la concepción de un Dios que lleva en sí mismo paternidad, filiación, la esencia de la familia que es el amor (el Espíritu)¹⁹, y profundiza en la forma como la divinidad, en su acción reveladora, se entrega a la humanidad en la comensalía judeo-cristiana; un instrumento de substancial importancia para la construcción sólida de la Iglesia doméstica, tornándola consciente de la importancia que tienen para la vida cristiana el encuentro de amor consigo mismo, con el otro, con la comunidad y con Dios.

¹⁸ *Ibíd.*, No. 34-56.

¹⁹ *Ibíd.* No. 11.

Dentro de las metas propuestas, como objetivo general, se pretende introducir la categoría comensalía de la tradición judeo-cristiana, específicamente, en las comidas del pueblo judío y del Evangelio de Juan, como una herramienta de lectura de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia*, que nos permite encontrar una nueva forma de comprender y de construir la familia cristiana actual.

En cuanto a los objetivos específicos se refiere, se propone identificar el significado del concepto comensalía desde la tradición judía y, específicamente, en el momento familiar y comunitario del comer juntos. Describir la propuesta de vivencia de la comensalía, expresada en el contexto de la cena de Jesús con sus discípulos en el Evangelio de Juan. Y por último, establecer los aportes que hace la lectura de *Amoris Laetitia* desde la categoría comensalía, a la comprensión y construcción integral de la vida de las familias cristianas de hoy.

1. UNA APROXIMACIÓN A LA CATEGORÍA COMENSALÍA EN EL MUNDO JUDÍO

En este primer capítulo se pretende identificar la comprensión conceptual que tiene el mundo judío de la categoría comensalía, a partir de un acercamiento a las experiencias vitales que se desarrollan en torno a la mesa familiar de dicha cultura. Esta mirada a las tradiciones comensales de los hermanos mayores del cristianismo, es de suma importancia teniendo en cuenta que siempre la Iglesia ha tenido como centro y fuente de la vida eclesial a la Sagrada Escritura y la liturgia eucarística; elementos con los cuales se nutre la vida de

los creyentes de forma integral,²⁰ permitiéndoles a través de sus vivencias, adquirir y profundizar los principios que les ayudarán a construir una existencia personal, comunitaria, eclesial y social, a la manera de Cristo; misericordiosa. Esas fuentes, al igual que la vida cristiana en general, tienen un vínculo profundo con la raza de Abraham,²¹ verdad reconocida no solo por el Apóstol Pablo cuando evoca la procedencia del linaje del Señor: “Ellos son israelitas, adoptados como hijos de Dios, tienen su presencia... De su linaje carnal desciende Cristo. Sea por siempre jamás bendito el Dios que está sobre todo. Amén.” (Rm 9,4-5), sino por el mismo Jesús y en la actualidad por la Iglesia, que reconoce los orígenes de su fe y elección, en los patriarcas del Pueblo de Israel.²²

Este hecho impulsa a que cada vez que se reflexiona, teológicamente, sobre algún concepto o elemento de la fe cristiana, es necesario retornar la mirada a ese mundo judío para poder rastrear sus raíces en la antigüedad, comprender los contextos, tradiciones, creencias de la época y su incidencia en la comprensión actual del elemento sobre el que se indaga.

Ahora bien, al tener presente esto y el concepto de comensalía - compartir la vida de hogar y en la mesa con otro -, es fundamental que la mirada sobre ese mundo, se suscite a partir de la comprensión de los elementos característicos de este sentarse a la mesa. En primer lugar, entender el concepto antropológico del pueblo judío. En segundo lugar, la importancia de sus cenas o comidas. Y en tercer lugar, con mayor ahínco, entender el significado de comer con otros, de comer juntos.

1.1. Comprensión antropológica en el mundo judío

Si se parte de la idea fundamental de que solo se vive la comensalía desde el momento en que se comparte con otro en una casa y, específicamente, en torno a una mesa, es importante señalar el concepto de persona humana que se tenía en el mundo judío del Antiguo Testamento (AT). Dicha comprensión antropológica se caracteriza por la ausencia

²⁰ Ver Concilio Vaticano II, “Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación”, 21.

²¹ Ver Concilio Vaticano II, “Declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”, 4.

²² *Ibíd.*, 4.

del dualismo alma-cuerpo y por la presencia de una dimensión que es, al mismo tiempo, ignorada por las filosofías pero muy específica de la aportación bíblica: el *ruah*.²³

1.1.1. Ausencia del dualismo Alma-Cuerpo

El dualismo concibe al hombre como aquel que está compuesto por alma y cuerpo, substancias que, definitivamente, son distintas e incluso opuestas en algunos casos. Esta forma de comprender al ser humano es totalmente contraria a la del pensamiento judío, ya que desde la antropología bíblica se considera a la persona como carne y como espíritu, en una dialéctica totalmente original y, por tanto, sin relación alguna con los pensamientos dualistas.²⁴

En el pensamiento dualista se considera que el hombre es el resultado de la unión entre un cuerpo inanimado y un alma que lo vivifica. Entendido de otra manera, el alma viviente se ve, repentinamente, encerrada en una cárcel o tumba llamada cuerpo-cadáver. Estos viven en constante tensión y, por tanto, hay un deseo permanente de la persona en no permitir que, por las acciones realizadas con el cuerpo, su alma quede en un estado de impureza, pero sobre todo, debe liberarla de esa cárcel para que alcance una especie de felicidad verdadera y una plenitud de vida.²⁵

En el pensamiento hebreo, por el contrario, no existe esa forma dualista de concebir al hombre. Cuando se usan expresiones para referirse al cuerpo y diferenciarlo del alma, esos términos traducen su significado en cadáver. Ahora bien, cuando el pueblo hebreo se refería al cuerpo vivo, al que Dios había formado en el seno materno, empleaba la palabra que equivale a carne.²⁶

De igual modo, cuando se encuentra en los textos la noción hebrea de alma, no se debe interpretar desde una concepción dualista, ya que ellos ni dividen a la persona en dos ni generan oposición entre los conceptos alma y cuerpo. El judío no afirma que el hombre tiene un alma, sino que el hombre es un alma; no se dice que el hombre tenga un cuerpo, sino que el hombre es cuerpo. Expresado de otra forma, alma y cuerpo, son dos formas de

²³ Ver “Ensayo sobre el pensamiento hebreo.” Centro Bíblico de Pastoral María de Magdala.

²⁴ *Ibíd.*, 126.

²⁵ *Ibíd.*, 128-130.

²⁶ *Ibíd.*, 131-139.

llamar a una misma realidad que es la persona humana; por tanto, es verdad decir que el hombre es alma como decir que es cuerpo. Evidencias de ello se rastrean a lo largo de la Sagrada Escritura, en donde tanto los conceptos “toda carne” y “toda alma”, hacen referencia a todo el conjunto de vivientes (Para toda carne: Gn 6, 13. 17; 7, 15. 21; Sal 136,25 y para toda alma viviente: Gn 1,21.24; 9, 10.12.15).

Ahora bien, existe un elemento evidente en la realidad humana: el hecho de ser individuos particulares y, en concordancia con el concepto antropológico del pueblo hebreo, esta realidad de la individuación de los seres, no será comprendida como una separación de lo universal e inmediata caída en lo material, sino como multiplicidad creada y deseada, como conquista y fecundidad. Este pensamiento es totalmente coherente con el desarrollo de la metafísica bíblica, una metafísica del nombre, del nombre propio, en donde Dios conoce y llama a sus hijos directamente porque están en su mente y su corazón desde siempre.

Y dijo Moisés a Yahveh: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos” 17: “Yahveh dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre. (Ex 33, 12.17)

Vino pues la palabra de Yahveh a mí diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. (Jer 1,4-5)

La particularidad de los seres es querida y creada por sí mismos; su esencia es única e irremplazable. De esta manera, se comprende que el hombre no está sumido en una nostalgia de la unidad que alguna vez fue y permanece en constante búsqueda de cómo alcanzarla, sino que el hombre es, desde su realidad particular, en relación de amor con el otro y con el totalmente Otro.²⁷

1.1.2. La dimensión del Pneuma

Con la claridad del no dualismo entre cuerpo-alma y desde esta misma concepción de unidad en la persona humana, se comprende una dimensión que es propia de la tradición bíblica y, por tanto, no existe en ninguna antropología netamente filosófica, el *Ruah*. Esta palabra, traducida por los 70 como *pneuma* y en español como espíritu, se refiere a la dimensión sobrenatural en el hombre, que no solo lo hace capaz del trascendente sino

²⁷ *Ibíd.*, 140-143.

también le permite que el mismo *Pneuma* de Dios lo habite. El espíritu es, entonces, la constante invitación que hay en el hombre creado para tomar parte de la vida increada de su Creador.²⁸

Esta dimensión pneumática no está separada del hombre ni es contraria a las demás dimensiones, es una realidad constitutiva del mismo sin la cual no existiría “Porque mientras haya vida en mí, Y el aliento de Dios esté en mis narices” (Jb 27,3) “Si él pusiese sobre el hombre su corazón, Y recogiese así su espíritu y su aliento, Toda carne perecería juntamente, Y el hombre se tornaría en polvo” (Jb 34, 14-15). Ahora bien, al entender esta dimensión como parte constitutiva de la unidad sustancial del hombre, se entiende al individuo, no como algo opuesto a la naturaleza, sino como aquel que por su *pneuma* se une a la vida personal de Dios y, desde esta realidad, hace que toda la creación se dirija a su creador. Es lógico pensar que el hombre, por esencia constitutiva, no busca en su realidad existencial lo netamente biológico, sino que se interesa por aquello que le permite unirse a Dios y llevar todo lo que le rodea a su presencia.²⁹

Sin embargo, esto no quiere decir que el ser humano posea una programación que le obliga a ser de una manera u otra; sino que gracias a su inteligencia y al ejercicio de su libertad, decide si encamina o no su vida hacia Dios. Esta inteligencia o conocimiento, no es concebida como algo ajeno a la persona, sino como algo indisolublemente unido a la vida y que nace del corazón. “Les daré un corazón capaz de conocerme, de saber que yo soy Yahvé” (Jer 24,7), razón por la que el *Pneuma* divino es enviado hasta este lugar, fuente de toda libertad, que es la inteligencia misma y lo habita para iluminar la persona toda en su decidir y actuar: “Envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su hijo” (Gal 4, 6).

Abrir el corazón al conocimiento de Dios significará, entonces, un acto de inteligencia por parte del hombre y endurecerlo, cerrarlo o desconocerlo, un acto de estupidez; “has cerrado tu mente al conocimiento” (Jb 17,4). Esa unión indisoluble entre inteligencia y vida; “esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero” (Jn 17,3), significa que desconocer es sinónimo de muerte y que no existe división alguna entre inteligir y actuar.

²⁸ *Ibíd.*, 154-155.

²⁹ *Ibíd.*, 156-163.

La inteligencia es una acción que compromete al hombre, procede de su corazón y le lleva actuar en consecuencia con lo que conoce.³⁰

De acuerdo a esto, no será posible afirmar que se conoce a Dios y no se establece una relación con Él. Por el contrario, este conocimiento propiciará el libre e inevitable encuentro verdadero de dos espíritus, dos inteligencias y dos corazones; el encuentro del hombre con su Creador. Tampoco es posible decir que se conoce a Dios y se actúa de manera injusta, ya que, en la propuesta bíblica, la justicia no se opone a la caridad, sino que es la caridad misma. La justicia desde la propuesta bíblica, debe ser comprendida como una noción netamente teológica, la cual demuestra la relación con Dios; relación de conocimiento, de amor, que se expresa en la búsqueda de justicia por el prójimo y en justicia social.³¹ De esta manera, la relación de todo hombre con su prójimo será análoga a la que se establece entre el hombre y Dios y la unidad total del uno, con la unidad total del otro, sostenido desde el encuentro que cada hombre tiene con el totalmente Otro, con la justicia, con el amor.

Acercarse a la comprensión antropológica del pensamiento judío permite entender, en cuanto a la comensalía se refiere, quién se sienta a la mesa; el concepto que tiene el judío de aquel con el que está comiendo y, sobre todo, lo que trae consigo sentarse y comer juntos desde este discernimiento. No se trata, simplemente, de un acercamiento para satisfacer una necesidad biológica – alimentarse-; es el compartir del pan y el encuentro verdadero con la totalidad y profundidad del otro, unido al convencimiento pleno de que dicho encuentro está sostenido e inmerso en el que cada uno de los comensales tiene con Dios.

1.2. El significado de comer juntos en el pueblo judío

Después de elaborar una aproximación al concepto antropológico del mundo bíblico y al tener en mente cada una de las comprensiones alcanzadas, se hará un acercamiento al significado que tienen las comidas para el pueblo judío, el sentido de sentarse a la mesa y comer juntos; acto que realiza cada hombre pero que, a su vez, es un elemento cotidiano de vida familiar, de construcción cultural y expresión espiritual.

³⁰ *Ibíd.*,165-184.

³¹ *Ibíd.*,185-186.

A través de la historia, en diversidad de culturas, la comida es considerada biológica, cultural y espiritualmente, fuente de vida, alimento y fuerza. Desde el sentido netamente biológico, el hombre al ingerir los elementos que le provee la naturaleza, se nutre e identifica con ella. De igual modo, la comida es vista en muchas tradiciones como fuente de unidad comunitaria; un momento en donde los comensales que comparten en la mesa adquieren vínculos fuertes, que convierten este compartir en un símbolo de solidaridad, de amistad, de comunicación interpersonal y de fiesta. Asimismo, el comer trasciende el sentido de nutrirse físicamente; al nutrirse mutuamente y de manera fraternal, por medio de la vivencia de la hospitalidad y la acogida. De otra parte, la comida, en muchos pueblos, tiene un significado religioso, un sentido de encuentro con Dios. En todas las religiones, la comida es elevada al plano religioso y genera ambientes de alegría, acción de gracias, súplica y petición de perdón, entre otros. No se trata de ser partícipes de la divinidad, sino de un signo de comunión con Dios y un culto verdadero. En las cenas judías, adquiere además un matiz escatológico, expresado en la esperanza mesiánica del pueblo; aquellas cenas se convierten en anticipos de la venida del Mesías, en donde todos serán convidados para comer juntos.³²

Es común, entonces, encontrar en el mundo judío celebraciones rituales y comunitarias en torno a una cena; testimonio de ello son la celebración de la pascua, las comidas de hermandad (*Haburah-Haburoth*) y las comidas de víspera de fiesta (por ejemplo, el *Quiddush*, cena que se realizaba el viernes como víspera y bendición del sábado), entre otras. Todas estas celebraciones contienen tres dimensiones: la vertical, que hace referencia a la disposición de estar de cara a Dios. La horizontal, de cara a aquellos con los que se comparte la mesa y la escatológica, que ubica el ser de cara al futuro.³³

En el Antiguo Testamento se encuentra que las comidas o los banquetes tenían no solo un significado de celebración y recordación, sino también un profundo sentido religioso y humano. No existe la celebración de un acuerdo o un tratado sin una comida (Gn 26, 28-30; 31, 46.54; Jos 9,14; 2 Sam 3,20), la entronización de un Rey sin un banquete (1 Sam 16,16; 1 Re 1,9-25) y toda acción de gracias a Dios festejada por medio de un sacrificio (Lev 3,19;

³²Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 37-39.

³³Ver Codina, *La Fracción Del Pan.*, 23.

Dt 12,27; 1 Sam 2,13-17; 9,22-24; 2 Sam 15,12; 1Re 3,15); inclusive en Pablo donde se presenta la Eucaristía como banquete Sacrificial (1 Cor 10,16-22). Además, también se encuentran alusiones a comidas con sentido mesiánico-escatológico (Is, 256; 65,13), con temáticas como las de saciar al hambriento (Sal 34,11; 107,9) o participar del banquete de la sabiduría (Pro 9,5; Si 24,20; Is 49,10; 55,1-3; Jer 31,12). La mesa es para la cultura judía y su experiencia religiosa, una mediadora de amistad-fraternidad y al mismo tiempo, experiencia de Dios.³⁴

En las comidas judías hay una gran riqueza simbólica que convierte a sus banquetes en una experiencia verdaderamente actualizante y vital para quienes la comparten (familia y amigos judíos). Por ejemplo, el concepto de pan que al mismo tiempo significa alimento de manera genérica, es considerado como don de Dios y alimento principal de la humanidad para mantener la vida corporal. En cuanto al vino, en los relatos bíblicos se comprende como sinónimo de sangre-vida (Lv 17,14; Gn 9,3-4; 9,6), razón por la que se prohíbe comer carne con sangre o producir el derramamiento de la misma. El vino evocará la sangre que es principio vital que anima el cuerpo y, por ende, sentarse a la mesa a comer y beber juntos adquiere un profundo sentido comunitario, simboliza el deseo o la disposición de adherirse al otro en un destino común.³⁵

Ahora bien, todas estas comidas del mundo judío tenían una estructura celebrativa que constaba de dos momentos básicos: el primero, el rito de entrada o fracción del pan, en donde se tomaba y elevaba el pan de la mesa para pronunciar la bendición, para partirlo y ofrecerlo a todos los comensales. Esta acción tenía el sentido de bendecir y reunir en comunión a quienes se encontraban participando de la cena. El segundo momento o rito de conclusión, era el de la acción de gracias de la copa, allí cada uno bebía de su propia copa para significar la solidaridad en el destino común.³⁶ A continuación se hará un breve recorrido por las principales cenas-celebraciones judías, para comprender a profundidad el significado de compartir la mesa.

³⁴ *Ibíd.*, 23-25.

³⁵ *Ibíd.*, 25-27.

³⁶ *Ibíd.*, 27-28.

1.2.1. El sábado: Shabat

El séptimo día, el Shabat (Ex 20,8-11; 23,12; 31,12-17; 34,21; 35,2-3; Lv 23,3; Nm 28,9-10; Dt 5,12-15), es dentro del ciclo hebdomadario judío, la jornada por excelencia en donde los creyentes buscan separarse de todo el ajetreo de la semana y se disponen para vivir una noche de silencio, descanso, consagración a Dios y a la familia. En este día, de carácter especial, se usa la mejor ropa, se prepara la mejor comida, se reflexiona y se aprecia el valor de la existencia. El sábado es el día en el que se recapitula la semana y se da sentido a la misma; es un momento en que la persona se detiene, se vacía y se deja llenar de la santidad. También es visto como un día de liberación del hombre del trabajo perpetuo, acentúa la igualdad religiosa del amo y del sirviente, y también se extiende al gentil que sirve al judío, así como al prosélito.³⁷

El ritual con el que se abre el Shabat (viernes con la puesta del sol), es un acontecimiento familiar, en el que cada uno desempeña un rol particular. La Madre enciende las velas, e invita a la paz y a la armonía al hogar, llenando el lugar con luz física y espiritual; posterior a su encendido, se pronuncian unas palabras de bendición en torno a la mesa que está dispuesta de manera festiva para que la familia reciba a ese huésped de honor: la novia del Shabat. Luego, la familia entona el canto del Shalom Aleijem, se hace la bendición de los hijos y se recita el Kidush, momento en el que todos se ponen de pie mientras el padre de familia, con una copa de vino o jugo de uva en la mano, santifica el Sahabat, al recordar que Dios creó todo en seis días y el séptimo descansó (Gn 2,1-2). Kidush significa hacer distinción, elevar algo material y hacerlo espiritual; al levantar la copa, se eleva el mismo día del Shabat. Entonces, el padre levanta la copa, toma un sorbo y bendice a quienes están en la mesa, especialmente a la esposa. Generalmente, también se bendice a quien está a la derecha, expresándole palabras que connotan su presencia como una bendición; después, se pasa la copa a esta persona quien beberá un poco de vino, bendecirá también al de su derecha y así sucesivamente, hasta que todos sean bendecidos y hayan expresado alguna bendición a los otros comensales.³⁸

³⁷Ver Vergara, *Las Fiestas en el Antiguo Testamento y en la Tradición Judía*, 15-22.

³⁸ *Ibíd.*, 22-28.

Posteriormente, se lavan las manos y se da inicio al rito del pan del Shabat. Los dos jalot o panes trenzados, colocados con un paño decorativo en la mesa, evocan las dos porciones de maná que caían del cielo, cada viernes, cuando los judíos estaban en el desierto; también recuerdan los mandamientos y observan el Shabat para santificarlo. A este pan se le coloca sal como preservante, símbolo de que esa comida no es un hecho pasajero, sino una experiencia que perdura por la eternidad. El padre pronuncia la bendición, corta los jalot para todos y se los sirve. Terminado el rito del pan viene la cena familiar, momento festivo y bien dispuesto para que todos los miembros disfruten el estar juntos, compartan temas amenos y canciones que hagan referencia a la Torá. Al finalizar, se entonan cantos que alegran a la familia y se hace la acción de gracias.³⁹

Esta cena del viernes en la noche, descrita anteriormente, abre la fiesta. Adicional a ella, hay dos más, la del sábado al medio día que tiene un carácter muy familiar y la del sábado en la noche, que cierra la fiesta con la Havdalá, un rito que concluye la celebración y da inicio a la semana laboral.⁴⁰ Como se puede notar, es una celebración con una centralidad en el compartir familiar y en ese compartir que tiene como elemento fundamental sentarse a la mesa con otros, cargada de un simbolismo religioso, cultural, comunitario y de familia.

1.2.2. La fiesta de la Pascua judía

La pascua judía (Ex 12,1-32; 13,3-10; 23,15-16; 34,18; Lv 23,5-8; Nm 9,2-7.10-14; 28,16-25; Dt 16,1-8), es la celebración que tiene el significado más profundo, hasta el punto en que algunos relatos evangélicos del Nuevo Testamento (NT), hacen lecturas sobre esta. Los sinópticos, por ejemplo, interpretan claramente la última cena de Jesús como una cena pascual, aunque históricamente no se tiene la certeza de que lo haya sido; sobre todo, si se sigue a Pablo y a Juan. Sin embargo, este hecho indica que la comunidad primitiva entendió la cena del Señor y la eucaristía como la nueva celebración pascual cristiana.⁴¹

Esta celebración era un banquete anual que el pueblo judío ofrecía en conmemoración de la liberación de Egipto. En el libro del Éxodo, se aprecia no solo la historia de Dios liberando a Israel de la esclavitud, sino también explícita la manera como cenaron en la pascua y por

³⁹ *Ibíd.*, 28-30.

⁴⁰ *Ibíd.*, 31-32.

⁴¹ Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 43.

tanto, cómo celebrarían la misma a futuro. Este festejo tiene sus antecedentes en una fiesta israelita del mundo nómada pastoril, en el que se podía vislumbrar también otro tipo de rito, el de la sangre: chupaban la sangre de las incisiones que se practicaban o bien las mezclaban. Cabe la posibilidad de que entre los hebreos existiese algún tipo de rito como este, pero realmente no sería frecuente en Israel pues para ellos era mucho más común la celebración en una comida comunitaria; esa participación de una misma comida, crea unidad vital entre los comensales. Un animal joven sacrificado para obtener la prosperidad del ganado, sangre vertida en palos para alejar poderes maléficos, hierbas amargas que se comen junto con panes ázimos, lomos ceñidos, sandalias en los pies y el signo de no partir los huesos de la víctima - símbolo de la esperanza de que la víctima revivirá porque Dios aumentará la fecundidad del ganado -, denotan un gran paralelismo; aunque para Israel adquiere un significado totalmente nuevo⁴² con la pascua.

La pascua era celebrada mediante una cena de tipo sacrificial, en donde se comía a la víctima ofrecida (1 Cor 10,18); tenía como fin la renovación litúrgica del acontecimiento salvífico del éxodo (Ex 12,1-14). La vestimenta y el pan ázimo significan la prisa de la salida de Egipto; las hierbas, la amargura de la estancia en aquel país, y la sangre del cordero la salvación que Dios concede al pueblo.⁴³ Esta comida evocaba la memoria y se constituía, a su vez, en un hecho sociopolítico de liberación de la esclavitud, de institución como pueblo y, por ende, testigo de ese magno acontecimiento religioso en el que Dios escuchó al pueblo, lo liberó y estableció su alianza con él. De igual modo, la cena pascual también rememoraba los prodigios experimentados en el desierto como el agua en la roca (Ex 17,6; Num 20, 7-11) y el maná (Ex 16; Num 11,4). Posteriormente, este significado se acrecentará al ver en el retorno del exilio una nueva liberación, un nuevo éxodo. Esta comida se convertirá, por tanto, en la actualización del pasado en el presente y el anticipo del futuro, por el simple hecho de ser un signo y esperanza de liberación total e integral del pueblo.⁴⁴

⁴²Ver Sayés, *El Misterio Eucarística*, 16-20.

⁴³ *Ibíd.*, 20.

⁴⁴Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 28-32.

Dicho memorial supera todo concepto que pretenda reducirlo a una noción subjetiva de mero recuerdo. El memorial, entonces, recordará a Dios y sus hazañas del pasado, para que, confiados en su fidelidad, las siga labrando y estén latentes en su pueblo para que perduren en todo tiempo. Se trata de hacer presente el acontecimiento o de que cada uno sea contemporáneo del mismo. Este hecho significa, al mismo tiempo, constituir la alianza que Dios estableció con el pueblo y con aquel que celebra la pascua. Dicha Alianza tiene unas características claras como iniciativa de un Dios vivo que se revela al hombre para que se entable una relación de fraternidad y fidelidad recíprocas, hecho a través del cual Dios entra en la vida de Israel. Si el pueblo acepta la Alianza, entonces, será un pueblo santo, así como Dios lo es (Lv 11,45), pues al asumir este compromiso, el pueblo se consagra a Yahvé, y al hacerlo, se convierte en su propiedad. Esta alianza se ve expresada en la Ley que Dios da al hombre como signo de exigencia de santidad y cumplimiento de la misma.⁴⁵

La cena pascual aparece claramente, como la clave que resume la dinámica de la salvación: une la comunidad, la inicia en la Alianza y la comunión con Dios, al tiempo que la renueva cada vez que es celebrada; invita a la alegría, bendición, acción de gracias y alimenta la esperanza mesiánica.⁴⁶

1.2.3. El Shavuot/Pentecostés o Fiesta de las semanas

Es la segunda, de las tres celebraciones de peregrinación del pueblo judío, es llamada de las semanas por el tiempo en que realiza; se celebra siete semanas después de la fiesta de los ázimos (Ex 23,16; 34,22; Lv 23,15-22; Nm 28,26-31; Dt 16,9-12). Es un festejo, junto con los ázimos y la Pascua, de tipo agrícola, que tiene su origen en tiempos de Noé; señala el final de la cosecha del trigo o los cereales y supone un reconocimiento a Dios por ser fuente de todas las alegrías. Esta fiesta poco a poco fue tomando un tinte más religioso, convirtiéndose así en la conmemoración de la entrega de la ley al pueblo judío en el monte Sinaí, cincuenta días después del Éxodo (Ex 19, 1ss) y a su vez, en la celebración de la renovación de la Alianza (2Cro 15,10-13). En esta festividad se hacía una asamblea religiosa y se presentaban distintas ofrendas (Lv 23,15-22; Nm 28,26-31,) entre las que se señalaban: panes con levadura, el holocausto de siete corderos, un novillo y dos carneritos,

⁴⁵Ver Sayés, *El Misterio Eucarística*, 20-21.

⁴⁶Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 46-48.

ofrendas de cereales, un macho cabrío y dos corderos para el sacrificio de comunión. Esta celebración, al igual que en la Pascua, centraliza el culto y focaliza la teología de la liberación de Egipto al fundamentarla y hacer que todos participen. De igual manera, se aprecia una preocupación por los pobres, por lo que se les dejará parte de la cosecha (Lv 23,22; 19,9-10; Dt 25,19-22; Rt 2,1ss) para que sean alimentados.⁴⁷

Como en toda fiesta judía, los alimentos que se consumen están cargados de significado e invitan a la reflexión y a la memoria de acontecimientos pasados. En esta cena, particularmente, se volvió costumbre ingerir por lo menos una comida láctea, lo que simboliza, para algunos, la tierra que mana leche y miel; para otros, la interdependencia y unidad de la ley oral y escrita. También se consumen empanadas triangulares; sus tres lados simbolizan a los tres patriarcas, las tres partes de la Biblia Hebrea: la Tanak, los tres tipos de judíos (cohen, levi, Israel), la entrega de la Torah al pueblo judío, en el tercer mes (Sivan) por medio de Moisés, el tercer hijo de sus padres. Los productos lácteos, sobre todo el queso con la miel, simbolizan el agradable sabor de la Torah.⁴⁸

El Shavuot significa entonces, la entrega de lo mejor de cada familia a Dios, en memoria de la liberación como pueblo, en recuerdo de la alianza hecha por Dios con los judíos de todos los tiempos y la obligación de cada uno de enseñar, aprender, profundizar y vivir la Ley como elemento de unidad comunitaria entre los miembros y con Dios.

1.2.4. El día primero del mes séptimo: Rosh Hashaná

Rosh Hashaná significa, literalmente, cabeza de año. Se refiere al primer día del mes de Nisán, es el comienzo para los reyes y para las fiestas. En este pueblo existen cuatro inicios: el ya mencionado (Nisán), el primero de Elul (comienzo para el diezmo del ganado), el primero de Tisrí (el comienzo del año en relación a los años) y el primero de Sevat (comienzo del año con relación a los árboles) (Lv 23,24-25; Nm 29,1-6; Esd 8,1; Ez 40,1).

El centro de esta celebración es el reconocimiento de la soberanía de Dios sobre el mundo y su autoridad sobre la humanidad. De otra parte, el sonido del shofar simboliza el llamado a la penitencia, a despertar y retomar el camino a Dios, mediante el arrepentimiento en tres

⁴⁷Ver Vergara, *Las Fiestas en el Antiguo Testamento y en la Tradición Judía.*, 63-65.

⁴⁸Ibíd., 66-70.

niveles: pensamiento, palabra y acción. Dentro de esta celebración, además de los ritos de purificación, se conservan algunas costumbres alimenticias como comer panes redondos; que simbolizan la naturaleza cíclica y eterna de la vida y expresan el deseo y la esperanza de que el año venidero sea pleno y no lo quebrante una tragedia. De igual modo, se acostumbra a comer frutas de estación como las uvas, las manzanas y las granadas, siendo estas últimas las más populares, pues debido a su alto contenido de semillas, expresan la esperanza de que en el año nuevo, la persona realice muchas acciones meritorias. Se consumen también tortas de miel, dulces y manzanas untadas de miel, que simbolizan la dulzura que el judío desea en su vida para el año que inicia. De igual modo, contrario a la forma como se hace durante el resto del año, el primer pan del Rosh Hashana, no se cubre con sal sino se unta con miel.⁴⁹

El compartir familiar y comunitario que se da en esta fiesta en torno al comer juntos, entonces, es signo del restablecimiento de la relación con Dios, consigo mismo, con los demás y mantiene vivo el sentido vertical, horizontal y escatológico, es decir, la edificación de la vida personal, familiar y comunitaria en Dios.

1.2.5. Días de Ayuno en el pueblo judío

Las comidas judías tienen tal importancia celebrativa, familiar, comunitaria, espiritual y de construcción social, que cuando se evocan aquellos hechos dolorosos para el pueblo de Israel, se debe guardar un ayuno estricto y respetuoso; acción que contribuye con la reflexión sobre los sucesos trágicos para la comunidad judía. El Tishá b'Av, fiel testimonio, es preservado como uno de los días de ayuno público, con un sentido mucho más fuerte, pues es, tal vez, el día más trágico y de mayor duelo para el pueblo; este día no solo se conmemora la destrucción del Templo del 586 por los babilonios, sino también la destrucción del segundo templo, a manos de los romanos en el año 70. Esta celebración ha venido adquiriendo una mayor significación debido a los sucesos que han acontecido en la historia judía: la expulsión de los judíos de España, en 1492 y la Shoah de la segunda guerra mundial. En la cena previa a este ayuno, se sirven panecillos redondos y huevos, en ocasiones con ceniza esparcida sobre ellos, en señal de duelo. La redondez de los panecillos

⁴⁹ *Ibíd.*, 78-86.

se debe a que lo circular se asocia con el duelo y su relación con la vida eterna: sin comienzo ni final.⁵⁰

Existen otros días de ayuno menor: Asará be Tevet (recuerda el sitio babilónico de Jerusalén), Taanit Ester (recuerda el ayuno de Ester como preparación para la misión en favor de su pueblo), Shivá Asar Be Tamuz (recuerda la primera brecha en las murallas de Jerusalén durante el sitio babilonio) y Tzom Guedaliá (conmemora el asesinato de Guedaliá y señala el último golpe en la destrucción del primer reino). Cada uno de los ayunos que el pueblo celebra, traen a colación un trágico momento en donde se divide el pueblo, se destruye algo de su identidad religiosa o se termina con la vida de alguno de sus miembros; lo cual, aunque los une como comunidad al conmemorarlo, son hechos divisorios que han atentado en contra del ser profundo del pueblo judío y, por ende, no pueden ser recordados con una cena que significa justamente lo contrario. De igual modo, notamos que en las comidas anteriores y posteriores al ayuno, las cenas que se realizan tienen ya de por sí un carácter simbólico de penitencia y de dolor.⁵¹

En cuanto a la celebración del Yom Kippur (Lv 16; 23,27-32; 25,9; Nm 29,7-11), reconocido como el día de la expiación o día del perdón, es una festejo que inicia con un día de ayuno, precedido por una comida festiva, en el que se debe evitar comer cosas saladas o que produzcan sed. El celebrar la reconciliación y el perdón enfatiza claramente las relaciones interpersonales, pues Dios perdona siempre y cuando la parte agraviada haya perdonado primero. Este acto de perdón y reconciliación se hace a través de la ceremonia de caparot, que se fundamenta en la creencia de que se puede pasar del dolor, la pena, la culpa o el pecado a otro objeto y, por tanto, ellos toman un animal; aquel sustituto en donde se depositarán y eliminarán dichas realidades humanas, que permitirán que la persona tenga una larga y placentera vida en paz. Posterior a la celebración del Yom Kippur, luego del día de ayuno, es tradicional compartir una cena en donde se sirve arenque (un tipo de pescado), ojalá salado, para provocar sed y de esa manera, hacer que los comensales tomen agua y se recuperen físicamente.⁵²

⁵⁰ *Ibíd.*, 73-74.

⁵¹ *Ibíd.*, 77-78.

⁵² *Ibíd.*, 87-96.

Se comprende entonces, que en el mundo judío el sentarse a la mesa a comer, o de otra parte dejar de hacerlo, tiene siempre un sentido para pensar en sí mismo, en la relación con los demás y con Dios; ya sea al compartir la comida, hacerse uno con quienes se comparte la cena, o dejando de comer, acción que unida a otros ritos de purificación, permite preparar la vida para seguir la construcción personal, como pueblo y con Dios, lo que tendrá como consecuencia el poder participar en la mesa como hijos de Dios y mantener la esperanza de, algún día, estar sentados disfrutando del banquete mesiánico.

1.3. Las comidas en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, de manera especial en los Evangelios, se pueden apreciar una serie de comidas que tuvieron lugar en el mundo judío del siglo I, con la participación de Jesús de Nazareth y, en otras ocasiones, de miembros de la naciente comunidad cristiana. Al tener presente que dichas comidas se suscitaron, justamente, en ese contexto judío y que en su vivencia se detallan elementos fundamentales de lo que se denomina hoy Cena Cristiana o Eucaristía; por ello, se realizará una aproximación a sus características y a su sentido contextual, lo que permite ampliar el panorama de lo que significa la comensalía en Jesús.

Ahora bien, para poder entender el impacto significativo que tuvieron las comidas realizadas por Jesús en su tiempo, es importante recordar que para Israel existía una semejanza entre las normas del matrimonio (*connubium*) y las de la comida (*convivium*). Dicha correspondencia se manifiesta en el hecho de que solo se puede contraer matrimonio con aquellos con los que se puede comer y, por tanto, se aborrecerá todo matrimonio con paganos, ya que estos están excluidos de la mesa y atentan contra la pureza de Israel (Tob 1,10-11).

Es importante, asimismo, recordar que las narraciones sobre las comidas de Jesús y la multiplicación de los panes, unidas a las comidas con el resucitado, se realizaron en un periodo post pascual, con una perspectiva mesiánica y de praxis eucarística.⁵³

⁵³ Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 39.

Es interesante ver a Jesús, en varios relatos evangélicos, comiendo con diferentes personas de la época sin importar su condición: fariseos, prostitutas o cobradores de impuestos. Jesús no excluye a nadie de la salvación ni de la comunión con Dios; el hecho de comer con ellos es la máxima expresión al momento de predicar la buena nueva. Muchos de sus gestos aluden al comer cuando: multiplica los panes, convierte el agua en vino, acepta invitaciones o se auto invita a cenar; de igual modo, cuando usa escenarios, en torno a la comida, para hablar del Reino, expresándose mediante banquetes festivos y convirtiendo aquello en una clara acción profética, lo que deja entrever que el Reino se encuentra en medio de la humanidad.

Esas acciones de Jesús, son referidas por los autores mediante un lenguaje mesiánico, al hacer una especie de analogía vivencial en donde, así como Moisés alimentaba al pueblo en el desierto, ahora Jesús lo hacía al anunciar la llegada del Mesías⁵⁴, momento en el que sucederá el banquete mesiánico y el pueblo podrá regocijarse en la tierra ante el Señor (Dt 27,7); elemento propio de la tierra prometida donde brota leche y miel. En dicha tierra se debe compartir con el pobre, el levita y el extranjero, o de lo contrario, el castigo del pueblo por su desobediencia será el hambre. En este lenguaje mesiánico se hace uso de imágenes tomadas de la casa, la vida familiar, en donde lo manifiesto es la relacionalidad basada en principios de solidaridad, acogida, reciprocidad, igualdad y perdón; valores fundamentales para expresar la comunidad del Reino.⁵⁵

Estas comidas con Jesús no tenían solamente una carga simbólica y de carácter mesiánico, sino que al mismo tiempo fueron experiencias que marcaron la vida de los discípulos. Comer con el Maestro era símbolo profundo de reconciliación, comunión y participación de los bienes mesiánicos. La comensalidad de Jesús era muy grande, los signos de la multiplicación de los panes y peces, el signo del agua en vino, los anuncios del Reino en la categoría de comida festiva, la cena de despedida y el sentarse a la mesa luego de la resurrección son ciertamente, bases fundamentales para la comprensión posterior de la cena eucarística cristiana.⁵⁶

⁵⁴ Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 37.

⁵⁵ Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 33-34.

⁵⁶ Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 38.

1.3.1. Comer con pecadores y publicanos

Esta acción de Jesús no solo cuestiona al sistema religioso predominante, sino que muestra una nueva forma de la experiencia de Dios. Sus actitudes abren la puerta a los paganos, al instaurar así una nueva forma de relaciones sociales (Lc 15,1-2). Sus gestos permiten comprender de manera distinta a Dios; ya no se accede a Él, únicamente, a través de la separación entre lo profano y lo santo o lo puro y lo impuro, sino que se llega también gracias a la misericordia que se hace vida al incluir a los rechazados.⁵⁷

En el Evangelio de Lucas (Lc 19, 1-10) reposa el relato de Zaqueo, un hombre rico de Jericó, considerado por todos como un pecador y quien estaba excluido de la alianza. Este hombre tiene un encuentro con Jesús, quien lo mira, lo llama y, sin perder tiempo, toma la iniciativa de hospedarse en su casa, ofreciéndole de esa manera su amistad sincera, sentándose a la mesa en donde comen juntos, le escucha, acoge, comprende y respeta. En aquella comida Jesús no representa la ley, sino la compasión que abriga a todos entrañablemente con el amor del mismo Dios. No le inquieta lo moral sino aquel que sufre, no impone ni defiende una doctrina, sino que centra toda su atención en la persona que aún no vive de manera sana.⁵⁸

Este encuentro entre Jesús y Zaqueo se da en un ambiente total de comensalía. Jesús llama por su nombre a Zaqueo, elemento característico de la antropología bíblica como vimos anteriormente, y le hace notar con sus palabras la prontitud y la conveniencia de ir y permanecer en su casa. Jesús manifiesta su deseo de ser acogido por Zaqueo, en su casa, para un compartir de amistad profundo. Por su parte Zaqueo no se hace esperar, lo recibe y lo acoge con alegría, elemento que contrasta con la murmuración de la multitud, que critica a Jesús por hospedarse en casa de un pecador. De acuerdo con la mentalidad cultural de la época, quedarse en casa de un tipo de mala calaña, equivalía a compartir su pecado. En este encuentro, en contraste con las murmuraciones de los presentes, Zaqueo es quien opta por un cambio de vida, no solo ofreciendo ayuda a quienes lo necesitan sino restituyendo el cuádruplo a quienes les robó; acto plenamente respaldado por Jesús, quien manifiesta que la

⁵⁷Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 34-35.

⁵⁸Ver Pagola, *El Camino Abierto Por Jesús*, 299-306.

salvación ha llegado a esa casa, que fue Dios quien actuó en ese hombre y por eso, regresa a casa de la familia de Dios.⁵⁹

1.3.2. Comidas con fariseos

En las narraciones sobre estas comidas queda en evidencia una conversación, propia del género literario simposio, que se caracteriza por dos acciones concretas: comer y conversar. En este tipo de escenas, el anfitrión es una persona adinerada y con cierta sabiduría, que comparte un diálogo surgido de un hecho insignificante, con un invitado especial, quien es el que expresa los aportes más significativos.⁶⁰

Un claro ejemplo de ello, es el texto que narra el banquete ofrecido por el fariseo Simón a Jesús y que se ve interrumpido por la entrada de una mujer pecadora, que unge los pies del Maestro (Lc 7,36-50); allí se percibe a un Jesús que rompe con las convenciones establecidas y propone nociones de un orden social totalmente nuevo, que integra a los excluidos y presenta a un Dios misericordioso que perdona y que es aceptado, sobre todo, por quien es consciente de su realidad y no por ese que se esconde tras una pretendida santidad y justicia.⁶¹ Esta es una escena en la que Jesús, justo en la intimidad del compartir la mesa, enseña lo que significa sentarse a comer con Él. Solo podrá compartir la mesa quien tiene una actitud diferente con los excluidos por la sociedad, lejos del fariseo que observa horrorizado lo que está sucediendo en su propia casa en torno a la mesa, entre Jesús y la mujer; sino el que en sus ojos tiene la mirada misericordiosa de Dios, quien no excluye a nadie y acoge a todos con el amor compasivo que ofrece y quiere que todos vivan.⁶²

Al igual que en el texto comentado anteriormente, las otras escenas donde Jesús come con los fariseos, se convierten claramente en una enseñanza de las exigencias que tienen aquellos que desean seguir al Maestro, de quienes quieren comer con Él y, por tanto, compartir el mismo destino. Otro ejemplo claro es la comida en donde se discute la pureza ritual (Lc 11,37-54). Se pasa de un fariseo que se escandaliza por la omisión de las abluciones antes de comer, a un Jesús que centra su atención en la pureza de corazón, en el interior de las personas. Lo ideal será purificarse de la injusticia y la avaricia, pues la

⁵⁹Ver Cardona, *Jesús De Nazareth en el Evangelio de Lucas*, 303-307.

⁶⁰Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 35.

⁶¹ *Ibíd.*, 35-36.

⁶²Ver Cardona, *Jesús de Nazaret en el Evangelio de Lucas*, 133-140.

verdadera impureza es la codicia y el robo. De igual modo, en la narración donde Jesús advierte el cuidado que se debe tener de la levadura de los fariseos (Lc 12), el Maestro enseña que la preocupación por la ley no puede conducir al olvido de lo esencial: la justicia, el amor a Dios y al prójimo, manifiesta en la solidaridad efectiva con los necesitados.⁶³

Otro texto que pertenece al grupo que narra las comidas en casa de estos personajes, es la que tuvo lugar en casa de uno de los principales fariseos (Lc 14,1-14). En esta perícopa no se puede afirmar que Jesús está en contra de las relaciones familiares, sino que rechaza el hecho de que estas sean siempre las prioritarias, privilegiadas y exclusivas. A los que viven la fraternidad con Jesús, Él mismo les recuerda que la acogida a los pobres y desamparados, ha de ser anterior a las relaciones interesadas y de convencionalismos sociales; al vivir para los demás sin esperar nada a cambio, al hacer una opción preferencial por los pobres y al vivenciar sin distinción, el amor gratuito que Dios ofrece a todos.⁶⁴ Los versículos siguientes a esta perícopa (Lc 14,15-24), tienen ciertamente un tinte escatológico en donde se afirma que los últimos serán los primeros en el banquete mesiánico; también expresa que la comunidad cristiana no puede ser cerrada y exclusiva, sino que debe ser abierta e incluyente.

1.3.3. La Multiplicación de los Panes

Este signo, con el cual Jesús da de comer a una multitud (Mt 14,14-21; Mc 6,34-44; Lc 9,11b-17; Jn 6,3-13), está enmarcado, claramente, dentro de las características de una comida judía. Es evidente que Jesús toma la iniciativa de convertirse en el anfitrión, no tenía obligación de hacerlo, pero más aún, siente preocupación por la atención de sus comensales y pide, en un primer momento, que se sienten, que estén cómodos, que se pongan a la mesa. Ya en la cena se dan los momentos de la bendición, la acción de gracias, el partir y distribuir el pan a todos los comensales; elementos propios de una comida familiar de esta cultura.⁶⁵

Es importante exaltar, en esta actitud de Jesús, un sentido ciertamente escatológico y mesiánico pero, al mismo tiempo, es una invitación a todos para que tengan un corazón

⁶³Ver Codina, *La Fracción del Pan*, 36.

⁶⁴Ver Cardona, *Jesús de Nazaret en el Evangelio de Lucas*, 232-238.

⁶⁵Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 39.

semejante al suyo. Jesús enseña a través de este signo que es imperativo sentir compasión por el otro, pero no refiriéndose a la exclusividad con el que pertenece al círculo familiar y cultural, sino con todos, sin importar si son judíos o no, con una evidente opción preferencial por los necesitados que tienen hambre. El Maestro se sienta a la mesa, hace de aquel lugar descubierto la casa de todos, los convierte en familia y se hace uno con ellos al compartir la cena.⁶⁶

En este pasaje se amplía la vivencia de la comensalía, no existen círculos cerrados estipulados por raza, religión o cultura; Jesús da una muestra clara y profunda de lo que será el banquete del Reino, un evento al que todos están invitados, en el que todos quedarán saciados y donde incluso sobraré alimento, no como signo de poder y derroche, sino como fruto del compartir fraterno.

1.3.4. La Última Cena

Lo que hoy se conoce como Eucaristía, halla su fuente en la llamada Última Cena, acción que a lo largo del Nuevo Testamento recibe nombres como “La Fracción del Pan” y “Cena del Señor”; teniendo presente que en ambos casos aluden al marco de una comida. Otros nombres que se pueden encontrar en los textos neotestamentarios, son los dados por Pablo: “Mesa del Señor” y “Cáliz del Señor”. Es importante decir que cuando se hace referencia a este encuentro, en diferentes textos, se presenta como una celebración comunitaria abierta y no como algo restringido a un círculo específico, social o familiar. Dicha celebración estaba íntimamente ligada a una comida y, en todos los casos, se conectaba con una celebración de la palabra. Este encuentro, a diferencia de la Pascua judía celebrada anualmente, tenía un ritmo semanal y se vivía en el día domingo, el primer día de la semana. De otra parte, esta celebración se hacía en casas particulares, en contraposición a la sinagoga o al templo y, desde muy temprano, la comunidad cristiana veía en la celebración de la fracción del pan, algo más que una comida fraternal común, se trataba de “la cena del Señor”, en la que entraban en comunión con su cuerpo y su sangre. La eucaristía siempre ha sido celebrada en el contexto de la vida eclesial, en un ambiente de sencillez de corazón, alegría y

⁶⁶ *Ibíd.*,39.

alabanza a Dios (Hch 2, 46-47) y con una dimensión escatológica a la espera de la vuelta del Señor.⁶⁷

Dentro de los cuatro textos en que aparece la Última Cena, como la comida que celebró el Señor con sus discípulos antes de vivir la pasión (Marcos 14, 12-25; Mateo 26, 17-29; Lucas 22, 8-38; 1 Cor 11,23-25), se aprecia que los relatos de los Evangelios Sinópticos están en conexión con la pascua, mientras que en Pablo se trata de una mención de la tradición de la Iglesia en cuanto a la praxis eucarística. Las narraciones no describen la cena de Jesús de manera histórica, sino con un fuerte sentido litúrgico, teológico y eclesial.⁶⁸ Del mismo modo, se puede apreciar que Juan sitúa la muerte de Jesús en la víspera de la pascua, mientras que los sinópticos el mismo día, lo que ubicaría la última cena del Señor con sus discípulos en el contexto de la cena Pascual. Sin embargo, a diferentes autores pareciera no importarles la Pascua judía en sí, ni como cumplida en la Última Cena, están mucho más interesados en el sentido profundo de la pascua de Jesús y en sus características.⁶⁹

En los Evangelios sinópticos, podría afirmarse que es una comida que adquiere toda la significación antropológica y religiosa de los banquetes del pueblo de Israel; tal como compartir la misma suerte y la vida de aquel con el que se comparte el pan, el deseo de bendición, la comunión y la acción de gracias. Este acontecimiento es parte de la temática de las cenas del Reino, de sus dimensiones de filiación y de fraternidad, al tiempo que por la cercanía de la pascua, los gestos de la fracción del pan, la repartición de la copa y la posterior muerte de Jesús, se transforma el sentido de la Pascua judía para dar paso a una nueva alianza.⁷⁰

Es una cena de despedida donde Jesús, al estilo de los patriarcas (Gn 37), deja su testamento y su bendición. Se puede concebir así, pues todo apunta a su muerte inminente y no precisamente, de una manera natural sino violenta: los sacerdotes buscan la oportunidad

⁶⁷Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 25-29.

⁶⁸Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 45-47.

⁶⁹Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 65-69.

⁷⁰Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 49-50

para eliminarlo (Cfr. Mc 14,1-2; Mt 26,1-5; Lc 22, 1-2; Jn 11,47-53) y Judas lo traiciona (Mt 26,14-16; Mc 14,10-11; Lc 22,3-6). Esa muerte es presentada en la cena como un sacrificio expiatorio; Jesús es la nueva víctima pascual y su expiración es la entrega de sí como culmen de una vida al servicio de los demás (Lc 22,27; Jn 13, 1-17). Por tanto, su muerte no se puede desligar de su intención profunda de instaurar el Reino de filiación al Padre y amor por los hermanos; concretizado en la opción por los pobres y marginados; todo aquel que celebre su memorial, renovará la acción de Dios en su pueblo, será presencia de una humanidad restaurada por la resurrección del Señor y entrará en comunión con el mismo Jesús y su proyecto del Reino.⁷¹

En esta oportunidad sentarse a la mesa tiene un trasfondo, una convicción firme: quienes se sientan a comer con el Señor, no quedarán huérfanos, no estarán solos porque en el centro de la comunidad cristiana está Cristo vivo y operante. El discípulo es invitado a comer para nutrirse de la Palabra, para introducirla en el corazón y comulgar con Él de tal manera, que se identifique plenamente con su forma de vivir. No se puede olvidar que comer en la mesa del Señor es comulgar con alguien que vivió y murió en una entrega absoluta por los demás; sentarse a comer con el Señor significa no escoger a los comensales porque es una mesa abierta a todos y el mensaje es claro: todos tienen un lugar en el corazón de Dios.⁷²

De otra parte, encontramos en los escritos paulinos, referencias sobre la práctica de la Cena del Señor en las comunidades cristianas del momento, específicamente, en las cartas dirigidas a la comunidad de Corinto; esta comunidad experimentaba una serie de situaciones a las que el autor sagrado responde mediante exhortaciones y advertencias (1Cor Cap. 10 y 11). Tenían conflictos internos, confrontaciones morales, cuestionamientos ante comportamientos idolátricos, había división en la comunidad - en ricos y pobres - y la celebración de la Cena del Señor, se desarrollaba de forma contraria al mismo querer de Cristo; razón por la que Pablo escribe la carta a esta comunidad.⁷³

La secuencia que empleaba la comunidad de Corinto, para celebrar la fracción del Pan - comida, pan y vino-, desfiguraba completamente aquella tradición que Pablo había

⁷¹ *Ibíd.*,51-56.

⁷²Ver Cardiba, *Jesús de Nazaret en el Evangelio de Lucas*, 238-344.

⁷³Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 56-57.

recibido. Los ricos llegaban primero, comían y bebían todo hasta quedar satisfechos y borrachos, mientras que los asalariados, que llegaban después, ya no encontraban nada. Pablo entonces les cuestiona, ¿la copa de bendición que bendecimos, no es la comunión con la Sangre de Cristo? Bendecir significa hacer que Dios ilumine con su rostro a todos y ver el rostro significa ser admitidos en su presencia, a lo cual Dios responde mirando con amor y estableciendo su alianza con el pueblo. Comunión significa capacidad de salir de prisa al encuentro del hermano necesitado, la comunión crea un encuentro con el otro basado en el servicio. Y la sangre, significa vida. Al decir sangre derramada se quiere expresar vida, esa que se derrama por los demás, que se entrega por el otro, así como el pan se parte y se reparte también por los demás. La vida se gasta y se entrega por el otro en el servicio. La pregunta de Pablo, básicamente, se dirige a una reflexión sobre la incoherencia entre comportarse de una manera y luego sentarse a la mesa del Señor; lo que desfigura no solo la acción eucarística, sino también el mismo rostro de Cristo para los hermanos de la comunidad.⁷⁴

La comunión no se agota en el comer y beber físico, se trata de construir comunidad, de edificarse con los demás y de convertirse en un elemento de crecimiento para el otro. Comer con el que está al lado significa vivir en solidaridad; no desde una definición académica, sino desde una concepción teológica, es decir, al asumir el pecado del otro, sus defectos y toda su condición como si fuese la propia; no como un acto heroico petulante sino porque en realidad el otro duele en el propio ser. Ahora bien, es claro que el cristiano solamente podrá comportarse de esta manera si es el mismo Dios quien lo mueve, lo crea, pues el hombre por sí mismo no es capaz de salir al encuentro servicial de los demás. Recobran entonces mucho sentido las palabras expresadas por el antiguo cardenal Joseph Ratzinger: “*Al comulgar propiamente no recibimos el Cuerpo del Señor sino más bien somos recibidos en el cuerpo del Señor, para entregarnos sin condiciones al servicio del Cuerpo del Señor*”⁷⁵.”⁷⁶

⁷⁴Ver Cardona, *Itinerario Espiritual de San Pablo*. 90-97.

⁷⁵Ver Ratzinger, La Eucaristía en: *Communio*”. Vol. 19., 506s. En: Cardona, *Itinerario Espiritual de San Pablo*, 98.

⁷⁶Ver Cardona, *Itinerario Espiritual de San Pablo*, 97-98.

La estructura en Pablo, asimismo, es distinta a la que se estaba viviendo en la comunidad de Corinto, en realidad sería: pan-cena-vino. En medio del pan y el vino acontece una cena real, en torno a la mesa en que se viven los profundos valores de la relacionalidad, no se trata del simple hecho de alimentarse; es en torno a la mesa y la comida en donde se ofrece la hospitalidad, se teje la amistad, se comparte la vida, se entrega el corazón, se experimenta la praxis verdadera de la comensalía de Dios con su pueblo y de este con Dios, la comensalía entre los miembros del mismo pueblo e incluso de estos con todos los demás sin importar distinción alguna.⁷⁷

Jesús convierte la mesa en un lugar teológico, un sitio de evangelización y esto es lo que Pablo exige a sus comunidades cuando afirma que la identidad cristiana se cristaliza en una eucaristía del compartir real, donde todos forman un solo cuerpo sin distinción alguna, al compartir la mesa y no al comer individualmente. Pablo establece una estrecha relación entre la comunión eucarística y la comunión eclesial. Sentarse a la mesa significa hacerse uno con Cristo e inevitablemente hacerse uno en y con el cuerpo eclesial, al asumir una vida en solidaridad, fraternidad, justicia y verdaderamente comprometida con el Proyecto del Reino.⁷⁸ Pablo habla de esta cena del Señor como algo que ya forma parte de la vida de la iglesia, no se trata de un invento ni de algo exclusivo de Corinto, sino que ha sido recibida de la tradición y la presenta en conexión directa con el mandato del Señor, al celebrarla como memorial suyo.⁷⁹

En los Hechos de los Apóstoles, entretanto, aparecen varios pasajes que aluden a la eucaristía y la introducen como una práctica de la Iglesia primitiva (Hch 2, 42-46; 20,7-12; 27,35). La Fracción del pan, como era llamada, se sitúa en el contexto de vida de la comunidad, unida a la experiencia de oración, fidelidad a la doctrina apostólica, la proyección misionera en la sociedad del momento y la *Koinonía*, que no se refería solo a la comunión espiritual, sino incluso a la comunión de bienes, a la vivencia de la utopía del Reino que empieza a compartir la mesa entre todos. Este compartir cristiano se ubica en

⁷⁷ Ibíd., 99-102.

⁷⁸ Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 56-63.

⁷⁹ Ver Aldazábal, *La Eucaristía*, 20

una sola reunión que une Palabra y Eucaristía, que era celebrada en un ambiente de fraternidad, solidaridad y alegría.⁸⁰

Este acercamiento a la comensalidad, que se vivenciaba en el pueblo judío, y su influencia en los primeros cristianos, nos permitirá, en el siguiente apartado, una mejor comprensión y profundización de lo que significaba para el cristianismo naciente, y específicamente para la comunidad joánica, sentarse a la mesa con el otro, compartir el pan, comer juntos; la experiencia de la comensalía cristiana.

2. UNA APROXIMACIÓN A LA CATEGORÍA COMENSALÍA EN EL EVANGELIO DE JUAN

El capítulo anterior finaliza con una descripción del significado para los judíos del sentarse a la mesa y comer juntos; incluso, extiende la mirada a aquellas cenas del judaísmo, del siglo primero, en las que participó Jesús con sus discípulos. Sin embargo, no se aborda específicamente el tema del Evangelio de Juan y/o la comunidad joánica, que es el elemento de profundización en este capítulo, donde se describirá la propuesta de vivencia de la comensalía, expresada en el contexto de la cena de Jesús con sus discípulos en este Evangelio.

Antes de comenzar con esta temática, es importante recordar que la comunidad joánica tiene una fuerte influencia judía. De hecho esto se evidencia en la forma como están

⁸⁰Ver Codina, *La Fracción Del Pan*, 70-71.

redactados sus textos; lo que nos permite una continuidad documental en la reflexión iniciada en el capítulo anterior.

De otra parte, cabe señalar que para el cristianismo católico el elemento tradicional y cultural es la cena eucarística, la cual nos permite reflexionar sobre el concepto de comensalía; es el momento culmen en el que todos los fieles, como familia de Dios, se sientan a la mesa y comen juntos. Por tal razón, la aproximación a esta categoría en el cuarto Evangelio, tendrá como eje de reflexión el contexto de la cena del Señor o cena de despedida.

Es evidente que en el Evangelio de Juan (13, 1- 17,26) no aparece el relato de la última cena con las características rituales de los sinópticos y de Pablo; tampoco se encuentran los momentos de la fracción del pan, el rito de la copa, ni las palabras de acción de gracias y de bendición; situación que se pudo dar por el hecho de tratarse de un texto tardío. Se puede suponer entonces, que la práctica eucarística ya estaba establecida en la comunidad eclesial y, por ende, no era necesario insistir en el rito. Sin embargo Juan, en el contexto de una cena y en el discurso del pan de vida, nos permite profundizar en el sentido de compartir la mesa, en lo que significa: comer juntos.

Lo anterior, nos permite una aproximación a la categoría comensalía en el Evangelio de Juan, que tendrá en cuenta el contexto general del escrito joánico, hará una lectura del relato de la cena del Señor - a partir del concepto de comensalía- y de sus implicaciones en esa comunidad cristiana y en la actual.

2.1. Contexto del Evangelio de Juan

Al acercarnos a este Evangelio, pareciese que el autor hizo una construcción teológica del evento Cristo, lejana a la realidad humana y a la comunidad propiamente dicha; pero, al analizar detenidamente, se puede apreciar que la teología joánica nace de unas experiencias comunitarias que merecen ser explicadas, conceptual y simbólicamente. Esa teología se destaca por su construcción distante de aquellos cánones de redacción históricos y por su carácter atípico; debido a su diferencia conceptual con otros escritos del Nuevo Testamento, especialmente con los evangelios sinópticos. Temáticas como el Hijo del Hombre, el Espíritu o la escatología, tienen sustanciales diferencias con los demás textos,

por ello, surge la necesidad de hacer claridad sobre los significados que adquiere dentro de la fe de su comunidad.⁸¹ No se pretende con esto, exponer toda la problemática que encierra el texto, sino abordar aquellos conceptos que aportan a la comprensión de lo que es la comensalía en este evangelio.

2.1.1. Cristología

La mayoría de estudiosos de la Biblia consideran a la cristología joánica como la más desarrollada del Nuevo Testamento, pues despliega múltiples títulos: Cordero de Dios, Mesías, Hijo de Dios y Rey de Israel, entre otros. Del mismo modo, introduce temáticas nuevas: la preexistencia de Jesús, su bajada del cielo al mundo de los hombres y la fórmula joánica del “Yo Soy”; desarrollo conceptual que no puede compararse con ningún otro texto neotestamentario.⁸²

En el evangelio de Juan se destaca la preocupación por confirmar el mesianismo de Jesús, un concepto de máxima importancia para una comunidad con tendencia judeocristiana. El texto inicia alejando al Bautista de toda interpretación mesiánica (Jn 1,19-22) y confiesa al Señor como el Mesías (Jn 1,41-45), Hijo de Dios, el Rey de Israel que había de venir (Jn 1,49; 11,27), el Mesías Salvador del mundo (Jn 4,25-28; 4,42).

A parte de reconocerle como Mesías, Juan ve en Jesús un nuevo profeta y un nuevo Moisés. Ese profetismo, no en la forma del movimiento profético del Antiguo testamento que prácticamente no existía, sino desde la esperanza nacida en el pueblo de Israel de un profeta-Mosaico (Dt 18,15-18; Mal 3,1-4; 2Re 2,1-12), que en los últimos tiempos estaría encargado de una misión escatológica “Aquel de quién Moisés escribió en la Ley” (Jn 1,45), “este es verdaderamente el profeta” (Jn 6,14:7,40⁸³). Este nuevo Moisés ya no solo revela el nombre de Dios, sino que es el que lo lleva (Jn 17,6); es el que establece la Nueva Alianza con el pueblo (Jn 1,14.16-18)⁸⁴; es el que permanece en el seno del Padre y revela sus secretos (Jn1, 17-18); es el verdadero maná, el Pan vivo bajado del cielo (Jn 6,31-58); y la plenitud del signo de la serpiente en el desierto (Jn 3,14). Está presentación de Jesús,

⁸¹Ver GARCÍA, *El Cuarto Evangelio*, 47-48.

⁸²Ibíd., 48.

⁸³En referencia a Dt 18,15-18.

⁸⁴ En referencia a Ex 33-34.

como el profeta mosaico, no pretende rechazar a Moisés, simplemente, procura presentarlo como testigo de Jesús (Jn 5,45-47).⁸⁵

El aspecto cristológico del que Juan hace más uso en su escrito, es la identificación de Jesús con el Hijo del Hombre, proclamando desde este, que el Hijo ha bajado del cielo y por eso no se debe esperar la parusía (Jn 3,13). De igual forma, este Hijo deberá ser levantado para ser glorificado (Jn 3,14; 6,62; 8,28; 12,23.31.34), regresando al seno del Padre el que fue enviado para la salvación del mundo (Jn 3,13; 6,62). Muchos autores consideran que en varios casos, el título de Hijo del hombre es intercambiable con el de Hijo (Uios), elemento central en la teología de Juan. Se considera que este Hijo fue enviado a cumplir una misión en medio de los hombres, no como una realidad ajena a los mismos, sino en una relación de amor profunda con el Padre, que se desborda y se pone al servicio de la humanidad. La cima de la construcción del tema de la filiación en el Evangelio de Juan, se da por el desarrollo de una cristología sapiencial. Aquel que estaba en el principio, la Palabra, la Sabiduría, por quien todo fue hecho y de quien viene la salvación, se encarnó y se hizo hombre.⁸⁶

El desarrollo de todos estos títulos, llevan a pensar en la divinidad de Jesús, pero Juan la hace aún más evidente con el término veterotestamentario: *Yo Soy*. El uso del nombre de Dios, dado a Moisés en el Antiguo Testamento, confirma la divinidad de Jesús y lo presenta como aquel a quien todo mundo espera y como el que sacia todo deseo. *Yo soy el pan de vida; la luz del mundo; la puerta de las ovejas; el buen pastor; la resurrección y la vida; el camino la verdad y la vida; la vid verdadera*. Él es la razón por la que no se debe tener miedo; aquel que al momento de mencionar su nombre todo retrocede y cae por tierra, pero sobre todo, el que a la manera del Antiguo Testamento, posee el nombre divino del *Yo soy* (Jn 35.41.48.51// 8,12;9,5// 10,7.9// 10,11.14// 11,25// 14,6// 15,1.5// 6,20// 18,16// 8,24.28.58;13,19).

Este Hijo es quien ha tenido la gloria desde antes de la creación (Jn 17,4ss), gloria que se revela en Él y le revela al mismo tiempo (Jn 1,14); gloria de la que es partícipe (Jn 11,4), la manifiesta por medio de sus signos (Jn 2,11; 11,4) y a la cual se dirige a través de la muerte

⁸⁵Ver García, *El Cuarto Evangelio*, 50-52.

⁸⁶Ibíd., 52-58.

en la cruz; considerada en Juan como la manifestación suprema de su gloria (Jn 3,14; 8,28; 12,32.34), el momento culmen de la revelación del amor de Dios y, por tanto, fuente de salvación para toda la humanidad.⁸⁷

Jesús es para este Evangelio también don del Espíritu, realidad a la que está íntimamente unido y por eso, lo puede entregar a sus discípulos, siendo el Espíritu la presencia personal y permanente de Jesús en el creyente cuando este se ausenta.⁸⁸

Todo este acercamiento a la cristología de Juan, permite comprender el profundo significado de la comensalía cristiana. En este desarrollo cristológico, se presenta a un Dios que se hace comensalía, no solo impartiendo su enseñanza, sino que la hace vida con su testimonio y exhorta a que sea vivida como realidad esencial de aquel que lo sigue. Él mismo, a lo largo del Evangelio es comensal y alimento, sale de sí y baja a la humanidad como el nuevo maná, como el pan que da la vida, dejando entrever que la relación entre Dios y hombre está enmarcada en la vivencia de la comensalidad y, en consecuencia, las relaciones que el mismo discípulo establece con los demás, se convierten en una experiencia de comensalía donde se sirve, se ama y se hace unidad con el otro, hasta el punto de convertirse en pan para que el otro tenga vida.

2.1.2. Salvación

Esta elaboración cristológica se presenta con un objetivo claro: la salvación de la humanidad, al conocer al único Dios verdadero y a su enviado, Jesucristo (Jn 17,3). Conocer o creer no consistirá en adherirse a formulaciones conceptuales sobre Jesús, sino en la toma de conciencia, por la fe, del don dado por Dios en su hijo. De acuerdo con ello, el hombre que acepta en su vida al Señor, no anda en tinieblas ni transita los caminos de la mentira, la esclavitud o la muerte, sino que gracias a la decisión a favor de la Palabra que se revela en Jesús, renace y asume una existencia auténtica para todo su ser.⁸⁹

Esta idea de asumir en la existencia la vida de Jesús, se evidencia en Juan con el no uso de la palabra fe y con la aparición del verbo creer aproximadamente cien veces. Este hecho se interpreta como signo del interés que tiene el autor por presentar la fe como una relación,

⁸⁷ *Ibíd.*, 58-60.

⁸⁸ *Ibíd.*, 60-65.

⁸⁹ *Ibíd.*, 65-73

que se expresa mejor con el verbo creer. Exponerlo de esta manera le permite al creyente dar testimonio (término que aparece treinta y tres veces en Juan) de Jesús a toda la gente, adquiriendo así un valor evangelizador para la comunidad joánica.⁹⁰

Dicha relación entre persona y Dios, tiene su modelo y fuente en la relación existente entre el Padre y el Hijo. Jesús no podría hacer nada separado del Padre, al igual que sus discípulos tampoco podrían hacer nada apartados de su Maestro. Entonces, permanecer será no solo una exigencia para los discípulos, será también el signo de pertenencia íntima a Cristo, que configura plenamente su existencia con el Señor y mueve a una vida acorde con esa unión; permanecer unido a Él implica, inmediatamente, dar frutos abundantes (Jn 15,3-5) y estar en coherencia con la exigencia propia de dicho acto.⁹¹

Se podría decir, entonces, que una de las exigencias que tiene un discípulo en el seguimiento de Jesús, para vivir realmente como salvado, es vivenciar la comensalía. Las relaciones de Jesús, en el texto joánico, no solo son presentadas en contextos de mesa, en el comer con otros, sino que es en este ambiente desde donde se testimonia, se enseña y se exhorta sobre la manera como el que se adhiere a Jesús, acepta en su propia vida la salvación del Señor, comiendo del pan que da vida y haciéndose alimento para los demás a través del servicio, la unidad y la vivencia del amor.

2.1.3. Jesús el pan vivo bajado del cielo

El episodio de la multiplicación de los panes, en el Evangelio de Juan (Jn 6), ocupa el centro del ministerio público de Jesús. Su narración es muy cercana a la tradición sinóptica y aunque la interpretación eucarística era ya evidente, el sentido último de este signo aparece hasta que Jesús lo explica en el discurso que hoy se conoce como el del pan de vida. Fuera de las precisiones geográficas que ofrece la narración, y al parecer con intensión teológica, se ubica el contexto de la acción y explicación de Jesús en la fiesta pascual judía (Jn 6,4). Dicha acción es una iniciativa que nace directamente de Jesús, quien al levantar la mirada y ver cómo se acerca el gentío, decide hacerse anfitrión y les da de comer (Jn 6,5-6). En los sinópticos Jesús llevaba todo un día hablándoles, podría pensarse que eso genera cierta responsabilidad por el otro; a diferencia de Juan, donde la gente

⁹⁰Ibíd., 74-85.

⁹¹ Ibíd., 85-86.

apareció de improviso, sin convocatoria alguna y, aun así, Jesús decide hacerlos sus comensales.⁹²

2.1.3.1. Contexto. El panorama no podría ser peor: un gentío que llega de improviso (Jn 6,5) y una necesidad que supera las posibilidades monetarias y de provisiones que tenían disponibles (Jn 6,7.9). Luego aparece un niño con algunos panes de cebada (pan de pobre o primerizo) (2Re 4,38.42; Lev 23,9-14), dato que acentúa aún más la difícil situación ante la escasez de los pocos recursos disponibles, junto a los discípulos como testigos principales, quienes saben de su incapacidad para atender a tantas personas, pero se convierten en los ministros que acomodan la gente y, al final, recogen las sobras de un pan que no distribuyeron (Jn 6,7-13). De otra parte, Jesús realiza gestos propios de quien preside una cena judía: toma el pan y lo bendice, lo reparte y está pendiente de que se recoja lo que sobra después de que hayan comido cuanto desearon (Jn 6,11-12).

En cuanto a los beneficiarios, su falta de entendimiento, unido a las esperanzas mesiánicas de la época, produjeron en la multitud el deseo de proclamarlo rey, situación a la que Jesús se opone dadas las razones mesiánicas que lo motivan, por tanto, deja claro que su misión no es satisfacer hombres y que el haber visto signos no significa tener fe; por eso, solo cuando no exista la posibilidad de equívocos, es cuando aceptará ser rey ante Pilato.⁹³

2.1.3.2. Un nuevo inicio. Jesús, al darse cuenta de las intenciones que tenía la multitud, se aleja para evitar su cometido; un distanciamiento que, en el desarrollo redaccional, prepara el segundo momento de este relato. Ahora aparecen los discípulos navegando sin su Maestro y la narración retoma fuerza cuando sucede el episodio teofánico donde Jesús aparece caminando sobre las aguas (Jn 6,19). La situación es semejante a la primera porque es presentada como una realidad llena de dificultades: el panorama es oscuro y un fuerte viento azota la barca. Sin embargo, Jesús nuevamente toma la iniciativa y, en el momento en que menos se le espera pero más se le necesita, se acerca a donde están sus discípulos.

En un acto similar a la mala interpretación del signo de la multiplicación de los panes, por parte de la multitud, los discípulos no identifican qué está pasando y no le reconocen

⁹²Ver Bartolomé, *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, 212-213.

⁹³Ibíd., 212-215.

llenándose también de miedo, a lo que Jesús responde, esta vez, presentándose con la fórmula de revelación: “Yo soy, no temáis” (Jn 6,20).

En ese instante la luz llega a sus ojos, le reconocen, el viento se calma y lo quieren a su lado en la barca. Su fe no es auténtica aún, pero si sienten necesidad de Él, lo acogen, y la barca llega repentinamente a la orilla. De esta manera Jesús, quien hacía pocas horas había rechazado la dignidad mesiánica que la gente le estaba otorgando, les muestra a los suyos su auténtica personalidad: la divina. Es interesante como Juan, a diferencia de los sinópticos, no centra la narración en el hecho milagroso de la teofanía, sino que pone la centralidad en la persona de Jesús y en la palabra que revela su auténtica personalidad.⁹⁴

2.1.3.3. Jesús es el verdadero pan bajado del cielo. Después de la teofanía vivida por los discípulos, el texto da apertura al relato del pan de vida (Jn 6,22-59). Este discurso se desarrolla al margen de dos milagros anteriores, se localiza en Cafarnaún, al siguiente día en la fiesta de pascua aún más cercana, y con una actitud diferente hacia Jesús por parte de la multitud, quienes ahora le llaman *Rabí*; título que no corresponde con la dignidad de profeta que le atribuían el día anterior.

En un primer momento, Jesús se dirige a quienes presenciaron el signo de la multiplicación y les hace reflexionar sobre su búsqueda, no por el alimento que perece, sino por aquel que da la vida eterna. Jesús se identifica con este pan y, por ende, genera controversia con el pensamiento judío en donde se concebía que aquello que daba vida era la Ley. De esta manera, reafirma que la fe no consiste en tratar de hacer cosas (Jn 6,28) sino en aceptar a una persona como enviado del Padre (Jn 6,29); se identifica, entonces, la obra de Dios con creer en Jesús.⁹⁵

2.1.3.4. Respuestas a las inconformidades. Las palabras y enseñanzas del Maestro movieron de diferentes maneras los corazones de los oyentes, por ello, la multitud, los judíos y hasta sus propios discípulos, piden que sea legitimizada la autoridad de Jesús; tal como Moisés lo hizo en el desierto. Ante esa actitud, el Señor responde categóricamente, que el pan dado en el desierto a Israel, no solo no satisfizo el hambre de quienes lo

⁹⁴ *Ibíd.*, 215-216.

⁹⁵ *Ibíd.*, 217-219.

recibieron sino que tampoco nutría el espíritu de las personas, convirtiéndose así, en un alimento que perecía con el paso del tiempo.

Jesús deja claro que el pan vivo, bajado del cielo, no solamente es dado por el Padre, sino que concede la vida eterna a quienes deciden recibirlo. Este pan en el evangelio, se identifica con la persona de Jesús, quien ha sido enviado por el Padre para darse a los demás, ya no solo al pueblo de Israel, sino a toda la humanidad: *Yo soy el pan de la vida, el que venga a mí, no tendrá hambre* (Jn 6,34-40), y *el que crea en mí, no tendrá nunca sed*.⁹⁶

Sin lugar a dudas, ser partícipes de la obra de Dios significa aceptar a Jesús y esa acogida implica encaminar la existencia únicamente hacia Él. Este punto se podrá comprender mejor más adelante, cuando “aparentemente” se complica el discurso del Maestro, pero si se mira con detenimiento, se percibe que es la entrega de la bitácora que han de seguir aquellos que han recibido el don de la fe en Cristo para toda su vida. Las palabras de Jesús afirman, en un comienzo, que Él es el pan vivo bajado del cielo y a medida que se desarrolla el diálogo con sus interlocutores, emergen afirmaciones como: *comer su carne y beber su sangre*, palabras que manifiestan el tipo de relación que tiene el creyente con su Maestro.

2.1.3.5. Una relación a imagen de la del Padre con Jesús. La relación que establece la persona que recibe a Jesús, como verdadera comida y verdadera bebida, está pensada de manera semejante con la relación que existe entre el Padre y su enviado (Jn 6,55-57), la cual se fundamenta en el permanecer en una comunión de vida. Dios no exige simplemente una adhesión espiritual, asentimiento intelectual o inclinación sentimental; se trata de una unión íntima, asunción corporal, adhesión total y permanente. Quien recibe a Jesús y en Él se abandona, ya no será un simple creyente, sino que se convertirá en un comensal de Cristo, es decir, que al mirar la historia de Israel, de aquel pueblo que alimentado por el maná en el desierto murió, se percibe que no es la comunidad de comensales de Jesús.⁹⁷

Esto es difícil de comprender para quienes le escuchan, inclusive para sus discípulos. La fe que nació en un banquete nupcial (Jn 2,11), encontró una prueba determinante en la palabra

⁹⁶ *Ibíd.*, 220-223.

⁹⁷ *Ibíd.*, 223-224.

de Jesús y en torno a una mesa, en la que el Maestro no es ni compañero ni comensal, sino comida y bebida (Jn 6,55). No es suficiente el seguimiento, el discípulo deberá alimentarse no solo con su Palabra sino también con su cuerpo y su sangre, es decir, con la vida del Hijo que ha sido enviado por el Padre. Ahora bien, a pesar de los signos y la explicación de Jesús, algunos de sus seguidores deciden irse, a consecuencia de la dureza de sus palabras y lo radical de su petición que les impide continuar a su lado; contrario a la actitud de los doce, quienes reconocen que solo Él tiene palabras de vida eterna.⁹⁸

2.1.3.6. Entrega a la manera de Cristo. La actitud de quienes se fueron y de quienes se quedaron, permite entrever que creer, permanecer y hacerse uno con Cristo, significa asumir en carne propia una entrega que llega incluso hasta dar la propia vida. Esa exigencia deja al descubierto que hasta que se supera el escándalo de la cruz, aparecen los verdaderos creyentes; la cruz es la que disipa las tinieblas de la noche presentes aun en el corazón de algunos de sus discípulos. De acuerdo con esto, el sentido glorioso de la cruz únicamente puede ser captado por quien se siente comprendido y amado por Él, ya que esta es la forma en que se relaciona con su Maestro, es quien realmente se entrega, no lo traiciona, es fiel y comprende de manera sencilla la grandeza de sus palabras y de sus actos. El que ama es capaz de ver la realidad en donde los demás ven solamente signos.⁹⁹

2.1.3.7. Discurso del Pan de Vida y comensalía. El recorrido hecho por el capítulo seis del Evangelio de Juan permite reconocer en los gestos de Jesús, rasgos característicos de la vivencia de la comensalía en los que se hará énfasis a continuación, para aclarar y fundamentar la interpretación de la lectura del texto de la Cena del Señor en este mismo Evangelio.

Cabe señalar cuatro rasgos importantes que se distinguen en el texto: el primero, a lo largo de la perícopa, se refiere a la presentación de Jesús como anfitrión, comensal y alimento. El segundo, alude a la comprensión general del texto, donde se evidencia que todos pueden llegar a sentarse a comer con el Señor, pero solo aquellos que lo acepten en su corazón y lo hagan vida, serán verdaderamente comensales en su mesa (Jn 6,10: 5000 hombres. Jn 6,67: los doce). El tercero; dada la proximidad de la pascua y el paralelismo con lo vivido por el

⁹⁸ *Ibíd.*, 223-224.

⁹⁹ *Ibíd.*, 225-227.

pueblo de Israel en el desierto, se puede comprender el sentarse a comer con Jesús como un acto de liberación definitiva.¹⁰⁰ Y finalmente, el cuarto, evidencia la comprensión de que todo comienza en Jesús (preocupación por las personas que tienen hambre), todo proviene de Él (alimento dado a las personas) y todo tiende hacia Él (aceptarlo significa caminar en Él, existir en Él y vivir en coherencia con lo que significa ser su discípulo).

Al tomar como punto de partida estas características, extraídas del capítulo seis, se pueden resaltar diferentes actitudes del Señor, de los discípulos y de las personas con quien interactúa al momento de sentarse a la mesa y compartir la comida. En primera instancia, el Evangelio de Juan presenta a Jesús como el primero en preocuparse por alimentar a aquella multitud de personas que se hace presente ante Él; acto que no es ajeno a su personalidad, ya que permanecía todo el tiempo pensando en las necesidades básicas del ser humano. Felipe, le hace caer en cuenta que su dinero no alcanza para atender tanta gente; esto se puede leer como signo de que el mundo necesita más que dinero para saciar el hambre de la humanidad. Se requiere entonces, poner lo poco que cada uno tiene al servicio de los demás, liberarse del solo saber comprar para renacer a la conciencia de lo importante, del compartir y de la donación de sí.¹⁰¹

Dicha actitud de servicio y compartir, permanece en la persona de Jesús cuando manifiesta su preocupación por que la comunidad se organice, en su oración al Padre y en la repartición de los alimentos, es decir, en su servir a la mesa.¹⁰² Jesús enseña que las actitudes que buscan acaparar todos los bienes, dañan al ser humano y a la comunidad en general. Esta actitud es, a su vez, un acto incoherente pues es imposible creer en Dios como Padre y permitir que sus hijos, los hermanos, mueran de hambre, frío o cualquier necesidad.

Para el cristiano, el compartir el pan será un modo de vivir de manera anticipada la fraternidad del reino. De acuerdo con esto, si se observa al cristianismo actual y su vivencia eucarística, se podría afirmar que: si los comensales no se comprometen verdaderamente en la lucha por un mundo más justo y solidario, entonces, la eucaristía pierde sentido y no se podría incluso celebrar. No se está afirmando tampoco que la eucaristía solo se podrá

¹⁰⁰Cardona, *Jesús de Nazaret en el Evangelio de Juan*, 103.

¹⁰¹ Pagola, *El Camino Abierto por Jesús, Vol. 4 Juan*, 81.

¹⁰² Cardona, *Jesús de Nazaret en el Evangelio de Juan*, 104.

celebrar hasta que se acabe con la injusticia, sino el deber de tener una actitud real de compromiso con el que más lo necesita.¹⁰³

En segunda instancia, Juan presenta a Jesús como aquel que acoge a todos sin distinción alguna. Esta actitud es clara en el momento en que se acerca el gentío, Jesús no mira de qué lugar proviene su credo religioso o su postura política, simplemente se preocupa por cada uno; hay pan para los presentes y para los ausentes, sin exclusión, marginación ni desperdicio de alimento.¹⁰⁴ No se podría, por tanto, convertir la Cena del Señor en un acto privado en donde se pide el pan de cada día pero se le niega quienes tienen dificultad para obtenerlo; en donde se comulga con Jesús pero se está en discordia y división con el otro; en donde se dan la paz los unos a los otros, pero se niega la mano al que está solo, al indefenso y al que tropezando cae en el recorrido humano de la vida.¹⁰⁵

Otro aspecto importante en este escrito, es que con sus actitudes Jesús enseña e impulsa la práctica de la comensalidad. No se preocupa únicamente por las personas con las que comparte la mesa al brindarles pan material, sino que además se inquieta por aspectos íntimos e importantes: dar alimento espiritual, ilustrar a todos sobre las exigencias y beneficios de ser familia de Dios, estar presente cuando todo es oscuro e inclusive cuando aparece el miedo en medio de la tormenta.

Esa iniciativa se refleja también cuando Jesús busca que las personas hagan un alto y piensen como están viviendo su existencia. Para ello, el Maestro parte de la pregunta - *¿por qué lo buscan?*-, a partir allí los invita a reflexionar y a preocuparse por lo realmente importante. El verdadero comensal debe, entonces, abandonar el facilismo de obtener comida sin esfuerzo e inquietarse por recorrer el camino que su maestro le indica: ir a través de Jesús, desde el corazón del hombre hacia el de Dios. Un cristiano debe ocuparse, no por sobrevivir sino por vivir a plenitud, objetivo posible a través de la unión íntima con Cristo, que se da gracias a la aceptación del Pan vivo bajado del cielo que concede la vida eterna.¹⁰⁶

¹⁰³ Pagola, *El Camino Abierto por Jesús, Vol. 4 Juan*, 83.

¹⁰⁴ Cardona, *Jesús de Nazaret en el Evangelio de Juan*, 105.

¹⁰⁵ Pagola, *El Camino Abierto por Jesús, Vol. 4 Juan*, 87.

¹⁰⁶ Cardona, *Jesús de Nazareth en el Evangelio de Juan*, 108.

Aceptar este Pan o estar unido íntimamente a Cristo, no se logra a través del cumplimiento de normas y requerimientos establecidos, se trata de creer en el enviado de Dios. En la cotidianidad, muchos realizan buenas obras ya sea por un sentido profundamente humanitario, por cumplir como hacen algunos malos funcionarios, por buscar beneficios personales o por miedo a un futuro desafortunado, entre otros. El cristiano se diferencia porque su comportamiento nace de la revelación viva y confiada en Jesús. La persona se va haciendo cristiana en la medida que aprende a pensar, sentir, amar, trabajar, sufrir y vivir a la manera en que Jesús lo hizo.¹⁰⁷

Al finalizar el relato, se encuentran otros dos elementos importantes en la reflexión de este documento. El primero, comprender que comer del pan dado por Dios significa comulgar con la carne y la sangre de Cristo, es decir, con esa vida enviada por el Padre para la salvación de la humanidad. Además, de comulgar con su muerte como testimonio máximo de su oblación por los demás y con su resurrección, que es signo de su divinidad y, sobre todo, una muestra fehaciente de que ni la propia muerte puede acabar con la relación íntima que tiene el creyente con Jesús. El segundo, invita a contemplar a Jesús como el pan de vida eterna y a los discípulos que decidieron quedarse con Él, el valor de permanecer firmes y fieles en el seguimiento y la unión íntima con Jesús que es anfitrión, comensal y alimento de la vida cristiana.

2.2. El relato de la cena

Luego de la lectura atenta de los capítulos del Evangelio de Juan 13 al 17, y de traer a colación diferentes autores que reflexionan entorno a los elementos presentes en estos apartados, es necesario aclarar algunos elementos que adquieren importancia al momento de aproximarnos al texto.

Como primer elemento, cabe señalar, que en el relato del capítulo seis y en el de la cena que el Señor tiene con sus discípulos (Jn 13, 17ss), el autor presenta a un Jesús que comparte la mesa, come con otros, a un Jesús que con sus conversaciones y gestos, extiende ese momento de comensalidad en la vida comunitaria cotidiana. Por ello, este acercamiento se tomará a partir del capítulo 13 que inicia en el contexto de la cena, y hasta el capítulo 17

¹⁰⁷ Pagola, *El Camino Abierto por Jesús, Vol. 4 Juan*, 88-90.

que, a pesar de no estar en torno a una mesa, sin duda alguna, desarrolla y complementa las temáticas tratadas con respecto a la comida de despedida.

El segundo elemento, tiene que ver con la presentación de la estructura temática en que se realiza el acercamiento a estos capítulos: la reflexión se centra sobre los componentes propios de la comensalía joánica. Las temáticas son: *el lavatorio de los pies*; testimonio de servicio. *La invitación al amor. Don, dar y darse. La invitación a permanecer y la invitación a la unidad.*

Al empezar a aproximarnos al texto de Juan, cabe señalar la importancia que tiene el hecho de que el capítulo 13 comience así: “sabiendo Jesús que había llegado su hora... los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Esta afirmación puede entenderse de forma temporal, es decir, los amó hasta el último momento, o de manera cualitativa, queriendo expresar que lo hizo de manera perfecta. En ambos casos, lo cierto es que los amó desde el comienzo y por siempre, realidad que resalta no solo la misión histórica de Jesús en medio de la humanidad,¹⁰⁸ sino también cada uno de los gestos, enseñanzas y acciones, que el Señor realiza como anfitrión y comensal, en el marco de la cena.

2.2.1. El lavatorio de los pies, testimonio de servicio

El lavatorio de los pies se desarrolla en el contexto de una comida en la que se carece de un adjetivo, lo cual deja entrever que no se trata de una cena pascual. Por esa razón, es todavía más extraño este gesto de Jesús, ya que era inusual realizar el lavatorio de los pies en medio de la cena y en caso de hacerse, tendría lugar al principio de la misma. Tal vez, el autor sagrado buscaba exaltar aún más la entrega de Cristo, quien no dudaba en interrumpir la comida para testimoniar su actitud de siervo; elemento que se convertiría en realidad constitutiva de la comunidad joánica.¹⁰⁹

Es muy interesante exaltar que Juan presenta a Jesús adoptando su actitud de siervo, justo en el momento en que está llegando a la plena expansión de su grandeza, al momento culmen de su glorificación. Asimismo, es importante mencionar los gestos que acompañan esta acción, lo cual permitirá comprender con mayor claridad la profundidad de este acto.

¹⁰⁸ Bartolomé, *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, 285.

¹⁰⁹Ver Castro, *Evangelio de Juan*, 298-299.

El primer gesto que realiza Jesús es el de quitarse el manto, prenda que significa el poder. Por tanto, Jesús se quita la prenda que denota su señorío y se ciñe con un lienzo. Este segundo gesto indica su servicio, y este de manera permanente, puesto que después de terminar el lavatorio, el autor no habla de prescindir de esta prenda, como tampoco lo específica a lo largo de la narración de la pasión, en donde Jesús no es despojado de sus vestiduras, incluso en la muerte; lo que permite inferir que Jesús, luego de ceñirse para lavar los pies, jamás llega a perder su condición de siervo.¹¹⁰

Luego de quitarse el manto y ceñirse, Jesús lava los pies a sus discípulos y encuentra resistencia en Pedro, quien tal vez no entiende por qué el Señor, como él lo llama, está realizando un acto propio de los esclavos de la época, tan despreciable,¹¹¹ que no podría ni exigírsele a un esclavo hebreo (Lv 25,39). El Maestro responde a su actitud diciéndole que, si no lo hace, no tendrá parte con Él. Esta frase significa en el mundo semítico la ruptura de relaciones y, si se considera el fuerte paralelismo que existe entre este pasaje y el capítulo seis, significará entonces perder la herencia de Dios que ha sido depositada en Cristo. Todos los discípulos han sido lavados por la palabra regeneradora de Jesús, pero para quedar limpios, totalmente, deberán crecer día a día en la entrega a Jesús.¹¹²

Al terminar de lavar los pies, como ya se había mencionado, el autor que había hecho tanto énfasis en que Jesús se ciñó con un lienzo, ahora olvida esta prenda, dejando entrever que el servicio es un rasgo constitutivo de Jesús y por ende, de sus discípulos. Esta interpretación se hace tanto por la invitación que Él mismo les hace (para que lo hagan los unos con los otros) como por el cumplimiento de aquellas palabras en donde se afirma que creer en Jesús, significará comulgar plenamente con su vida.¹¹³ De acuerdo con esto, el gesto realizado por Jesús, no debe quedar como un lindo recuerdo, sino que debe convertirse en algo propio de la existencia cristiana.¹¹⁴

Esta primera parte finaliza al dar apertura a una temática que ya se había introducido al comienzo, la traición de Judas. La actitud de este discípulo es una muestra fehaciente de la

¹¹⁰ Ibid., 299-300.

¹¹¹ Ver Bartolomé, *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, 286.

¹¹² Ver Castro, *Evangelio de Juan*, 300-303.

¹¹³ Ibid., 304-305.

¹¹⁴ Ver Bartolomé, *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, 287.

no aceptación de Jesús en la existencia, del no comulgar con su vida, del no hacerse uno en la comensalidad de la cena. Un primer gesto que se quiere resaltar de este momento es el de Jesús, que sabiendo quien lo iba a traicionar, ejerce su ser de anfitrión y comensal, en un acto claro de amar sin ser amado. De otra parte, Judas sintiéndose al descubierto y todavía apreciado por medio del bocado que el Señor le entrega, se excluye de la comunión con Él y se levanta de la mesa.¹¹⁵

El segundo gesto que se quiere destacar, es el rompimiento definitivo de la relación comensal por parte de Judas con Jesús y sus demás compañeros, al encaminarse a poner fin a la actividad iluminadora del Señor; acto que lo conduce a las tinieblas de la noche y, al mismo tiempo, hace que la luz en el mundo se reduzca al lugar en donde esta Jesús con los suyos.¹¹⁶

Todas y cada una de las actitudes que el Señor tiene al inicio del capítulo 13, permiten contemplar a un Jesús que funda comunidad y lo hace en torno a la mesa en donde todos practican la comensalidad y permiten que el otro la ejerza. Ese ejercicio de la comensalidad tiene un fuerte fundamento en el amor que el Señor siente por los suyos, al generar vínculos fuertes entre ellos.

En cuanto a las acciones de Jesús a lo largo del lavatorio, se aprecia a un anfitrión que sirve con el corazón a todos sus comensales, sin importar que no entiendan lo que significa sentarse a la mesa con Él, que lo traicionen o que lleguen a negarlo como sucederá versículos más adelante con Pedro. Se identifica a un anfitrión que se hace comensal y un Señor que se hace esclavo, un testimonio claro de lo que significa comer con el Maestro, de lo que implica aceptar a Jesús en la vida.

Se puede inferir, por tanto, que un elemento esencial y constitutivo de la vida de la comunidad cristiana y de cada uno de los que la conforman, se enraíza en el hecho de ejercer la comensalidad a través del servicio a quienes lo necesitan.

¹¹⁵ *Ibíd.*, 290.

¹¹⁶ *Ibíd.*, 291.

2.2.2. La invitación al amor

Jesús, al testimoniar un acto de servicio por los demás, invita a todos sus comensales para que se amen los unos con los otros. El mensaje es claro: ámense. Por tal motivo, el seguidor de Cristo se caracterizará por su capacidad de amar a los otros y no de cualquier manera, sino de la misma forma como Jesús ama (Jn 13,34ss). Dicho amor que tiene como fuente a Dios mismo, deberá asumirse de tal modo en la vida de la comunidad cristiana, que debe convertirse en un signo de reconocimiento del discípulo por parte del mundo.

Es interesante ver como Jesús promulga su mandamiento nuevo justo en medio de la salida de Judas y la predicción de las negaciones de Pedro. Esto denota claramente que la comunidad que está naciendo de las manos del Señor, es absolutamente humana, que se equivoca, que traiciona a las personas con las que camina y niega al que ama, pero en medio de todo, se esfuerza por vivir las exigencias que implica el ser cristiano, el ser comensal de la mesa de Jesús.

Esta comunidad naciente irá madurando y además, será identificada por el mundo en la medida en que vivan el mandamiento nuevo del Maestro, el cual se convierte en su estatuto central. Se le llama nuevo porque, a diferencia de la Ley antigua (Lev 19,18), procede del amor de Jesús y porque para Juan, Jesús, de quien procede toda posibilidad de amar, es la novedad más radical. Él es signo vivo de la nueva creación y de un nuevo éxodo. Por ello, la expresión “como yo”, no debe entenderse en un plano comparativo, sino como una realidad originante: “ámense los unos a los otros igual que yo... porque yo los he amado”.¹¹⁷

Ser esa fuente primera de amor no es cuestión de un momento crucial de la vida de Jesús, se expresa a lo largo de toda su historia y de una manera desbordante en lo que respecta al ser humano. El Padre envía su hijo al mundo y este corresponde al amar hasta el extremo, un signo claro de que un amor profundo genera respuestas de amor al Padre. Sin embargo, aunque el término “como yo”, no define la forma cuantitativa en que se debe amar, sino la fuente de donde proviene dicho amor, el discípulo no tendrá otra medida para saber la

¹¹⁷ Castro, *Evangelio de Juan*, 310-311.

manera de vivir ese amor, más que experimentar en su vida en aquel que es el amor mismo (1Jn 4,8).

Ahora bien, se debe tener cuidado con aquellas posturas que pretenden reducir la vivencia del amor únicamente a los miembros de la comunidad cristiana. Si es cierto que Jesús se dirige solamente a los discípulos, pero también es verdad que lo hace en medio de un acto donde da luz a una nueva comunidad; por tanto, es comprensible que este mandamiento sea expresado en un ambiente en donde solo se encuentran sus discípulos, acto que no excluye la posibilidad de que su deseo se extienda a toda la humanidad. De otra parte, no se puede olvidar que se debe leer el texto joánico como un todo y no de manera segmentada, detalle que permite percatarse de que en el evangelio se habla del amor que Dios tiene por el hombre (Jn 3,18), entendido como el deseo de reunir a todos sus hijos dispersos por el mundo. De igual modo, a lo largo del escrito joánico, es notable que el llamamiento de Jesús está dirigido a todos los hombres sin importar si es samaritano, judío como Nicodemo o romano como en el caso del funcionario real.¹¹⁸

El mandamiento del amor, ciertamente, es exclusivo de la comunidad cristiana en el sentido de que a ella se le ha confiado y, por ende, supone el amor recíproco entre todos y no de manera individual. Pero, antes que ser una propiedad privada de quienes la conforman, es una responsabilidad que Jesús ha confiado, ya que su proyecto consiste en hacer de esta comunidad una de tipo universal. Visto de otra manera, el precepto de amor, el ágape, es imposible de vivir con los demás, si no se vive plenamente al interior de la comunidad. Solo viviendo profundamente ese ágape en el seno de la comunidad cristiana, se podrá ofrecer a los demás, ya sea como testimonio característico de quienes caminan con Jesús o como signo de reconocimiento de que todos son hijos de Dios así no crean en Él.¹¹⁹

Es interesante, retomando lo anterior, observar el paralelo que se puede establecer entre las características de Jesús en el ejercicio de la comensalidad y sus características en el ejercicio del amor. No se pretende separar una de la otra, pues el simple hecho de haberse dado este mandamiento en el contexto de una cena tan importante para la comunidad cristiana, se hacen prácticamente inseparables la una de la otra. Sin embargo, sí se puede

¹¹⁸ *Ibíd.*, 311-312.

¹¹⁹ *Ibíd.*, 312.

presentar de esta forma para comprender mejor su riqueza y hallar un mayor sentido de unidad entre la experiencia de los discípulos y la vivencia de la comensalía cristiana.

Dicho paralelo debe comprenderse a partir de la línea de lectura del Evangelio de Juan, que inicia con el creer en Jesús y comulgar con su existencia que da la vida eterna. En el ejercicio de la comensalía vimos a un Jesús que es anfitrión, comensal y alimento, características que, de una u otra manera, se dan también en el ejercicio del amor en donde es fuente, testimonio y sustento del mismo. Por tanto, si el discípulo al comulgar con la vida de Jesús, asume de inmediato los elementos que caracterizan dicha unidad íntima con Cristo, entonces, este mismo transformará su vida entera al ser anfitrión, comensal y alimento para los demás, en la vivencia del amor. Se convertirá en fuente (desde la fuente), testimonio (del que es el amor mismo) y sustento (para el que carece) del amor.

Todo esto repercutirá, inmediatamente, en una comunidad que se preocupa profundamente por vivir en su interior el amor entregado por Jesús, el cual no señala, rechaza o condena; tampoco excluye, tiene preferencias o busca su propio interés, es un amor que no tiene jerarquías, posiciones privilegiadas o se considera como exclusivo de unos pocos. Es un amor que mira a todos por igual, que se pone al servicio de todos sin importar más que el saber, que ese otro también es hijo de Dios. Un amor que se da, se comparte y nutre la propia vida, la de los demás y la de esa comunidad tan próxima como la de los hijos de Dios dispersos por el mundo.

2.2.3. Don, dar y darse

Todas las características del Hijo de Dios, al igual que el ser un Don para la humanidad, dar y darse continuamente a todas las personas, es una propiedad que se evidencia a lo largo de toda su existencia. La lectura total del Evangelio de Juan es un fiel testimonio de ello. Dios se da a la humanidad a través de su Hijo, en un hecho que no denota un sentido obligado de cumplimiento, por parte de Jesús, sino que Él mismo, abandonado en el Padre, se siente enviado a los hombres y, por tanto, se entrega como el máximo testimonio del amor de Dios (Jn 1,1ss).

Dicha entrega se hace efectiva a toda la humanidad. Garantiza la permanencia de lo que significa recibir este don al elegir, formar y conformar la comunidad de sus discípulos que

serán al mismo tiempo, signo de aquella comunidad cristiana que crecerá por todo el mundo y para las nuevas generaciones.

Esta comunidad, unida a todos aquellos con los que Jesús interactúa en los diferentes lugares donde le ubica el autor sagrado, serán testigos y destinatarios de ese Hijo como don, como el que da y se entrega. Algunos ejemplos que ilustran esta realidad, se encuentran en el diálogo con Nicodemo, en su encuentro con los samaritanos, en la curación del hijo del funcionario real, en el enfermo de la piscina de Betsaida, cuando cura al ciego de nacimiento y en la resurrección de Lázaro (Jn 3; 4, 1-26; 46-54; 5,1-18; 9,1-41; 11,1-43). Asimismo, en la multiplicación de los panes, el discurso del pan de vida, frente a la mujer adúltera y al revelarse como Luz del mundo y como buen pastor (Jn 8,1-11.12; 10,1-21).

Cabe señalar que en el escrito joánico también existe una temática transversal que no es ajena a la comprensión del concepto comensalía: la llegada de la hora en la que Jesús se entregará por completo. La hora de la muerte en Juan no es entendida como una derrota o un momento de crisis en la vida de Jesús; se presenta como un momento en que será glorificado, cuando toda una vida de entrega continua por los demás llega a su máxima expresión al morir por amor en la cruz.

La cruz no es el gesto, su vida entera es el gesto y la cruz es la cumbre de la entrega que testimonia el tiempo que estuvo en medio de la humanidad. La historia de Jesús, narrada en el evangelio de Juan, se puede dividir en dos momentos: la venida al mundo y su regreso al Padre. Desde este punto de vista, la muerte en la cruz será entonces, signo no solo de una vida entregada por los demás, sino también la entrega de la heredad eterna para aquellos que le conocieron, para aquellos que creyendo aceptaron el sentido de su vida comiendo de su cuerpo y bebiendo de su sangre (Jn 14,1ss).

El sentimiento, por parte de los discípulos, si puede ser de desconcierto y de temor, pero Jesús calma sus corazones al dejar las enseñanzas que fortalecerán la vida comunitaria para acompañarse mutuamente en el caminar histórico: el servicio, el amor, el permanecer y la unidad. Todo esto unido a la promesa que garantiza su presencia fiel y permanente con la comunidad, en la que asegura que no estarán solos, pues mediante la entrega de su Espíritu,

su presencia no solo acompañará y dará fuerza a sus miembros, sino que además guiará y será fuente de vida para quienes acepten vivir a la manera de Cristo (Jn 14,26).

Ahora bien, de la misma forma en que se ha reflexionado en los dos puntos anteriores, esta acción de Jesús tiene también repercusiones en la vida de quienes comparten la mesa en ese instante con Él. El ser don, el dar y el darse, no pueden restringirse a ser meramente contempladas en la persona de Jesús. Esta será una característica de todos aquellos que se sienten a la mesa del Señor y comulguen con su vida. El servicio, el amor, el permanecer y la unidad, no serán simples actos de cumplimiento o de vanagloria, deberán caracterizarse por que son una consecuencia del deseo profundo que tiene el comensal de compartir, realmente, el mismo destino que su anfitrión.

Ser comensal del Señor es hacerse comensal de los demás entregando toda la existencia en la búsqueda de justicia, equidad y respeto; en el trabajo cotidiano por presentar al mundo la paz que el mismo Jesús entrega para que sea vivida en todos los rincones del planeta (Jn 14,27). Es sentarse a la mesa con el otro, en el totalmente Otro y compartir las alegrías, las tristezas, dar desde la pobreza, escuchar, acompañar, brindar un buen consejo y apoyarse mutuamente.

Ser partícipe de la cena del Señor significa hacerse pan para el otro, desgastarse al buscar el bienestar de quien se tiene al lado; no solo con aquellos a quienes se ama por ser familia, amigos o conocidos, sino también con aquellos que son merecedores del amor porque son hermanos e hijos del mismo Padre. Ahora bien, ese ser don, dar y darse, no puede reducirse a eventualidades asistencialistas en donde lo único que se hace es aliviar el corazón ante el saber consciente de que no se actúa como Jesús quiere. Debe ser, en cambio, un movimiento que nace del corazón para implementar verdaderos procesos en donde se puede, además de dar bienes materiales necesarios para la existencia básica de todo ser humano, dar bienes que dignifiquen a la persona, la construyan y la encaminen hacia Dios.

No se entenderá a una comunidad parroquial encerrada en un culto o en un momento de oración intimista que no mueva a la persona hacia el otro. No podrán existir pastores que se queden atrapados en las paredes del templo, esperando a que las personas lleguen ante su presencia como si ellos fuesen la fuente de todo bien. No se concebirá que existan

cristianos acomodados, en sus espacios de espiritualidad, dando la espalda a la realidad que clama por testigos del amor de Dios.

En esa misma línea reflexiva, urge que en las familias se enseñe la importancia de salir de sí para entregarse en el amor de Cristo al prójimo, como núcleo importante de la sociedad y testimonio de la presencia de Jesús en medio de la humanidad, por ser Iglesia doméstica y comunidad primera de toda persona que llega a la vida. Toda familia que se sienta a la mesa del Señor, debe extender este rasgo de la entrega, propio de la comensalía cristiana, al interior de su vida familiar y debe dar testimonio a los demás, al hacer del mundo una mesa común en medio de la diversidad, para compartir el alimento del amor de Dios.

2.2.4. La invitación a permanecer

Todas las características de la comensalía cristiana, no alcanzarían el objetivo deseado, si ante la dificultad, el temor u otro que se le parezca, se decae y abandona. Deberán estar fuertemente sostenidas en el permanecer. No es preciso saber si al afirmar lo siguiente se vaya en contra del pensamiento joánico, pero es interesante advertir que cuando el escrito pareciese llegar al final del contexto en donde se ejerce la comensalía, el autor pone en labios de Jesús el tema del permanecer (Jn 15,1-17). Podría tal vez interpretarse que la vivencia de la comensalía desborda el momento en que se está en torno a la mesa o compartiendo los alimentos y se hace vida cotidiana, nutriendo la existencia de todo aquel con el que el cristiano se relaciona.

En esta ocasión Jesús se vale de la imagen de la vid, usada en el Antiguo Testamento, como elemento de comparación con el pueblo de Israel (Is 5,1-7; Ez 17,5-10; Jer 2,21; Sal 80,9-17), pero ahora identificándose Él mismo con la vid mediante la fórmula reveladora del *Yo Soy*. No se trata entonces de que la comunidad cristiana, como nuevo pueblo de Dios, asuma el lugar del pueblo del AT, sino que es Jesús mismo como Hijo revelador el que ocupa el lugar de Israel, el centro de la nueva comunidad salvífica.¹²⁰

Jesús por ser el único que no defraudó al Padre se convierte en la vid verdadera y, por tanto, todo aquel que viva en Él y de Él, cumplirá verdaderamente las expectativas de Dios para el hombre. Dios Padre como viñador la cuida, la cultiva y la poda para favorecer la fertilidad

¹²⁰Ver García, *El Cuarto Evangelio*, 186-187.

de quienes están insertos en Cristo. Por su parte Jesús será quien da la vida a los sarmientos, pues aquel que no esté adherido a Él, morirá irremediabilmente.¹²¹

El interés primordial del viñador será que la vid dé frutos de manera abundante, es decir, manifestar con su vida las actitudes y el mismo ser de Jesús. Para esto el sarmiento tendrá que pasar por el proceso de purificación, debe ser podado y de este modo, cada vez poder dar más fruto, lo cual es sinónimo de ser.¹²² No basta entonces estar con Él, limpios por haber recibido la palabra, sino que será necesario permanecer para poder dar frutos.¹²³

Permanecer en Jesús equivaldrá a una cierta inhabitación en Él y de Él en los creyentes, en un entrecruce vital que se verá reflejado en la cantidad y calidad de frutos que se den. De esta manera, los frutos no son lo que establece la relación, son una derivación o consecuencia de lo que se puede entender desde un plano místico como vinculación substancial.¹²⁴

En cuanto a los sarmientos, que son cortados por infructuosos y después son arrojados al fuego, es difícil hacer una interpretación como si se tratase de la condenación a la gehena, ya que en Juan no existe esta forma de considerar el final infortunado del hombre que no acepta a Cristo. Se podría interpretar tal vez, que la existencia del hombre carece de sentido al margen de la relación con Jesús. La manera de permanecer adherido a la vid, será algo más que cumplir simplemente su palabra, significará entonces acogerla de tal manera que encuentre su morada en el discípulo.¹²⁵

A partir del v9, el texto amplía la comparación de permanecer unidos a la vid, por el permanecer en el amor. Este amor tiene su fuente en el Padre y tendrá continuidad por medio de Jesús en sus discípulos, quienes contemplarán como testimonio máximo de expresión de ese amor, la muerte de Jesús en la Cruz.¹²⁶ Esta referencia al amor, culmina al afirmar que nadie ama tanto como aquel que da la vida por sus amigos (Jn 15,14-15) e introduce así el tema de la amistad entre Jesús y sus discípulos. Esta amistad nace del amor

¹²¹Ver Bartolomé, *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, 308.

¹²²Ver Castro, *Evangelio de Juan*, 338.

¹²³ Ver Bartolomé, *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, 308.

¹²⁴Ver Castro, *Evangelio de Juan*, 339.

¹²⁵ *Ibíd.*, 338-339.

¹²⁶Ver García, *El Cuarto Evangelio*, 188-189.

primero de Dios, expresa la elección gratuita de los discípulos que ahora son investidos como amigos suyos y eso es posible gracias a la comunicación íntima que han tenido con el Maestro y que ha llevado a que estos conozcan la experiencia singular del Padre.¹²⁷

Con la entrada a la perícopa del tema de la amistad, los discípulos ya no serán llamados siervos. En realidad, el término no es peyorativo ni excluyente del todo, pues en la antigüedad tenía diversas connotaciones, entre ellas, la de título honorífico que se le daba a los que pertenecían a las cortes reales como siervos del rey. En el Antiguo Testamento se le denomina siervos de Dios a los profetas y los justos, pues siervo es quien cumple la voluntad de su Señor, pero como súbdito y nunca en una relación de igualdad. He aquí la novedad presentada en Jesús, que ya no quiere una relación con sus discípulos en un plano desigual, sino que los llama amigos y, por ende, los ubica en una relación de iguales como hijos de un mismo Padre.¹²⁸

El hacerse siervo, en muchas ocasiones, surgía de una invasión extranjera o de cualquier tipo de dominio político o económico; en cambio, la amistad nace de un llamado, de una elección hecha del uno por el otro y que en lo referente a Jesús, el origen de esa elección se halla en su amor gratuito por la humanidad. De acuerdo con esto, cuando la persona descubre ese acto de bondad de Dios, surge en ella una respuesta similar, la cual es identificada en Juan como el fruto esperado del discípulo. Por esta razón, la misión que Dios encomienda a los creyentes, no es mera propaganda o proselitismo falso al estilo de los políticos mediocres, es una vida de encuentro a través de la cual se contagia una experiencia, se irradia la vivencia del amor de los unos por los otros e incluso se es capaz de arrastrar a aquellos que se han dejado abrazar por dicha experiencia.¹²⁹

2.2.5. La invitación a la unidad

El término uno no es nuevo en el Evangelio de Juan, fue empleado para aludir a la unión de Jesús con el Padre, expresada en fórmulas de inmanencia mutua y aplicada también a los creyentes, al afirmar que todos serán reunidos en un solo rebaño, bajo un solo pastor (Jn 10,30; 10,38; 14,10.20; 17,21; 11,52; 10,16). Todas estas expresiones son recogidas en esta

¹²⁷Ver Castro, *Evangelio de Juan*, 340-342.

¹²⁸Cardona, *Jesús de Nazareth en el Evangelio de Juan*, 217.

¹²⁹*Ibíd.*, 216.

parte del texto, bajo un lenguaje un poco denso: a partir de la unidad que constituyen el Padre y el Hijo, la unidad vivida en la comunidad se hace comunión con Dios y es expresión de la fidelidad al mandamiento del amor.¹³⁰

La forma imperativa: *que todos sean uno*, introduce de manera concentrada el deseo presente, siempre en Jesús, de que se realice la obra querida por el Padre. Comprendido así, el deseo de unidad de Jesús supera la simple vinculación moral entre los fieles y la presenta en el plano del ser, que se deriva de la comunidad divina. El contenido completo de este deseo es presentado, sistemáticamente, de la siguiente forma: en un primer momento, aparece el deseo de que todos sean uno y de inmediato la afirmación del cómo, que no es un nivel cuantitativo solamente, sino que alude a lo cualitativo, expresando así la fuente de esa unidad (la unidad entre el Padre y el Hijo). En un segundo momento, aparece un nuevo deseo, no como otro aparte, sino como consecuencia lógica de la realización del primero, que es la intención de que los discípulos sean uno con el Padre y el Hijo, todo esto con una sola intención: que el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre.¹³¹

Al comprender la unidad de esta manera, introduce a la comunidad cristiana en el misterio trinitario que comparte la gloria (Jn 17,22) y se sustenta por el amor recíproco entre Padre-Hijo-comunidad (Jn 17,24). Esta unidad no se produce para que se mantenga estática y sumergida en un intimismo egoísta; tiene una implicación misionera para que el mundo crea.¹³² Si se hace memoria de la aproximación hecha al capítulo seis del evangelio de Juan, se recuerda que el término creer significa aceptar a Dios en la vida, unirse a Él y vivir de acuerdo con lo que esta exige. En este orden de ideas, al desear la unidad de la comunidad y de esta con Dios para que el mundo crea, se contempla la salida de Dios al mundo por medio de la comunidad que permanece en el Hijo, para que el mundo se adhiera a la vida del enviado. Este hecho es un claro paralelo con los dos movimientos hechos por Jesús en Juan: salir del Padre al mundo y regresar al Padre llevando consigo los que le han sido dados.

¹³⁰ León-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan*, 245-246.

¹³¹ *Ibíd.*, 248.

¹³² Ver Castro, *Evangelio de Juan*, 396-397.

La forma como está presentada la oración por la unidad, deja entrever que no se trata de una plegaria y, por ende, de una unidad referida solamente a los creyentes de la época. Se trata de una petición en donde se hacen presentes los creyentes del futuro. De este modo, la credibilidad del mundo en Jesús siempre tendrá una gran responsabilidad por parte de quienes creen en la capacidad de ser testigos; testimonio que se supone debe dar a conocer la hermandad de los discípulos y al único papá.¹³³

En este proceso de unidad no hay posibilidad de que alguien sea excluido, ya que se reconoce en el Padre a todos los hombres como hijos y, asimismo, como hermanos.¹³⁴ De este modo, los creyentes asumen plenamente la misión del Hijo: estando en perfecta unión con Dios, salen de sí para vivir la unidad con sus hermanos, gracias a la aceptación de la palabra dada por Jesús y viviendo el mandamiento del amor con todos. Todo esto, no podría arrojar un resultado diferente al de dar frutos abundantes, es decir, una fe viva en Jesús y un deseo profundo de vivirlo en medio de los hombres; esto llevará al mundo a creer y, por consiguiente, el regreso al Padre para que la comunidad cristiana lleve consigo a los que le han sido dados.

Con esta exploración, el significado cristiano del comer juntos en el Evangelio de Juan, se complementa la aproximación deseada al concepto comensalía en la cultura judío-cristiana. Sin duda, este ejercicio ha permitido encontrar diferentes elementos vitales que enriquecerán, a futuro, la lectura de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia* que se abordará en el siguiente capítulo y, sobre todo, establecer aprendizajes y puntos de llegada en lo concerniente a la labor de acompañamiento de las familias en la actualidad.

¹³³Ver Cardona, *Jesús de Nazareth en el Evangelio de Lucas*, 238.

¹³⁴ *Ibíd.*, 238.

3. LECTURA DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POST-SINODAL “*AMORIS LAETITIA*” DESDE LA CATEGORÍA COMENSALÍA

El camino recorrido hasta el momento, ha brindado herramientas suficientes para abordar la lectura de esta *Exhortación Apostólica*, a partir los rasgos característicos de la categoría comensalía. Esto no quiere decir que se pretenda encasillar, dentro de determinados parámetros, la diversidad de elementos presentes en este documento. El sentido de esta lectura, a partir del contexto de hogar y, específicamente, del momento en que la familia comparte la mesa, indagará sobre las semejanzas existentes entre *Amoris Laetitia* y la comensalidad y, a su vez, se construirán nuevos puentes donde no existan y se enriquecerá la reflexión en torno a este concepto, fundamentado en las ideas allí expuestas.

Para esta lectura es primordial tener presente dos aspectos: el primero, como se menciona desde el inicio, la metodología investigativa de este texto es el método documental, pues nos permite explorar diferentes fuentes de información sobre un tema específico para, posteriormente, sustentar una idea. En este caso, la intención es re-significar el concepto de vida en pareja, desde la comensalía y la lectura de *Amoris Laetitia*. El segundo aspecto, tiene que ver con la construcción antropológica hebrea, a la cual nos hemos referido en el primer apartado, como un elemento fundamental junto con el concepto de la comensalidad para poder abordar la lectura de la Exhortación.

Ahora bien, es oportuno, después de los acercamientos a los contextos judeocristianos, presentar una propuesta de lo que significa entonces la categoría comensalía, para entender desde dónde se hará la lectura de *Amoris laetitia*. Una definición básica de diccionario se refiere a la comensalía como la acción de compartir en el hogar y en torno a la mesa. Desde la elaboración judeocristiana, se podría decir que la experiencia de la comensalidad se refiere al deseo libre y consciente de la persona-familia, de hacerse uno en el amor de Cristo permanentemente, manifiesto a través de la actitud de hacerse don y servidor del otro.

De otra parte, la lectura a la exhortación se hará desde la estructura propuesta por el papa Francisco, pero con un acercamiento específico a los capítulos I-IV, que consideramos aportarán a la reflexión resignificante de la pareja desde la comensalidad. En cuanto a los capítulos siguientes se refiere, se estima que corresponden a temáticas como la comensalidad con los hijos y la pastoral de la comensalidad, que se podrían abordar en otro trabajo más no en este.

3.1. La alegría de la comensalidad

Desde las primeras frases de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia*, el papa Francisco emplea un lenguaje que posibilita una lectura o una interpretación desde el concepto comensalía que hemos venido desarrollando en este trabajo. De igual forma, es interesante observar que desde el inicio, se presenta la vida en familia como un elemento central en la existencia de la Iglesia, hasta el punto de convertirse en un agente motivador para la misma.

Uno de los rasgos de la comensalía que se aprecia en la parte introductoria de la exhortación, es el de la unidad. Esta se manifiesta al afirmar que, así como los comensales sienten como suyos los triunfos y las derrotas de quien está con ellos a la mesa, la Iglesia siente como propia la alegría del amor y el deseo de familia que perdura en los creyentes, a pesar de las dificultades presentes en la realidad actual.¹³⁵ También expresa que estar unidos bajo una misma fe, no significa uniformidad, sino que se valoran y respetan las diferencias que existen en medio de la comunidad eclesial, al trabajar en sincronía por una verdadera inculturación del evangelio,¹³⁶ pues una diversidad cultural bien entendida, no es una amenaza para la Iglesia, sino una riqueza de dones que la construyen, fortalecen y sumergen el misterio trinitario de Dios;¹³⁷ elemento fundamental de la comensalía, la unión íntima entre los que comparten la mesa, para enriquecerse mutuamente.

El rasgo del servicio aparece anudado al de la unidad. La Iglesia universal y cada una de las familias no pueden permanecer estáticas ante la dinámica que se vive en la sociedad actual; por el contrario, deben esforzarse para reavivar la conciencia de la importancia de las

¹³⁵Ver Francisco, "Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia. ", No. 1.

¹³⁶ *Ibid.*, No. 3.

¹³⁷ Francisco, "Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, No. 117.

familias, fortalecer los procesos de evangelización y cuidar, en todo momento y circunstancia, la vida de las mismas.¹³⁸

Un elemento inexplorado en la reflexión sobre la comensalía, presente en las actitudes de Dios en la Escritura y que se infiere en AL, es el conocer: "Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí."(Jer 1,5);"Le dice Jesús: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"?"(Jn 14,9). En el caso de las comidas, es común compartir con alguien que se conoce o se desea conocer, así como lo hace Jesús, quien se sienta a la mesa con sus discípulos y amigos, con los publicanos, con los paganos y las prostitutas.

Este conocer no debe interpretarse nunca, como una acción invasiva hacia la otra persona, sino como un medio para hacerse uno, comprenderlo, aceptarlo y, sobre todo, ponerse en disposición para amarlo, servirle y acompañarlo en sus necesidades. En AL el papa Francisco reconoce la importancia de haber conocido la realidad de las familias en el mundo actual, pues solo de esta forma puede sentirse una verdadera comunión; en sus alegrías, sus luchas y al trabajar mancomunadamente con toda la Iglesia, para fortalecer todas y cada una de las familias cristianas del mundo.¹³⁹

3.2. Comensalía y palabra en *Amoris Laetitia*

Durante el recorrido de este texto, se han hecho aproximaciones al significado de la experiencia de la comensalía en las Sagradas Escrituras, sin embargo, en este apartado se realizará un nuevo acercamiento, al tener presente lo reflexionado, evidentemente, pero ahora bajo la metodología y las intenciones del papa en AL.

En un primer momento, el papa describe que la Biblia está poblada de familias, desde los primeros versículos del Génesis, a través de los relatos de Adán y Eva (Gn 1,27; 2.21) hasta los últimos, en donde aparecen las bodas de la esposa del Cordero (Ap 21,2.9).

¹³⁸Ver Francisco, "Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia" No. 1; 3, 7.

¹³⁹Ibíd., No. 2; 4.

Posteriormente, desarrolla una argumentación bíblica desde el Salmo 128 (1-6), texto que se encuentra en las liturgias nupciales judías y cristianas.¹⁴⁰

¡Dichoso el que teme al Señor,
y sigue sus caminos!
Del trabajo de tus manos comerás,
serás dichoso, te irá bien.
Tu esposa, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos como brotes de olivo,
alrededor de tu mesa.
Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén,
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!

Este salmo presenta a una familia que se encuentra celebrando en torno a la mesa, en donde el centro es la pareja de esposos y su relación de amor. Desde este escenario, propio del ambiente comensal, se comprende a la familia como un designio profundo del corazón de Dios. No se trata de un accidente o de un resultado del uso simple de la libertad del ser humano, sino que es parte de la voluntad misericordiosa de Dios:¹⁴¹ “¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer?”(Mt 19,4).“Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne ” (2,24).

También se comprende que, este querer divino de la existencia de la familia, está pensado para que los esposos sean imagen y semejanza de Dios; es decir, que toda familia que ama y es fecunda, se hace signo visible del acto creador, símbolo de las realidades íntimas de la divinidad (cfr. Gn 1,28; 9,7; 17,2-5.16; 28,3; 35,11; 48,3-4). Por tanto, la pareja de esposos no es agente pasivo en el acto revelatorio de Dios, sino que ella lo descubre, lo describe y se convierte en reflejo viviente de la Trinidad.¹⁴²

Ahora bien, así mismo como Dios en su interioridad es comunidad de amor y se encuentra con el ser humano, la pareja experimenta un encuentro pleno entre dos almas, entre dos

¹⁴⁰Ibíd., No. 8.

¹⁴¹ Ibíd., No. 9.

¹⁴²Ibíd., No. 10.

rostros “Mi amado es mío y yo suya... Yo soy para mi amado y mi amado es para mí” (Gn 2,16; 6,3). Dicho encuentro provocará entonces la unión íntima entre la pareja, “Se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne” (Gn 2,24), de una manera tanto externa como interna y de un nivel tan profundo como cuando el salmista utiliza el mismo verbo para expresar su unión con Dios: “Mi alma está unida a ti” (Sal 63,9).¹⁴³

En un segundo momento, de esta argumentación bíblica que se encuentra en AL, el papa, al insistir en el ambiente familiar de mesa que expresa el salmo 128, presenta a los hijos como el fruto del amor de los esposos y, al mismo tiempo, como piedras vivas (1 P 2,5) que son signo de bendición por parte de Dios, y son signo de continuidad de la historia salvífica de generación en generación. Esta escena de una familia que se reúne en casa alrededor de la mesa, se halla también presente en el Nuevo Testamento (1 Co 16,19; Rm 16,5; Col 4,15; Flm 2) y permite interpretar que el espacio vital de una familia puede convertirse en Iglesia doméstica porque Cristo se hace presente, sentado en la misma mesa; realidad de comensalidad a partir de la cual los padres se empoderan de su labor como evangelizadores y educadores de los hijos (Ex 12,26-27; Dt 6,20-25; Pr 3,11-12; 6,20-22; 13,1; 29,17).¹⁴⁴

En un tercer momento, se rememora todo este contexto idílico de la relación interna de la familia y de esta con su Dios, que convive en medio de unas realidades que la afectan, de diferentes maneras, y que deben enfrentarse para evitar el rompimiento de su vida de comunión y amor. La misma Biblia presenta situaciones que deterioran el bienestar de la familia: la violencia entre Caín y Abel, los litigios entre hijos y esposas de los patriarcas y las tragedias sangrientas en la familia de David, entre otras.¹⁴⁵

El mismo Jesús se vio frente a familias que sufrían la enfermedad de uno de sus miembros (Mc 1,30-31; Mt 9,9-13; Lc 19,1-10); el dolor de la muerte (Mc 5,22-24.35-43; Lc 7,11-15), y el bochorno por falta de vino o por la ausencia de invitados (Jn 2,1-10; Mt 22,1-10). Sin embargo, en medio de las situaciones difíciles que experimentaron estas familias, la Palabra de Dios no se presenta como una simple teoría, sino como una verdadera compañera que enseña a permanecer fieles en la esperanza y que guía en medio de la

¹⁴³Ibíd., No. 11-13

¹⁴⁴Ibíd., No. 14-16.

¹⁴⁵Ibíd., No. 19.

dificultad, al Dios que consuela, fortalece y levanta. “Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor” (Ap 21,4).¹⁴⁶

En un cuarto momento, se refiere la importancia que adquiere el trabajo para el desarrollo vital de la familia. Ciertamente, se expone como un deber de los padres para garantizar el bienestar de todos sus miembros, pero también se alza la voz al afirmar que en un estado donde no se garantiza la vida laboral de las personas, se produce una afectación grave al núcleo de la sociedad que es la familia.¹⁴⁷

En el párrafo anterior queda claro, que en este apartado, la exhortación hace referencia al valor y a la necesidad del trabajo para garantizar una buena calidad de vida de todas las familias que componen un estado. Sin embargo, al traer a colación el concepto comensalía como centro de reflexión en este escrito, se podría decir analógicamente, y sin pretender poner en el texto del papa palabras no escritas, que es imperioso que toda la Iglesia trabaje arduamente en la construcción y experiencia de la comensalía en las familias cristianas, ya que si se cae en la rutina y la desidia, esta desaparece y se convierte en germen de muerte que va matando, poco a poco la vida familiar, hasta el punto de llegar a parafrasear las palabras del apóstol Pablo en esta situación: si alguno no quiere trabajar en la construcción de la comensalía en la familia, entonces, no se puede sentar a la mesa, no solo de su hogar, sino en la misma mesa eucarística. (2 Ts 3,10; 1 Ts 4,11). De esta forma, hacer comensalía cristiana significa trabajar todos los días en su construcción y su desarrollo.

De igual modo, en este apartado de la exhortación, se encuentra otro elemento nuevo que enriquece la reflexión en torno a la comensalía. Este hace referencia a la relación con la naturaleza, que conduce a afirmar que un cristiano que comparte la mesa con aquel por quien todo fue hecho (Jn 1, 3), no puede estar fuera de la comunión fraterna, respetuosa y de cuidado de la naturaleza.

Para la tradición judeo-cristiana, decir “creación” es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y

¹⁴⁶Ibíd., No. 20-22.

¹⁴⁷Ibíd., No. 23-25.

gestiona, pero la creación sólo puede ser comprendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal.¹⁴⁸

De acuerdo con esto, la comensalía cristiana no se vive únicamente con los miembros de la familia de Dios, sino que se experimenta profunda e íntimamente con la naturaleza; aquella que a la manera de Jesús en la cena eucarística, se hace anfitriona, comensal y se convierte en alimento para toda la humanidad.

Como quinto y último momento, en donde se sustenta bíblicamente AL, SS Francisco habla de la ternura de Dios, un elemento que así como es presentado en la exhortación, debe incluirse en la elaboración reflexiva que atañe a este trabajo. Partiendo de la ley del amor, descrita en Jn 13,34, recuerda que todo discípulo en su relacionalidad con Dios y con los demás, experimenta la misericordia y el perdón. Sin embargo, en lo que se considera como un avance en esta construcción conceptual, se afirma que la relación entre esposos e hijos y la relación de la familia con Dios, debe llevarse a la manera de un niño que acaba de ser amamantado, que acaba de compartir la mesa con su madre; es decir, una relación de confianza y abandono absoluto en la ternura divina. “Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre” (Sal 131,2).¹⁴⁹

3.3. Rasgos de la comensalía en la enseñanza de la Iglesia

Es evidente que la sustentación argumentativa de la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*, desde el magisterio de la Iglesia, está estrechamente relacionada con el concepto genérico de familia y no con el específico de comensalía. Sin embargo, después de hacer la lectura de los numerales correspondientes y de habernos acercado a la comensalidad judeocristiana en los primeros capítulos de este trabajo, se puede constatar que no hay un discurso que haga alusión a la familia sin referirse, en primera instancia, a los rasgos propios de la vivencia de la comensalidad. Por esa razón, se va a establecer una relación entre algunos de los documentos tratados en la exhortación, denominándolos desde los rasgos de la comensalidad que se han venido trabajando.

¹⁴⁸ Francisco, “Carta Encíclica *Laudato si* sobre el cuidado de la casa común”, No. 6.

¹⁴⁹ Ver Francisco, “Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 27-28.

3.3.1. Familia de Nazaret signo de comensalidad

El papa Pablo VI presenta a la familia de Nazaret, como testimonio de vida familiar para todos los creyentes, desde el rasgo fundamental de la comensalía, la vivencia del amor entre sus miembros y con quienes les rodea:

Lección de vida doméstica. “Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología”.¹⁵⁰

3.3.2. Comensalidad del amor

La familia es una comunidad que se ama de la misma forma en que Cristo ama a su Iglesia y tiene a Cristo en el centro de su vida, de Él aprende a ser fiel y servicial:

El bienestar de la persona, de la sociedad humana y cristiana, está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. Por eso los cristianos, junto con los que tienen en gran estima a esta comunidad, se alegran sinceramente de los diversos medios que permiten a los hombres hoy avanzar en el fomento de esta comunidad de amor, en el respeto a la vida y además, ayudan a los esposos y padres en el cumplimiento de su excelsa misión; de ellos esperan los mejores resultados y se afanan por promoverlos.¹⁵¹

Fundada por el Creador y en posesión de sus propias leyes, la íntima comunidad conyugal de vida y de amor se establece sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable [...]

Cristo nuestro Señor bendijo abundantemente este amor multiforme, nacido de la fuente divina de la caridad, que está formado a semejanza de su unión con la Iglesia.¹⁵²

El reconocimiento obligatorio de la igual dignidad personal del hombre y de la mujer en el mutuo y pleno amor evidencia también claramente la unidad del matrimonio confirmada por el Señor. Para hacer frente con constancia a las obligaciones de esta vocación cristiana se requiere una insigne virtud; por eso los esposos, vigorizados por la gracia para la vida de santidad, cultivarán la firmeza en el amor, la magnanimidad de corazón y el espíritu de sacrificio, pidiéndolos asiduamente en la oración.¹⁵³

¹⁵⁰ Pavlo VI; “Discurso en Nazaret”,

¹⁵¹ Ver Concilio Vaticano II, “Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual”. No. 47.

¹⁵² *Ibíd.*, No. 48.

¹⁵³ *Ibíd.*, No. 49.

3.3.3. Comensalidad que da fruto, que es fecunda

El amor profundo de la pareja produce frutos, de muchas formas, en la vida interna y eclesial, sin embargo, el ejemplo más perfecto son los hijos; ellos son el reflejo real de la unión de dos totalidades, de dos rostros, de dos almas.

El amor conyugal exige a los esposos una conciencia de su misión de paternidad responsable sobre la que hoy tanto se insiste con razón y que hay que comprender exactamente [...] El ejercicio responsable de la paternidad exige, por tanto, que los cónyuges reconozcan plenamente sus propios deberes para con Dios, para consigo mismos, para con la familia y la sociedad, en una justa jerarquía de valores.¹⁵⁴

3.3.4. Comensalidad que se da

En la relación de amor, entre hombre y mujer, la cruz es el elemento iluminador, es la expresión máxima del amor que tiene Dios por su pueblo:

El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre eros y matrimonio que presenta la Biblia no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de ella.¹⁵⁵

En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia. Los esposos son por tanto el recuerdo permanente, para la Iglesia, de lo que acaeció en la cruz; son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento les hace partícipes.¹⁵⁶

Cristo es fuente de esta gracia:

Pues de la misma manera que Dios en otro tiempo salió al encuentro de su pueblo por una alianza de amor y fidelidad, ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, mediante el sacramento del Matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos.¹⁵⁷

Permanece con ellos, les da fuerza para seguir tomando su cruz, para levantarse después de sus caídas, para perdonarse mutuamente, para llevar unos las cargas de los otros (cf Ga 6,2), para estar "sometidos unos a otros en el temor de Cristo" (Ef 5,21) y para amarse con

¹⁵⁴ Pavlo VI, "Carta Encíclica *Humanae Vitae* sobre la regulación de la natalidad", No. 10

¹⁵⁵ Benedicto XVI. "Carta Encíclica *Deus caritas est* sobre el amor cristiano", No. 11

¹⁵⁶ Juan Pablo II, "Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual", No. 13.

¹⁵⁷ Ver Concilio Vaticano II, "Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual". No. 48,2.

un amor sobrenatural, delicado y fecundo. En las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero.

De la misma forma como Cristo murió en la cruz por toda la humanidad, pide a los creyentes que la vivencia de la unidad, servicio, amor, oblación y demás rasgos de la vida familiar, sean vividos con todas las personas, ya sea porque son signo de la presencia de Cristo para todos los hombres o porque son una herramienta para sembrar la semilla que hará crecer el deseo de todas las personas de unirse en el amor de Cristo:

Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual.¹⁵⁸

3.4. Comensalidad en el matrimonio

El capítulo cuarto, considerado por el papa como uno de los más centrales en este documento, expone a través del llamado himno de la caridad del Apóstol San Pablo, los puntos clave para la vivencia del amor verdadero en la familia. SS Francisco se detiene a revisar cada uno de los conceptos desde la lengua en que fue escrita, para poder comprender mejor el modo en que deben vivir esposos e hijos. Es evidente que esta aproximación se hará, de manera paralela, con los rasgos de la categoría comensalía que se han trabajado con anterioridad; ya sea para enriquecerlos o para hallar elementos nuevos que nutran la reflexión en torno al concepto.

El amor es paciente,
es servicial;
el amor no tiene envidia,
no hace alarde,
no es arrogante,
no obra con dureza,
no busca su propio interés,
no se irrita,
no lleva cuentas del mal,
no se alegra de la injusticia,
sino que goza con la verdad.
Todo lo disculpa,
todo lo cree,
todo lo espera,

¹⁵⁸Ibíd., No. 22.

todo lo soporta (1 Co 13,4-7).

3.4.1. Paciencia-makrothymeí

El término se refiere, exactamente, a ser lento a la ira (Ex 34,6; Nm 14,18). Esta es una característica propia de Dios; se le contempla misericordioso con quien peca, al dar tiempo para el arrepentimiento de corazón. Esta actitud se ve en Jesús claramente, en el momento del lavatorio de los pies (Jn 1, 1-20), donde además de no actuar de manera airada ante la actitud de Pedro que se niega a que le laven los pies, lo conduce con el diálogo a confiar en la palabra y obra del Maestro que solo quiere vivir y enseñar el amor a sus discípulos.

En el documento post-sinodal, se enfatiza que vivir la paciencia no significa permitir que se atente contra sí mismo, sino que alude a la persona que se empeña en exigir relaciones o personas perfectas o que se cumpla la propia voluntad. Actuar de esta manera, conduce a la impaciencia constante pues se trata de una exigencia injusta e inalcanzable. De otro lado, una persona cristiana debe trabajar por el reconocimiento del otro, por el respeto a la diversidad de pensamiento y la aceptación de todos sin distinción alguna.

Esta actitud paciente es un elemento que nutre la reflexión de la categoría comensalía, pues sentarse a la mesa a compartir el pan a ejemplo de Jesús, significa un compartir de vida con todos, sin importar distinción alguna y sobre todo, amando lo que el Pbro. Manuel Baracaldo (Q.E.P.D)¹⁵⁹ llamaría sus cadaunadas. No se trata de amar al otro en vez de sí mismo, se trata de reconocerse mutuamente, de entender que no se es perfecto y, por ende, la relación tampoco pero, mediante el ejercicio de la paciencia, se construirá un compartir diario cada vez más incluyente, donde se dialoga, se comprende y se edifica la vida.

3.4.2. Actitud de servicio-jrestéuetai

Este término, único en el texto bíblico, se refiere a una persona que muestra bondad en sus obras. Sin embargo, al situarse paralelamente con el verbo precedente, quiere mostrarse como complemento del mismo, lo que significaría en Pablo que el ser paciente no es una actitud meramente pasiva, sino que es dinámica e indica un amor que beneficia y promueve a los demás, es decir, es una actitud real de servicio.¹⁶⁰

¹⁵⁹ Baracaldo, *Apuntes Clase de catecismo*,

¹⁶⁰ Ver Francisco, “Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 93.

En la exhortación se afirma que a lo largo del texto bíblico, Pablo pretende en todo momento, insistir en que el verbo amar no es simplemente un sentimiento, es un motor que mueve a hacer el bien. Esta forma de comprender la vivencia del amor, coincide perfectamente con la enseñanza que Jesús muestra a sus discípulos a través del signo del lavatorio de los pies. Como se dijo en el capítulo anterior, Jesús al ser el maestro, protagoniza un acto propio de esclavos y de esclavos no hebreos, gesto que lo reviste como servidor y con una investidura que nunca más se vuelve a quitar en el texto joánico.

De acuerdo con esto, ser comensal de la mesa del señor, de la vida cotidiana y de la familia, significa moverse para hacer el bien, ceñirse para servir y permanecer en el deseo de manifestar la propia bondad con cada acción. No se concibe una vida cristiana pasiva, encerrada en una zona de confort donde se hable de la realidad actual y de la manera como debiera ser; no se trata de una actitud de espera por un milagro o de que surjan unas condiciones específicas para poder empoderarse de su deber como comensal de la familia de Dios. El cristiano debe generar acciones y ojalá procesos, que hagan el bien a los demás, no de manera asistencialista sino personificante y dignificante.

3.4.3. Sanando la envidia-zeloi

Es un término que en el texto paulino se presenta contrario al amor y se traduce en celos o envidia. En sintonía con esta definición y su uso en el himno de la caridad, se concibe que en la vida cristiana no hay cabida para sentimientos de tristeza por el bien ajeno, situación que demuestra un claro desinterés por la felicidad de los demás y la búsqueda del propio bienestar.

Amoris Laetitia enseña que en la familia se vive un amor que permite salir de sí mismo, que se opone a situarse en el propio yo e incluso se alegra con el otro por sus logros y alcances. Asimismo, asegura que la vivencia real del amor, rechaza la injusticia donde unos tienen demasiado y otros nada; realidad que debe llevar al cristiano a buscar la equidad y el mejoramiento de la calidad de vida de los más necesitados.

Desde la comensalía tiene un vínculo con la vivencia de la unidad. En el segundo capítulo, se reflexionaba sobre Dios que al ser uno en sí mismo, decide salir de sí para hacerse uno con la humanidad, al punto de querer entregar la vida por todos. Además, se hacía énfasis

en que, así como el Padre y el Hijo son uno, los discípulos deben ser uno con su Dios y entre ellos para que el mundo crea, es decir, para que los demás acepten en su vida a Jesús.

En el compartir cotidiano de las familias y de la Iglesia, no hay cabida para que cada creyente se convierta en una fortaleza donde nadie puede entrar y de donde solo se sale por un interés o necesidad. El cristiano tiene presente en su corazón los puentes que le unen a los demás y no las fronteras que le separan, siente como propias las alegrías y llega a incluso hasta sufrir con el otro en sus penas, no en un acto sentimentalista y superfluo, sino con el interés único de fortalecer y sacar adelante a su hermano.

3.4.4. Sin hacer alarde ni agrandarse-perpereo tai,physioutai

El primer término es traducido como vanagloria y guarda semejanza con el segundo que se refiere a que el amor no es arrogante. Estos dos conceptos aluden a aquellas personas que no solo buscan impresionar a otros o mostrar sus propias cualidades, sino que además pierden el sentido de la realidad considerándose más grandes de lo que en verdad son. En los textos joánicos señalan a quienes que se consideran más sabios que los demás (1 Co 8,1) y para hacer una crítica de todos aquellos que se agrandan y pisotean al otro (cf. 1 Co 4,18).

El papa, en las familias cristianas, invita a los creyentes para que se preocupen por crecer en humildad y abandonar el orgullo; de esta manera las relaciones no serán de poder ni de dominio, sino de servicio y amor. “No ha de ser así entre vosotros; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro servidor” (Mt 20,26-27); “Tened sentimientos de humildad unos con otros, porque Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes” (1 P 5,5).

En la vida cotidiana, la familia puede tener sufrimiento cuando el esposo desea dominar a la esposa o viceversa, cuando los hijos desobedecen a sus padres o se construyen relaciones de poder entre los mismos. No se trata de quien aporta más dinero en casa o de quien tiene más poder sobre el otro; es servirse mutuamente, convertirse en un don para el otro, dar sin medida y darse mutuamente, experimentar una relación donde todos ganan y todos aportan, para establecer una verdadera unidad y vivencia del amor cristiano.

3.4.5. Amabilidad-asjemonéi

Es un amor que no actúa con rudeza, descortesía o dureza en el trato. La persona que es amable desarrolla tal sensibilidad que no maltrata a los demás y, por eso, permanece muy atento a como se expresa, ya sea mediante gestos o palabras, y, en general, en cómo se comporta en sus relaciones cotidianas.

El cristiano que es amable según AL, está siempre dispuesto a encontrarse con el otro, evita un pensamiento pesimista que se juzga los defectos ajenos y se enfoca en entretejer vínculos, lazos, relaciones de amistad y tejido social. El creyente que vive la amabilidad, no solo acompaña a quien lo necesita, sino que además logra salir de sí, se preocupa por el proyecto de vida del otro y mediante su palabra, lo invita a tener ánimo, a levantarse, a tener fe, a no tener miedo y a recobrar el aliento para seguir adelante.

En la reflexión, con respecto a la vida comensal de las familias y de la Iglesia, se encuentra en este capítulo, un rasgo nuevo de la comensalidad cristiana, que habla del trabajo constante para convertirse en un buen compañero de mesa. Al continuar con esa reflexión, se puede advertir que la amabilidad es una herramienta básica que permite construir la comensalidad. En las relaciones familiares, todos los días se requiere de una palabra y de un silencio oportuno también; urge la capacidad de escucha, de expresar con una mirada o una caricia, la cercanía y el apoyo incondicional. En las familias cristianas, es menester que alguno de sus miembros se detenga en el veloz transcurrir de la historia y saludé efusivamente, se interese por preguntar cómo estuvo el día del otro e incluso que haga de aquellos momentos íntimos como el compartir los alimentos y la intimidad sexual, una verdadera comensalía cristiana.

3.4.6. Desprendimiento-no buscar el propio interés

El concepto de darse a los demás, aparece nuevamente en AL, propio del sentido oblativo que tiene el ser comensal en la creencia cristiana. Es evidente la importancia de amarse a sí mismo para poder dar un amor verdadero a los demás; aunque también es cierto que existe un riesgo, centrarse tanto en el “amor” propio, que se llegue a desconocer al otro e incluso a utilizarlo en la búsqueda del bienestar individual.

La Exhortación ilumina sobre este aspecto del amor cristiano, cuando alude a Tomás de Aquino, quien explica que es propio de la caridad cristiana el deseo de amar, más que el deseo de ser amado,¹⁶¹ de tal modo, que quien ama sin esperar nada a cambio, es capaz incluso de dar su propia vida por los demás. Ejemplo de ello es Jesús, que estando a la mesa les dice a sus discípulos que no hay mayor amor ni mayor felicidad que dar la vida por los demás (Jn 15,13) y se evidencia mucho más con su muerte en la cruz, donde nadie le quita la vida sino que Él la entrega voluntariamente. (Cfr. Jn 10,18).

Es necesario, por tanto, que en la experiencia cotidiana de la comensalidad cristiana, los esposos sigan dando la vida por sus hijos, sin olvidarse de que ellos también se necesitan mutuamente; que los hijos obedezcan y den amor a sus padres, pero, a su vez, que aprendan a ser don amoroso para sus hermanos; así como también deben comprender la necesidad de dar el pan diario, en el hogar y en la celebración eucarística, pero también la importancia de hacerse pan para los demás.

3.4.7. Sin violencia interior-paroxýnetai

Es una palabra que indica aquella irritación interna, que se experimenta por una motivación externa, que conduce casi siempre a asumir una actitud defensiva ante los demás, como si se tratase de un enemigo. No debe confundirse con la indignación que se siente ante una injusticia, ya que esta sensación es característica de los hijos de Dios.

Esta actitud es sustentada en la exhortación con textos en donde los evangelistas o el mismo Pablo, hacen uso del término, invitando a mantener la calma ante las dificultades de la vida: mirar la viga en el propio ojo, no dejarse vencer por el mal y que la puesta del sol no sorprenda en enojo (Mt 7,5; Rm 12,21; Ef 4,26). Esta última cita es una clara invitación a negarse a consentir en el corazón la violencia interna, es un llamado a recuperar la relación consigo mismo y con el otro, en caso de que el enojo la haya quebrantado o permanezca en el ser de la persona.

En el evangelio de Juan, en el contexto de la cena del Señor con sus discípulos, se aprecia una actitud de Jesús con los comensales que podría interpretarse como una experiencia de la no violencia interior, una invitación para llenar la vida de paz. “La paz os dejo, mi paz os

¹⁶¹Ver Francisco, “Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 102

doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”(Jn 14,27). Los discípulos experimentan un momento en el que Jesús se está despidiendo y el motivo de su partida obliga a pensar en su muerte. Las condiciones son adversas y se llega a pensar que en el interior de Jesús y en el de sus discípulos, se pudiese gestar una irritación que haga perder la paz. Jesús se halla en un contexto de incompreensión, de futura negación y de traición; también percibe la intranquilidad de los suyos ante la noticia y, sobre todo, se ve así mismo enfrentado a la muerte. Aun así, mantiene su paz y se la da a sus discípulos.

Esta reflexión sobre la no violencia interior, hace pensar en el trabajo diario entre los miembros del hogar para vivir la comensalía. No es una negación de los sentimientos que experimenta una persona por naturaleza, es un estar atento, en toda circunstancia, para que esos sentimientos no se aniden en el corazón; no se requiere de un proceso largo y mucho menos de una acción gigantesca para manifestar al otro excusas por haber obrado de una u otra manera, simplemente, se requiere una palabra, un gesto, un detalle o una mirada, que reconozca que es una equivocación, que ese sentimiento que parecía existir fue pasajero y no permanece en el interior.

3.4.8. Perdón-logízetai to kakón

Es una expresión que se traduce como: “tomar en cuenta el mal” o “tomar nota del mismo”. Se refiere a la persona que no perdona a sus semejantes y que además, mantiene un rencor en el corazón que alimenta al buscar culpas, al imaginar malas intenciones y al estar prevenido en todo sentido. Una actitud como esta, en la vida conyugal, desestabiliza todo vínculo amoroso y atenta en contra de la dignidad del otro.

La pareja cristiana, por tanto, debe ocuparse de no dejar anidar estos sentimientos en el corazón. Debe dar a cada asunto la importancia que merece, para evitar futuros problemas con asuntos que no son importantes. Debe generar espacios de perdón y de reconciliación, que garanticen la estabilidad de la pareja, la solución de los problemas y la no conservación de odios en la persona. “Al mismo tiempo, cada familia está llamada por el Dios de la paz a

hacer la experiencia gozosa y renovadora de la reconciliación, esto es, de la comunión reconstruida, de la unidad nuevamente encontrada”.¹⁶²

Esta experiencia debe comenzar con el perdón de sí mismo, dejando atrás los errores y temores en los que se ha caído, para evitar proyectar o desahogar la propia situación en otras personas. Posterior a esto, hay que reconciliarse con los demás, lo que contribuye con la sanación del dolor en la familia y con la re-construcción de la misma. Todo esto, se logra de manera eficiente y significativa, si se hace desde la aceptación del perdón y de la misericordia de Dios.

En el evangelio de Juan, es interesante anotar que el mandato de perdonar o retener los pecados se da después de la resurrección y la entrega del Espíritu; justo en el momento en que se evoca una nueva creación, una nueva vida que se ha enviado. De otra parte, es importante aclarar que la expresión “retener el pecado” no se refiere a algún tipo de condena, sino a un llamado de conversión, donde retener es poner en cuarentena e inducir a la pedagogía del perdón.¹⁶³ Ahora bien, teniendo presente que en el evangelio joánico el verdadero discípulo cree y acepta a Jesús como norma de vida, se debe asumir la experiencia del perdón como un rasgo fundamental de la vida de la familia cristiana.

3.4.9. Disculpa, confía-cree, espera y soporta todo

Este conjunto de expresiones que se complementan con la palabra que expresa totalidad, demarca el dinamismo contracultural del amor, que es capaz de hacer frente a cualquier cosa que pueda amenazarlo.

- 3.4.9.1. *Disculpa.* El término *stegēi* se diferencia de “no tener en cuenta el mal” porque se relaciona con el uso de la lengua, es decir, que podría significar guardar silencio sobre lo malo que puede haber en otra persona. Es una actitud que evita hablar mal del otro, dañar su imagen y ponerlo en el escarnio público. No se debe confundir con convertirse en cómplice ante situaciones de injusticia ni de olvidarse de las exigencias del amor cuando se lucha por la defensa de la ley divina.

¹⁶² Juan Pablo II, “Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual”, No. 22.

¹⁶³ Cardona, *Jesús de Nazareth en el Evangelio de Lucas*, 282.

En la pareja cristiana, un signo perfecto de amor, unidad y deseo de permanecer fiel, es justo este silencio. Es lógico que en su momento y con un tono adecuado, se ayude con la construcción del cónyuge, al hacerle caer en cuenta de sus errores. Ante los hijos y demás personas, el signo de amor es callar, la forma de hacerse uno es sentir como propia la circunstancia, es caer juntos, no para cometer el mismo error sino para que después de la caída, cuando se abran los ojos, el uno se dé cuenta que el otro sigue a su lado.

- 3.4.9.2. *Confía.* La frase *Panta pisteuei*, se traduce como “todo lo cree”, no referida a la fe sino a la confianza. Vista a partir de la conyugalidad, es una invitación para construir relaciones basadas en la libertad, huyendo del deseo de controlar, poseer y dominar todo. Se requiere de una relación abierta con el mundo, autónoma, de tal modo que se enriquezca y, sobre todo, que permita un actuar natural y sincero. Una relación contraria a esto, conducirá, inevitablemente, al temor por el otro, a la preocupación de cómo comportarse ante la tensión, a no saber si le gusta o no; esto, convierte la relación en una cárcel donde todo el tiempo se finge lo que no se es y ya no existe una mesa en donde se ama sin condición y se vive la unidad en medio de la adversidad.
- 3.4.9.3. *Espera.* *Panta elpízei-no desespera del futuro.* Esta expresión está íntimamente conectada con la anterior e indica la espera de quien sabe que el otro puede cambiar. También expresa la esperanza de vida, más allá de la muerte, en donde la persona con sus cualidades y dificultades, está llamada a gozar de la plenitud de la resurrección, momento en el que llegará a la perfección en Cristo.
- 3.4.9.4. *Soporta todo.* *Panta hypoménei* significa que sobrelleva con espíritu positivo todas las contrariedades. Es permanecer fiel en situaciones difíciles, no tolerando cosas molestas sino experimentando una resistencia dinámica y constante, capaz de superar cualquier desafío.

La persona que más te odia, tiene algo bueno en él; incluso la nación que más odia, tiene algo bueno en ella; incluso la raza que más odia, tiene algo bueno en ella. Y cuando llegas al punto en que miras el rostro de cada hombre y ves muy dentro de él lo que la religión llama la “imagen de Dios”, comienzas a amarlo “a pesar de”. No importa lo que haga, ves la imagen de Dios allí. Hay un elemento de bondad del que nunca puedes deshacerte [...] Otra manera para amar a tu enemigo es esta: cuando se presenta la oportunidad para que derrotes a tu enemigo, ese es el momento en que debes decidir no hacerlo [...] Cuando te elevas al nivel del amor, de su gran belleza y poder, lo único que buscas derrotar es los sistemas malignos. A las personas atrapadas en ese sistema, las amas, pero tratas de derrotar ese sistema [...] Odio por odio sólo intensifica la existencia del odio y del mal en el universo. Si yo te golpeo y tú me golpeas, y te devuelvo el golpe y tú me lo devuelves, y así sucesivamente, es evidente que se llega hasta el infinito. Simplemente nunca termina. En algún lugar, alguien debe tener un poco de sentido, y esa es la persona fuerte. La persona fuerte es la persona que puede romper la cadena del odio, la cadena del mal [...] Alguien debe tener suficiente religión y moral para

cortarla e inyectar dentro de la propia estructura del universo ese elemento fuerte y poderoso del amor.¹⁶⁴

Esta fuerza del amor debe cultivarse en la familia cristiana, aquella que no renuncia ante ningún fracaso, sino que es capaz de cortar cualquier cadena del mal que amarre los corazones e inyecte de vitalidad todo aquello que, en ocasiones, ya tiene olor a muerto.

Estas cuatro categorías, que van acompañadas de la expresión todo, pueden generar incomodidad en el amor propio, pero en realidad, son signo de comensalía en el hogar; un signo de verdaderos comensales de la mesa eucarística, testimonio inequívoco de hacerse pan para el otro, de desgastarse por el otro, de dar la vida sin esperar mayor recompensa que la de saber que se cumple la voluntad divina, la voluntad del amor.

3.4.10. Crecer en la comensalidad conyugal

En este apartado de la exhortación *Amoris Laetitia*, se afirma que el sacramento del matrimonio santifica, enriquece e ilumina el amor de los esposos. Ahora bien, teniendo en cuenta el desarrollo conceptual de la categoría comensalía hasta el momento, es importante recalcar que para tomar la decisión de unir la vida a través de este sacramento, se debe estar plenamente consciente de querer también reflejar los rasgos propios de la Trinidad, que es comunión perfecta.

Dicho de otra manera, o mejor, manifestado desde la experiencia de la comensalidad, celebrar el sacramento del matrimonio significa hacerse uno en el amor de Cristo, mediante la oblación, el servicio y la fidelidad; enriquecido con actitudes permanentes de conocimiento mutuo y trabajo conjunto en la construcción del hogar, la responsabilidad por el entorno, el abandono, la paciencia, el perdón, la confianza y la entereza para superar todo obstáculo.

Esto no significa que sea una meta inalcanzable o una responsabilidad insoportable, implica que los novios conocen la realidad que quieren integrar y para la cual deben tener un corazón dispuesto pues se trata, al mismo tiempo, de conocer lo que implica, aceptarlo y construirlo de forma progresiva.

¹⁶⁴ Luther, *Sermón en la iglesia Bautista de la Avenida Dexter*,

Un primer elemento que introduce esta exhortación, para crecer en la conyugalidad y para crecer en la comensalidad, es el deseo de una entrega total que dure toda la vida. La familia que conoce el amor de Cristo, lo acepta y decide unirse en matrimonio, porque no contempla una relación temporal, ya que su unión refleja a la misma Trinidad, refleja la relación de Cristo con su Iglesia y está unida a la vida que, a pesar de las peripecias de la existencia, sostiene y anima su opción de vida. “Si separamos nuestro amor a Dios y nuestro amor a las personas concretas, ambos se volverán agrios y enfermizos. Eso es lo que significa tener una doble vida”.¹⁶⁵

Esta decisión tiene claramente un carácter oblativo y de abandono en el ser amado, no solamente desde el plano espiritual y de cohabitación, sino del cuerpo mismo como experiencia comensal en donde los dos son anfitriones, comensales y un alimento que nutre la totalidad de ambas existencias que ahora son una.

En el cristianismo hablamos mucho sobre el amor, pero tenemos que amar como las personas que somos: sexuales, llenos de deseos, de emociones fuertes y de una necesidad de tocar y estar cerca del otro.

Es extraño que no se nos dé bien hablar de esto, porque el cristianismo es la más corporal de las religiones. Creemos que Dios creó estos cuerpos y dijo que eran muy buenos. Dios se hizo corporal en medio de nosotros, un ser humano como nosotros. Jesús nos dio el sacramento de su cuerpo y prometió la resurrección de nuestros cuerpos. Así pues, deberíamos sentirnos en casa en nuestra naturaleza corporal, apasionada [...] ¡y cómodos al hablar de afectividad! Pero a menudo cuando la Iglesia habla de esto, la gente no queda convencida. ¡No tenemos demasiada autoridad cuando hablamos de sexo! Quizás Dios se encarnó en Jesucristo, pero nosotros todavía estamos aprendiendo a encarnarnos en nuestros propios cuerpos. ¡Tenemos que bajar de las nubes!¹⁶⁶

Un segundo elemento, habla del cuidado de la alegría del amor, que consiste en no centrar la existencia en la búsqueda obsesiva del placer, sino en la capacidad de disfrutar de la vida en todo momento, incluso cuando el placer se apaga. Unido a este concepto de alegría se menciona a la belleza, una invitación a gustar de la persona sin la necesidad imperiosa de poseerlo. “Nuestro amor ha de liberar a las personas. Todo amor, ya sea entre personas

¹⁶⁵Radclyfe, “Afectividad y Eucaristía”, Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional.

¹⁶⁶ *Ibíd.*

casadas o solteras, tiene que liberar. El amor entre marido y mujer debe abrir grandes espacios de libertad”.¹⁶⁷

Del mismo modo, experimentar en la vida de pareja la comensalidad significa ser don, dar y darse al otro con quien se comparte la vida. En la cena del Señor no se observa un Jesús que ejerza tal dominio sobre los apóstoles, que evite a toda costa la negación o la traición. El mismo Juan presenta el momento de la entrega corporal de Jesús en la cruz como una realidad de entrega y no de arrebatamiento. Inclusive, manifiesta que no hay mayor amor que el que da la vida por el otro. Para que la entrega sea mutua, es necesario saber recibir, el acento está en la entrega y el abandono, no en la posesión ni el dominio.

En este apartado surge un rasgo que alimenta la reflexión en torno a la comensalía. Una pareja de esposos trabaja todos los días para contemplarse mutuamente, no como un ejercicio pasivo, sino como una realidad dinámica que mueve a la búsqueda del bienestar del otro. De la misma forma en que el comensal contempla el amor de Dios para hacerlo vida en medio de su realidad concreta, asimismo, como el que se sienta a la mesa, contempla el pan que lo nutre para posteriormente, hacerse pan para los demás. Del modo en que se contempla al que está al lado y se decide asumir su mismo destino, asimismo los esposos se contemplan en la pobreza y la prosperidad, en la salud y en la enfermedad, en la pasión de la juventud y el descanso sabio de la vejez.

Así, se llega al tercer elemento, que consiste en casarse por amor, en decidir iniciar la construcción de una comensalidad cristiana. Muchas realidades han desfigurado el significado del matrimonio, pero, principalmente, el no tener procesos reales de formación afectiva en todos los creyentes, quienes viven una relación de noviazgo y de esposos. Esto es contradictorio dentro de la realidad comensal, ya que es la pareja que, conociéndose mutuamente y teniendo una experiencia de Dios, decide aceptarlo y establecer una relación de comunión a la manera de la Trinidad; no como lo propone el mundo, por un simple compromiso social o por el cumplimiento de una tarea eclesial.

El cuarto elemento propuesto en AL, para el crecimiento en la caridad conyugal, es un amor que se manifiesta y crece. Este amor es presentado como una experiencia que no se

¹⁶⁷ *Ibíd.*

entromete, sino que pide permiso, perdona y es agradecida. De igual forma, se relaciona con expresiones de crecimiento en el amor y la unidad. Pero, ¿cómo podrían hacerse realidad esas expresiones que menciona el documento? ¿Cómo no quedarse en una mera reflexión conceptual?

En la actualidad, el ritmo de la sociedad y el consumismo, no dejan tiempo para vivir realmente y arrojan al hombre a un marcado individualismo. En la Iglesia, el afán de construir bases sólidas desde la teología, ha conducido en muchas ocasiones, a crear y emplear un lenguaje tan específico que no toca el corazón ni la realidad de las personas. Una respuesta concreta a esto, es experimentar la comensalidad, término común en todos los hogares y mesas del mundo, que enriquecida con la persona de Cristo, irrumpe en el contexto de las familias y combate la despreocupación con la compañía en el dolor, el individualismo con la responsabilidad por el otro, el WhatsApp, el Chat y el Facebook, por el encuentro de las miradas de dos rostros; congrega en torno de la mesa y las celebraciones familiares; disfruta presencialmente de los triunfos y brinda un abrazo en las derrotas; se apoyan en los deberes laborales y se empoderan de los quehaceres del hogar; confía plenamente cuando todos dudan y está presente cuando todo el mundo se ha ido.

Estos y otros gestos que sin duda hacen falta, son los que aportan al crecimiento del amor y se manifiestan en la cotidianidad; son actitudes que reflejan a un Dios presente a través de esa familia, ya que desde la comensalía, estas acciones no son simples atenciones o deberes por cumplir, sino que son producto de un movimiento interior que convierte el corazón de la persona en pan que se entrega, incluso hasta morir por amor.

Como quinto elemento, se sugiere el diálogo. Para que se dé, en un contexto de amor, es importante dedicar tiempo para una escucha de calidad, de tal manera, que se comprenda lo que el otro quiere decir e incluso lo que necesita, para guardar silencio si se requiere o disponerse a dar el propio punto de vista o un consejo. En esa misma línea reflexiva, al momento de escuchar no se debe nunca restar importancia a lo que el otro dice y si se llegase a necesitar, responder u objetar, hacerlo sin olvidar nunca la misericordia.

Es fundamental, de otra parte, la apertura de pensamiento, ya que en la actualidad existe la diversidad. La unidad no es uniformidad y esa diversidad conlleva al enriquecimiento

mutuo y a la construcción de acuerdos, aprendizajes y lenguajes. Sin embargo, para que suceda de esta manera, es importante la lectura y la formación académica, no solo para entablar conversaciones interesantes y elocuentes, sino para aumentar la capacidad de comprensión del mensaje que se recibe y la comunicación de lo que se quiere expresar.

Es importante, desde la comensalía, la creación de lenguajes verbales y gestuales propios que generen vínculo e intimidad. En el Jesús del evangelio de Juan, palabras como creer, *Yo soy*, cruz, amar, discípulo amado, verbo, carne y sangre, tienen un desarrollo simbólico enriquecedor para todo aquel que se acerca de manera concienzuda al texto. También se observan gestos del maestro relativos a la cena: lavar los pies, dar el espíritu, morir y resucitar entre otros, que expresan un contenido profundo de espiritualidad, caridad, servicio y entrega.

De igual modo, si se da una mirada a la cena de Jesús y a la Eucaristía actual, están llenas de palabras, gestos, símbolos, diálogos, que hacen de las mismas, momentos de celebración, integración, espiritualidad y construcción comunitaria. Con todo esto, lo que se pretende dar a entender es que en las familias también hay lenguajes propios que se deben resaltar y complementar con otros nuevos, pues esto genera identidad, vínculo afectivo, intimidad, buen recuerdo, cercanía, fuerza y alegría, incluso en la ausencia del ser querido.

3.4.11. Amor apasionado

El amor conyugal “abarca el bien de toda la persona y, por tanto, puede enriquecer con una dignidad peculiar las expresiones del cuerpo y del espíritu, hasta ennoblecerlas como signos especiales de la amistad conyugal”. De este modo, el placer y la pasión, serán manifestaciones específicas de una relación tan profunda y total, que incluso en la misma Biblia y en los escritos de los grandes místicos, se acude al amor matrimonial como la imagen que representa mejor la relación Dios-hombre, debido a su carácter de plenitud. *¿Por qué, entonces, en la Iglesia, hasta nuestros días, cuesta tanto hacer una lectura de vida que incluya el encuentro de los cuerpos, la pasión y el erotismo?*

Amoris Laetitia desarrolla esta temática del amor apasionado en cinco momentos específicos. El primero, habla sobre la dimensión humana de las emociones, donde se afirma que es propio del hombre, de manera importante, la tendencia hacia lo otro o el otro

y dicha tendencia se manifiesta afectivamente con señales como el placer, el dolor, la alegría, la pena, la ternura o el temor, entre otras. Se podría decir entonces, que no existe actividad humana donde no se haga presente o en donde no se manifieste alguna emoción, alguna pasión que le acompañe.

Una prueba fehaciente es Jesús, quien vivía cada momento bajo cargas grandes de emotividad. Sentía dolor por el rechazo de Jerusalén (Mt 23,37), se compadecía ante el sufrimiento de los demás (Mc 6,34), se conmovía y se turbaba ante las lágrimas del otro (Jn 11,33) e incluso lloraba frente a la muerte de un amigo (Jn 11,35). Todas estas realidades hablan de una humanidad profunda que, claramente, se da solo si se permanece en apertura hacia los demás.

Si retomamos esto, el experimentar pasiones o emociones no es en sí malo o bueno, pues lo realmente positivo o negativo será el tipo de decisiones que se tomen para expresarlas o satisfacerlas. En muchas circunstancias se puede sentir una sensación de rabia profunda y depende de la sabiduría o de lo anidado que esté el mal genio, en el corazón de la persona, si se decide encontrar una solución o no, o por el contrario, llegar incluso a matar. Igualmente, la persona puede experimentar una atracción por otra y decidir amarla, cuidarla, respetarla o establecer una relación de acoso, irrespeto y dominio.

Existen también pasiones que pueden afectar la vida, al decidir optar por ellas de forma permanente: por ejemplo, el sacramento del matrimonio. Esta decisión tiene un vínculo profundo, en el sentido de que se tiene que decidir sobre sentarse a la mesa y permanecer ahí en la comensalía judeocristiana. Optar por compartir el pan es afirmar, al mismo tiempo, que se es uno con el que se está sentado a la mesa y además, que se toma la decisión de correr con el mismo destino del otro.

Se llega entonces de esta manera al segundo momento reflexivo de este apartado, en donde se afirma que esta realidad humana de las pasiones ha sido querida por Dios y, por ende, Él mismo ama el gozo de sus hijos. Esta es una realidad evidente a simple vista: Dios creó al hombre y lo hizo de esta manera, también vivencia en su interior este tipo de emociones y las expresa en el tipo de relación que establece con la humanidad. Además, el acercamiento al concepto antropológico del mundo hebreo, contexto en donde se redactaron las

Escrituras, no permite la concepción de un ser compuesto por dos o más sustancias, sino que es un ser considerado como una totalidad. Por tanto, *¿cómo es posible que existan conceptos negativos acerca de las emociones, las pasiones y el mismo cuerpo?*

Lo importante es una formación fundamentada para no caer en el rechazo del deseo, situación que iría en contra de la misma persona; pero que tampoco se llegue al extremo de reducir el mismo a la pertinaz decisión de satisfacerlo sin límite. Actuar de esa forma es como si en el momento de una cena todo se redujese a ingerir los alimentos, olvidando compartir la vida, escuchar al otro, mirarse, sentirse, brindar un bocado del propio plato así el otro esté comiendo lo mismo; en pocas palabras, SER humano y estar abierto al otro que se encuentra al lado.

Una característica propia del matrimonio, discurre en este tercer momento: la dimensión erótica del amor. “La sexualidad no es un recurso para gratificar o entretener, ya que es un lenguaje interpersonal donde el otro es tomado en serio, con su sagrado e inviolable valor”.¹⁶⁸ La sexualidad en un encuentro, es lenguaje, es alimento que nutre desde acciones al parecer externas, pero que en realidad se convierte en la celebración festiva donde se comparte, se escucha y se permite la danza de dos corazones.

Por consiguiente, cualquier reducción o rechazo del erotismo en la pareja, atenta contra sus dimensiones físicas y espirituales. “El eros, degradado a puro « sexo », se convierte en mercancía, en simple « objeto » que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía”.¹⁶⁹ La corporeidad sexuada “es no sólo fuente de fecundidad y procreación”, sino que posee «la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don”.¹⁷⁰ Entendido así, es un atentado en contra de la dignidad de la persona y de la pareja, al considerar la dimensión erótica del amor como un mal necesario para que exista la familia. Sería como aceptar la presencia constante del mal, para permitir una realidad central en la vida de las personas, en la acción reveladora de Dios y en el desarrollo de la sociedad en general.

¹⁶⁸ Francisco, “Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia”, No. 151.

¹⁶⁹ Benedicto XVI, “Carta encíclica *Deus Caritas Est* sobre el amor cristiano”, No. 5.

¹⁷⁰ Juna Pablo II. “Audiencia General!”

En un cuarto momento se reflexiona sobre la violencia y la manipulación que se puede generar a partir de una sexualidad descontextualizada de la esencia humana. Una persona que en la relación sexual, únicamente busca la afirmación de su propio yo, mediante una relación donde el uno gana y el otro pierde, convierte a la pareja en un objeto que se aprovecha mientras sirve y después se bota; es como aquel anfitrión de una cena familiar o eucarística que congrega a los demás, únicamente para que le escuchen. Para satisfacer el deseo de convertirse en el centro de la celebración sin importar quien tenga en frente, haciendo una imposición de su pensamiento sin importar la riqueza de la diversidad, y llegando incluso, a apropiarse de los alimentos ya sea para consumirlos solo (lo que atentaría contra sí mismo), dejar que se pudran o compartirlo solo con aquel que desee, pero no por comensalidad sino por interés o conveniencia.

Estas actitudes llevarán al vacío, no solo interior sino también al exterior, ya que indudablemente llegará el momento en que los comensales no quieran seguir sentados a la mesa, pues Cristo mismo enseña que la grandeza del hacerse uno está en ser anfitrión, comensal y alimento.

3.4.12. *Amoris Laetitia* y comensalidad, un nuevo horizonte de comprensión de la familia de hoy

La lectura de *Amoris Laetitia* en clave de comensalía, unida desde luego al rastreo hecho del mismo concepto en la tradición judeocristiana en los capítulos uno y dos de este trabajo, puede dejar en el ambiente la sensación de que todo lo construido, a lo largo del mismo, es una reflexión más de tipo teórico, con una viabilidad utópica y situada netamente en el plano académico, sin ninguna influencia en la vida de quienes se aproximen a leerlo. Esa mirada puede condenar todo el desarrollo documental de este texto, reduciéndolo a la mera elaboración de una especie de idealismo cristiano, alejado totalmente de la realidad que viven las familias, en donde los esposos (en la mayoría de los casos), llegan a la mesa de la vida familiar con los fragmentos de una existencia que pareciese que ya no alimenta.

Sin embargo, es importante afirmar que durante el ejercicio documental sobre el concepto comensalía, se ha logrado hallar un camino nuevo, que los esposos pueden recorrer para conducir a sus familias hacia una vida en Dios. Dicho camino no puede construirse a la medida de las pequeñeces del ser humano, sucumbiendo en un ambiente de frustración,

ante una realidad que aparentemente nada la puede cambiar y por tal razón, lo único que queda es conformarse con lo que cada uno quiera hacer, entregar o alcanzar. Se trata de un camino construido con una mirada en un horizonte ideal y utópico si se quiere, que incluso jamás se podrá alcanzar plenamente, pero que se puede construir cada vez que se recorre, ya que, si se pudiese alcanzar de manera definitiva, dejaría de ser un camino, dejaría de ser el norte que guía, no sería plenitud verdadera y por ende, pasaría a un segundo plano pues requeriría de un ideal mucho más alto.

Es un trayecto que está construido a la medida de las grandezas del ser humano, que no se detiene nostálgico ante la aterradora realidad en que están inmersas las familias, sino que mide al hombre y a la mujer desde lo alto, pone la vara en ese punto donde se sabe que los dos serán capaces de aproximarse pero, sobre todo, están convencidos de que al llegar a la cumbre y mirar a su alrededor, encontrarán otros picos más altos que también serán capaces de conquistar.

En este sentido, es fundamental que la propia Iglesia se convenza de la importancia y el lugar evangelizador que tiene la familia cristiana en el mundo de hoy. Como se mencionaba al inicio de este trabajo, el papa Francisco pone en el centro de la vida eclesial la familia, no obstante, es fácil encontrar aún sacerdotes, religiosos e incluso laicos comprometidos que, con palabras, gestos y acciones concretas, presentan las realidades del matrimonio y la vida conyugal, como si fuese una opción inferior e incluso poco deseable en cuanto a la búsqueda de la felicidad y el seguimiento discipular del Señor se refiere. De ese mismo modo, es imperativo que la pastoral familiar de las diferentes instituciones eclesíásticas, no reduzca esta labor a meros asistencialismos económicos, formación doctrinal o a grupos de oración y de apoyo litúrgico. La pastoral familiar debe velar también por generar nuevos procesos que permitan a los miembros de las familias construir comensalía, es decir vida de hogar y en la Iglesia: comensalía cristiana.

Esta vivencia de la comensalidad es imperiosa en las familias cristianas, ya que al pertenecer a una Iglesia que tiene como fuente y culmen de su fe, el sentarse a compartir la mesa eucarística, automáticamente convierte a sus fieles en testigos de lo que significa e implica comer juntos.

Para laborar en la construcción de la comensalía, es necesario un cambio en el concepto antropológico de quienes comparten la mesa. Ya no se puede concebir a un hombre y una mujer, que se sientan a la mesa como seres compuestos por dos realidades en constante tensión o donde uno es la cárcel del otro (alma-cuerpo), como tampoco se puede pretender afirmar que la realidad, aquella que experimentan los seres humanos, es una especie de mundos paralelos, donde se vive una continua y eterna guerra entre el bien y el mal. Una comprensión antropológica como esta, condena a la persona a un conflicto permanente consigo mismo, con los demás, con Dios e incluso con su entorno natural; no solo se le niega la hermosa posibilidad de equivocarse y desde esa equivocación crecer, sino que se le cercena su capacidad de empoderarse de la propia vida, de pensar, de emocionarse, de decidir y de actuar en conciencia. Lo ideal será entonces, concebir a hombre y mujer como una unidad, como una totalidad que, con sus diferentes maneras de asumir las dimensiones, con la diversidad en su forma de ser, con lo positivo y también con lo negativo, trabaja a diario para hacerse anfitrión, comensal y alimento para el otro.

De igual modo, es imperativo que este concepto antropológico se moldee en una cultura del encuentro. La comensalía cristiana es justamente, un acontecimiento en donde las personas se encuentran. La última cena del Señor lo ilustra de manera perfecta. Es un momento donde en medio de una cercanía entre las personas, se experimentó la unidad en la diversidad, el amor, el servicio, el dar la vida por el otro, pero también, la negación, la traición y el abandono. Una pareja que permite espacios-distancias entre sí, comienza a llenarlos con cualquier cosa (trabajo, vicios, televisión u otros) o con relaciones inconvenientes, generando una distancia tal, que ya no se conectan las miradas, ya no se reconoce al otro, ya no se está en la misma mesa e incluso en el mismo hogar. Por el contrario, una pareja que ora unida, pero que también pasea, baila y hace deporte unida; unos esposos que asean su casa, cuidan de sus hijos y comparten los deberes económicos de manera conjunta; una pareja que lucha, trabaja y come unida, entre otros, permanece realmente unida. De esto se trata la cultura del encuentro, de aquella experiencia de una relacionalidad cristiana, vivenciada de manera permanente, que hace que las parejas se conozcan y se reconozcan a diario, que constantemente estén gozando de las virtudes que poseen y, al mismo tiempo, se construyen mutuamente en las carencias que les agobian.

En la misma línea reflexiva, es importante recordar que al tener presente las circunstancias que se experimentan en la cotidianidad de cada cónyuge, muchas veces al compartir la mesa, no se está en las mejores condiciones, incluso a veces se llega con los trozos de un día duro o una situación difícil. Esta realidad, ineludible del ser humano, es una clara invitación a que se evite la insistencia pertinaz en presentar como modelo de pareja a un ser inmaculado y perfecto, pues no lo es ni lo será. Antes bien, es saludable presentarlo como un Jesús que se encarna y asume la naturaleza humana; como un José virtuoso, pero también con dudas y temores; una ser humano que es barro y que se moldea día a día; unas moronas de pan que solas tal vez no sean agradables al gusto, pero que acompañadas, mezcladas e incluso unidas de nuevo, se convierten en un gran alimento para su pareja o hasta mimetizarse en un nuevo pan que se parte, se da por y para el otro. Por tanto, si se forma a las parejas en el reconocimiento de sí como una obra en construcción, si se conduce por el camino del sí para comprender las carencias del otro, si se enseña a ser levadura que fermenta una vida en común, serán capaces entonces del diálogo, de la resolución asertiva de los conflictos, del actuar y decidir sabiamente en medio de las emociones y de toda nube de la condición humana.

Posterior a este proceso de re-significación del concepto antropológico, del auto-concepto, de cambiar un poco la mirada con respecto a lo que es el otro y al continuar creando procesos fundados en la metodología del encuentro, se puede abrir paso a la formación en los aspectos fundamentales de la comensalía, que se proponen en este trabajo: servir, permanecer, amar, hacerse uno y la oblación. Es importante insistir que no se trata de dictar una serie de charlas, completamente académicas, doctrinales y teóricas, sino que se pretende que se construya mediante experiencias que posibiliten el encuentro, la relación entre los esposos y de estos con otras parejas para que se enriquezcan mutuamente.

Se tratará, entonces, de una especie de encuentros educativos en los que, mediante diferentes excusas, se generarán experiencias donde los esposos puedan vivenciar momentos en que profundicen el conocimiento del otro, fortalezcan la confianza mutua y acepten sus diferencias, su imperfección, y trabajen mancomunadamente en el crecimiento de ambos como persona y como pareja. Se pretende que a los participantes no se les hable de servicio, sino generar espacios donde lo ejerzan juntos; no se trata de grandes discursos e

invitaciones a salir del egocentrismo, sino de crear eventos en donde se les permita mirarse, contemplarse, manifestarse al otro por medio de palabras y gestos, para que fluya el amor que se siente, la felicidad por los triunfos alcanzados y lo que está contenido en el corazón.

La idea no es encerrarlos en un recinto para exponerles las características e importancia de la humildad y el perdón en la familia. Es incitar y suscitar un ambiente donde construyan sus propias dinámicas de reconciliación y de reconocimiento de los errores cometidos. No se puede seguir pretendiendo que mediante un discurso, a veces hasta aburridor, las personas queden programadas para tratarse de manera afable y se fortalezca en ellos - automáticamente- una conciencia de la permanencia incondicional; por el contrario, hay que propiciar momentos en los que se manifiesten el amor, construyan su propio lenguaje y se ejerciten en su ser comunión.

Asimismo, se debe abandonar la lucha en contra de las propias emociones, pues es una guerra en contra de esos fantasmas constitutivos de la persona. Antes bien, es imperativo no solo reconocer que el ser humano es emocional, sino también suscitar situaciones en las que, como pareja, se fortalezca su capacidad para tomar decisiones bajo el influjo de las emociones, la asertividad en sus acciones/reacciones, el cultivo de su paz interior y sobre todo, en el robustecimiento para poder vencer el mal a fuerza de bien. Del mismo modo, es necesario que como pareja descubran las innumerables dimensiones personales y conyugales que poseen, con el ánimo de persuadirles, de permitirles que se exploren y se disfruten pero, evitando a toda costa, que caigan en la reducción de relaciones íntimas o en una exacerbada búsqueda obsesiva del placer.

Para cerrar, es cierto que se ha presentado este último apartado como una vivencia enfocada hacia la pareja. Sin embargo, es sustancial recordar que los momentos formativos de la comensalía cristiana deben ser procesos que se desarrollen desde la niñez, se incrementen en la etapa del noviazgo y se fortalezcan en la realidad matrimonial. En pocas palabras, se sugiere que el formar en la comensalía, a las familias cristianas, no se convierta en una capacitación más o en un mero taller con el que se cumple, sino que sea un verdadero proceso de experiencia vital, en donde los protagonistas son quienes la componen y que, caminando con otras familias, aprendan, vivencien, experimenten y socialicen lo que es en realidad una verdadera comensalía cristiana. Un acompañamiento de vida, que permanece,

se retroalimenta cotidianamente y sobre todo, tiene en cuenta la realidad contextual de todos y de cada uno que lo vivencia.

CONCLUSIONES

Investigar sobre la comensalía en la tradición judeocristiana y contextualizarla en la realidad actual, mediante la lectura desde ese concepto en la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia*, permitió determinar no solo la riqueza que tiene para el mundo cristiano, sino también conocer un camino que, al recorrerlo, permite a las familias cristianas una nueva manera de reflexionar, de experimentar, de educarse y de empoderarse de sus deberes como miembros de la Iglesia.

En un primer momento, antes del acercamiento al concepto comensalía, se consideró pertinente conocer muy bien a aquel que se sienta a la mesa. Por ello, se profundizó en el pensamiento antropológico propio de la cultura hebrea expuesto en los relatos bíblicos. Ese rastreo, permitió comprender que la antropología bíblica concibe a la persona humana como una unidad, una totalidad.

Al trasladar esta mirada antropológica al escenario matrimonial, se podría afirmar que se trata de una alianza entre dos unidades-totalidades, en aquel que es la totalidad perfecta. Es evidente la ausencia del dualismo en tensión que pone a la persona en un terreno de destierro, violencia interior, desesperanza y, a su vez, se constata la presencia de una noción de hombre que se construye al caminar por la existencia; una persona inmersa en la historia, que la disfruta pero también la enfrenta, que la encara convirtiéndose en protagonista de ella.

Posteriormente se realizó el rastreo de la manera como se vivencia la comensalía en el pueblo judío, ejercicio que permitió comprender la importancia central y substancial del sentarse a la mesa y compartir la comida, ya que dicha acción de comer juntos para Israel,

es una realidad en donde los comensales se hacen verdaderamente uno, tanto de manera horizontal (con los demás comensales), como de manera vertical (con Dios). Esto se convierte en una alta carga de significado en la experiencia de compartir la mesa en familias cristianas que tienen como centro fundamental de su experiencia de fe, el sentarse en torno a la mesa del pan y de la palabra.

En el capítulo siguiente, se hace una interpretación de la vivencia de la comensalidad en el Evangelio de Juan. Como resultado de este ejercicio, al tener en cuenta las actitudes de Jesús con sus discípulos, se descubre que el concepto comensalía se desarrolla plena y verdaderamente, en el momento en que los discípulos de manera libre y consciente, deciden hacerse servidores, vivir el amor como lo enseñó el Maestro, dar la vida por los demás, permanecer fieles y hacerse uno; tanto en su dimensión vertical como horizontal. Solo de esta forma se vivirá plenamente el sentido de estar en torno a la mesa, solo así el seguidor de Jesús se convertirá en anfitrión, comensal y alimento; no como una experiencia excluyente e intimista, sino como una realidad liberadora y testimonial para que el mundo crea.

En el apartado final, se realiza la lectura de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Amoris Laetitia* en clave de comensalía. Ciertamente, esta lectura permitió dilucidar una serie de elementos propios de la comensalidad cristiana, que todo creyente debe vivir y que toda pareja de esposos (en el caso de este trabajo), debe asumir como parte de su construcción cotidiana como uno.

Asimismo, como resultado de la lectura hecha en este tercer capítulo, se logran diferentes comprensiones. La primera, hace referencia a la necesidad que se tiene al interior de la Iglesia, de ser capaces de consumir el propio producto, es decir, de no quedarse en una predica discursiva de la importancia de la familia, sino de empoderarse verdaderamente del trabajo que estas requieren en el contexto actual.

En una segunda comprensión, se vislumbran cada uno de los elementos o ideales que son parte constitutiva de la vivencia de la comensalidad y se convierten en ese faro que ilumina el andar de la pareja de esposos y, en general, de la familia. Esos elementos trazan el camino que la familia ha de recorrer, es decir, que el hecho de formar en la comensalía no

hace referencia a un momento específico de la vida de los cónyuges, sino que implica la elaboración total de un proceso continuo de acompañamiento de los mismos.

Unido a esta idea de generar procesos de formación, es decir, de acompañamientos que enseñen a la persona en su caminar cristiano, a través de experiencias de encuentro, relacionalidad, cercanía en las dificultades, fraternidad, celebración y no de eventos esporádicos de enseñanza academicista, doctrinera y alejada de la vida contextual, está la iniciativa de empoderar a las familias cristianas de su autoformación y la de otras familias que lo necesiten. Durante este proceso aparece ese tercer momento comprensivo, que indica cómo ha de desarrollarse cada proceso. La idea fundamental que surge de esta reflexión, es una exhortación a no reducir la construcción de comensalía cristiana en las familias, es decir, a no convertirla en una mera presentación discursiva, catedrática o académica; sino que por el contrario, surjan experiencias de vida que permitan a las parejas la verdadera plenitud de encuentro consigo mismo, con los demás, con el entorno y, evidentemente, con Dios.

Esos encuentros deben tener como objetivo principal, trabajar en pro de cada persona para que se forme de tal manera que, conscientemente, decida hacerse anfitrión, comensal y convertirse en alimento para los demás, en la vivencia concreta y progresiva de un amor que se manifiesta a través del servicio, de permanecer en toda circunstancia, de donación de sí y de hacerse uno con todos.

Aunque este trabajo haya sustentado su elaboración reflexiva en torno a los esposos, es necesario aclarar que para forjar una comunidad cristiana, que vivencie y sea testimonio de comensalidad en cada momento de su existencia, es imperativo que esa formación se dé durante el transcurso de la vida, iniciando desde niños y sea intensificado en las parejas de novios y esposos para hacerse fuerte en el acompañamiento de la vida de los hogares. De esta manera, la experiencia de la comensalía en las familias cristianas, se hace posible y dinámica al mismo tiempo.

De otra parte, es necesario trabajar en el desarrollo, la construcción y la consolidación de una teología de la familia, que tenga presente tanto su momento histórico como la

experiencia y los aportes de quienes son protagonistas de la vida de la Iglesia Doméstica, como lo son esposos e hijos.

En cuanto al desarrollo metodológico de esta tesis, es importante dejar claro que las posibles repeticiones temáticas que se hayan dado a lo largo del texto, son producto tanto del método documental como de la pedagogía interna de la Exhortación *Amoris Laetitia*. En cuanto al método, que este caso rastreó la vivencia, el sentido y el significado del concepto comensalía en las tradiciones judeo-cristianas, se evidencia en las similitudes descriptivas y conceptuales debido a la cercanía y la continuidad que poseen estos dos pensamientos religiosos. En cuanto a la pedagogía de AL, se manifiesta en la insistencia temática propia de los textos bíblicos que se analizan a lo largo del texto, como en aquellos énfasis temáticos que el papa acentúa para grabarlos en la mente y el corazón de todo cristiano, con un nivel profundo.

Sobre los horizontes investigativos y los aprendizajes que deja la realización de un trabajo como este, considero que es substancial para el desarrollo teológico y para la vida de la Iglesia, generar unas líneas de investigación que ahonden en la riqueza que tiene la vivencia de lo sacramental; buscando trascender más allá de lo litúrgico y lo cultico. Con esto no se pretende afirmar que una cosa tiene mayor o menor importancia que otra, lo que se dice categóricamente, es que en la mayoría de casos se forma para que aquel momento celebrativo sea el centro, temporalmente, y no para que la vida entera se convierta en una celebración. Se enseña por ejemplo, a vivir la eucaristía pero no a eucaristizar la existencia, para que ella sea experiencia de comensalidad cristiana. Se prepara para el momento en que se da el consentimiento matrimonial, con el cuidado necesario para cumplir con lo legal a cabalidad, pero en pocos sectores de la Iglesia se acompaña en la formación de anfitriones, comensales y personas, que deben convertirse en alimento para los demás desde su niñez y para siempre, de tal modo, que el matrimonio cristiano nunca se considere como una materia acabada sino como una realidad que se camina, se construye, se vivencia, es decir, se hace comensalía permanente con el otro en Cristo.

Solo cuando el bautizado sea consciente de su universalidad y desee convertirse en alguien incluyente y misericordioso; cuando se inicie el camino para vivir en comunión con el otro, sobre todo con el más necesitado; cuando así como se experimenta el perdón se enseñe a

perdonar; cuando confirmar la fe no sea una apología doctrinal sino un medio para ser un buen pastor de sus hermanos; cuando los sacramentos del servicio (Orden sacerdotal y matrimonio) realmente lo sean, solo en ese instante en que se tome la decisión de recorrer ese camino, comenzará a ser un sacramento verdadero de Cristo para el mundo. El desarrollo de la dimensión litúrgica y cultica de los sacramentos lleva siglos de elaboración. Aun así, a pesar de la historia y de la tradición que tienen tras de sí, es necesario trabajar desde la antropología teológica, en compañía de otras ciencias, para reforzar lo referente a la vivencia cotidiana y contextual de estos sacramentos, para trasladar esa vivencia a un significado existencial en la vida del cristiano.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Rafael. *La mesa compartida. Estudios del nuevo testamento desde las ciencias sociales*. Santander: Sal Terrae, 1994.

_____. La casa como estructura base del cristianismo primitivo: las iglesias domésticas. *Revista estudios eclesiásticos* vol. 59 no 228 enero marzo 1984 p 27-51

Aldazábal, José. *La Eucaristía*. Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 1999.

Akoun, André. *Diccionario de Antropología*, España: Ediciones Mensajero, 1978.

Bartolomé, Juan. *Cuarto Evangelio Cartas de Juan*, Madrid: Editorial CCS, 2002.

Baracaldo, Manuel. *Apuntes clase de Catecismo*. Zipaquirá: 2006.

Benedicto XVI. “Exhortación Apostólica Post-sinodal *Sacramentum Caritatis* sobre la eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia”.

_____. “Carta Encíclica *Deus Caritas est* sobre el amor cristiano”
No. 1 http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicas/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html (consultado el 27 de agosto de 2017)

Ubieta José. *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 2009.

Boff, Leonardo. *Virtudes para otro mundo posible*. Santander: Sal Terrae, 2006.

Borobio, Dionisio. *Eucaristía. Biblioteca de autores cristianos*. Madrid, 2005.

Cardona, Hernán y Fidel Oñoro. *Jesús de Nazareth en el Evangelio de San Juan*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2011.

_____: *Jesús de Nazareth en el Evangelio de San Lucas*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2011.

Cardona, Hernán. *Itinerario espiritual de San Pablo*. Bogotá: Paulinas, 2009.

Castro, Secundino. *Evangelio de Juan comprensión exegético-existencial*. Bilbao: Editorial Desclee de Brouwer, 2001.

Centro Bíblico de Pastoral María de Magdala. Ensayo sobre el pensamiento hebreo.
<https://drive.google.com/file/d/0B4zobIn1h5BTTGxwMWNxYkg1Zms/view>
(consultado 21 de agosto de 2015)

Codina, Víctor. *La fracción del pan*. Cochabamba: Editorial Verbo Divino, 2002.

Concilio Vaticano II. “*Decreto Apostolicam Actuositatem* Sobre el apostolado de los laicos”

_____. “Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia”

_____. “Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual”.

_____. “Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación”

- _____. “Declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Segunda Conferencia. “*Documento de Medellín*”. Medellín: 26 de agosto al 8 de septiembre de 1968.
- Destro, Adriana. *Cómo nació el cristianismo Joánico*. Santander: Sal Terrae, 2000.
- Drouzy, Martín. *Jesús come con los pecadores*.
- Francisco. “Carta del Santo Padre Francisco al gran canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la facultad de teología. Vaticano: 3 de marzo de 2015. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2015/documents/papa-francesco_20150303_lettera-universita-cattolica-argentina.html (consultado el 13 de agosto de 2017)
- _____. “Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia*, sobre el amor en la familia” Roma: 24 de mayo de 2015. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_20160319_amoris-laetitia.html (consultado el 27 de agosto de 2017)
- _____. “Carta Encíclica Post-sinodal *Laudato Si* sobre el cuidado de la casa común”. Roma, (19 de marzo de 2016) No. 27-28 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html (consultado el 27 de agosto de 2017)
- _____. “Audiencia general, Plaza de San Pedro”, Roma: 12 de febrero de 2014.
- _____. “Discurso fiesta de las familias”. (26 de septiembre de 2015), http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/september/documents/papa-francesco_20150926_usa-festa-famiglie.html (consultado 23 de agosto de 2017)
- _____. “Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual”. Roma: 24 de noviembre de 2013.
- García, Luis. *El Cuarto Evangelio*. Madrid: San Pablo, 1997.
- Joachim, Jeremías. *La última cena palabras de Jesús*. Madrid: Cristiandad, 1980.
- Juan Pablo II. “Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual”. No. 13 http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/hf_jp-ii_exh_198111122_familiaris-consortio.html (consultado el 23 de agosto de 2017)
- Leon-dufour, Xavier. *Lectura del Evangelio de Juan*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1998.
- Levine, Etan. *Un judío lee el nuevo testamento*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980.
- Luther, Martín. “Sermón en la Iglesia Bautista de la Avenida Dexter”. Discurso en Montgomery - Alabama, 17 de noviembre de 1957.

- Pablo VI. “Carta Encíclica Humanae Vitae sobre la regulación de la natalidad” Roma: 1968. No.10 http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicas/documents/hf_p-vi_enc_25071968_humanae-vitae.html (consultado el 27 de agosto de 2017)
- Pablo VI. “Discurso en Nazareth”, Nazareth: 5 enero 1964. http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/epeeches/documents/hf_p-vi_spe_19640105_nazareth.html (consultado el 27 de agosto de 2017)
- Pagola, Antonio. *El Camino Abierto Por Jesús. Vol. 3 Lucas*. Bogotá: Ediciones PPC, 2012.
- _____. *El Camino Abierto por Jesús. Vol. 4 Juan*. Bogotá: Ediciones PPC, 2012.
- Radclyfe Timothy. “Afectividad y Eucaristía”. Conferencia: XXXIV Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional, confer.
- Ratzinger, Joseph. “La Eucaristía en: *Communio*”. Vol. 19. P. 506s. En: CARDONA, Hernán. “Itinerario Espiritual de San Pablo”. Bogotá: Paulinas, 2009.
- Sayés, José. *El misterio eucarístico*. Madrid: Selecciones de Teología. Vol. IV, No. 16, 1965.
- Sierra, Ángela. *Unidad Conyugal Esperanza para la Familia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2007.
- Vergara, Ana. *Abrir la Biblia cristiana en clave judía*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2012.
- _____. *Las Fiestas en el Antiguo Testamento y en la Tradición Judía*. Bogotá: Kimpres, 2015.
- Voltaggio, Francesco. *La oración de los padres y las madres de Israel*. Navarra, 2010